

EL ZAR DE ACERO

Michael
Moorcock



Oswald Bastable, un personaje ficticio creado por Michael Moorcock es el protagonista de la trilogía *El nómada del tiempo* que consta de *El señor de la guerra del aire*, *El Leviatán terrestre* y *El zar de acero*.

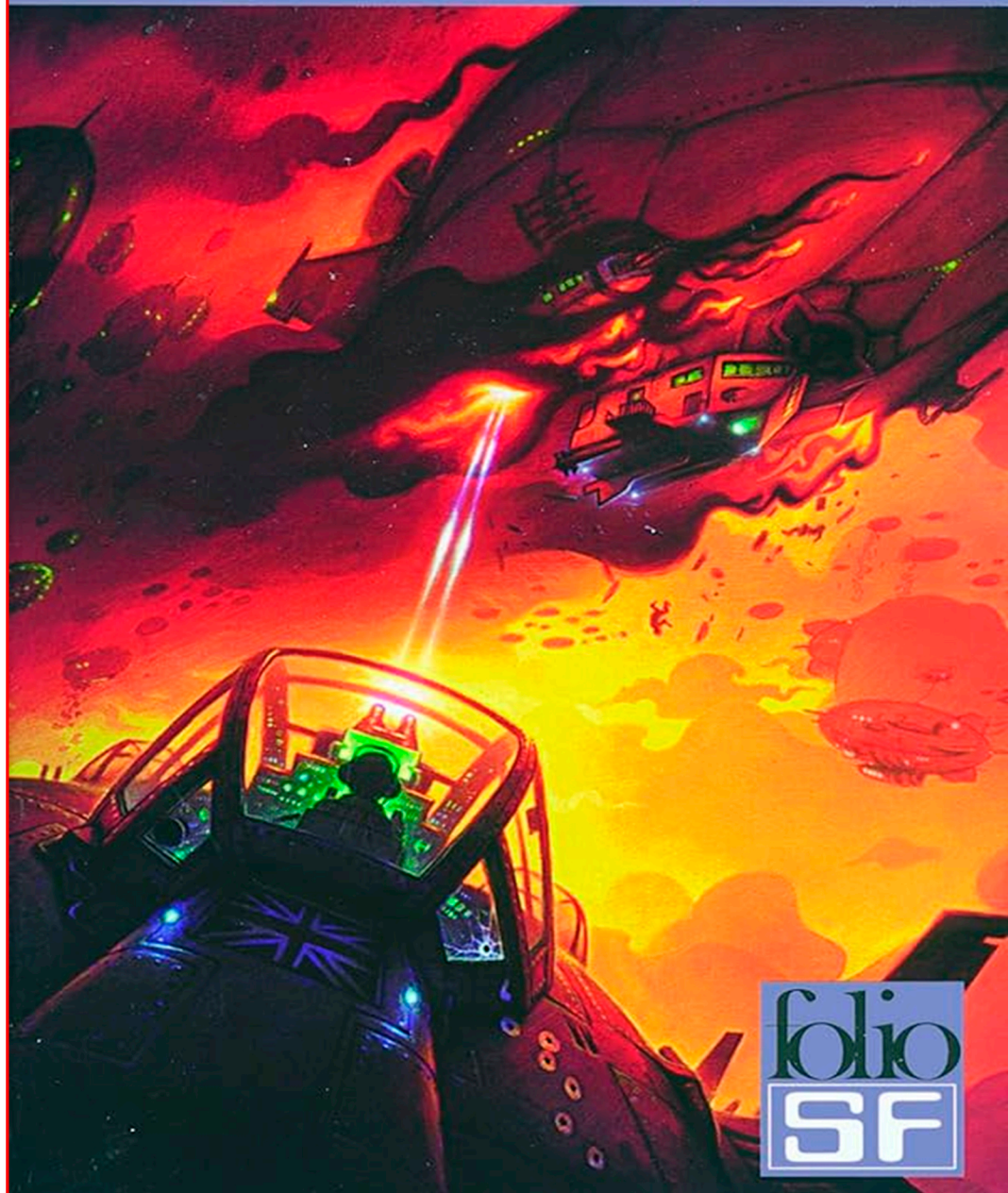
Los libros de Bastable de Moorcock son novelas de ciencia ficción de historia alternativa que exploran diversas variantes del tema del imperialismo y el colonialismo: en un universo alternativo, paralelo al nuestro, el imperio británico y otros imperios coloniales persisten hasta finales del siglo XX.

En esta tercera novela de la serie, la paz mundial se rompe en 1941 cuando una misteriosa explosión destruye Hiroshima, lo que hace que Japón declare la guerra a Gran Bretaña. La revolución de octubre no ocurre en esta línea de tiempo; en su lugar, Alexander Kerensky consiguió que Rusia se consolidara como una democracia burguesa.

Bastable se une a la Fuerza Aérea Voluntaria Rusa, donde escucha hablar por primera vez sobre el “Zar de acero”, la versión alternativa de Stalin, líder de una sociedad revolucionaria teocrática de cosacos. Bastable participa en un ataque contra las fuerzas de cosacos que atacan “Yekaterinoslav” y donde más tarde Nestor Makhno interviene con una fuerza de dirigibles...

Michael
Moorcock

Le nomade du Temps



Michael Moorcock

EL ZAR DE ACERO

MAYFLOWER SCIENCE FANTASY

MICHAEL MOORCOCK

THE STEEL TSAR

THIRD VOLUME IN THE OSWALD BASTABLE TRILOGY



Trilogía de *El nómada del tiempo*

Libro III

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción

Primera parte: Un dirigible inglés en la Guerra de 1941

1. La manera en que morí
2. La destrucción de Singapur
3. El accidente
4. Prisioneros
5. El precio de los barcos de pesca
6. El misterioso Dempsey
7. El hombre muerto
8. El mensaje
9. Esperanzas de salvación
10. Esperanzas perdidas

Segunda parte: ¡Ni amo ni esclavo!

11. El campamento de Rishiri
12. De nuevo en servicio
13. Cosacos revolucionarios
14. Los zepelines negros
15. Una cuestión de actitudes
16. Armas secretas
17. Un hombre mecánico
18. Una especie de revolución

Epílogo del editor

***Freedom* entrevista a Michael Moorcock**

INTRODUCCIÓN

El descubrimiento y posterior publicación de dos manuscritos que quedaron en posesión de mi abuelo ha dado lugar a una considerable cantidad de especulaciones sobre su autenticidad y autoría. Los manuscritos consistían en uno de puño y letra de mi abuelo y que narraba parte de la biografía del misterioso capitán Bastable, a quien conoció en la isla Rowe a principios de este siglo, y otro, aparentemente escrito por el propio Bastable, que quedó en manos de mi abuelo cuando visitó China en busca del hombre que se había convertido, según le dijeron, en “un nómada de las corrientes del tiempo”.

Yo publiqué estos textos, apenas editados, como *El señor de la guerra del aire* y *El leviatán terrestre*, y estaba seguro

de que sería la última vez que trataría con las aventuras de Bastable. Cuando comenté en una nota final de *El leviatán terrestre* que esperaba que Una Persson me visitara algún día, estaba siendo irónico. No creía que llegara a conocer a la famosa crononauta. Por pura casualidad, comencé a recibir visitas de ella poco después de haber preparado *El leviatán terrestre*. Parecía contenta de tenerme como interlocutor y me dio permiso para utilizar gran parte de lo que me contaba sobre sus experiencias en nuestra propia corriente temporal y en las de otros. Sin embargo, en lo que respecta a Oswald Bastable, se mostró poco comunicativa y aprendí muy pronto a no sonsacarle. La mayoría de mis referencias a él en otros libros (por ejemplo, *Los bailarines del final de los tiempos*) eran altamente especulativas.

A finales de la primavera de 1979, poco después de terminar una novela y de descansar del consiguiente agotamiento, que había arruinado mi vida privada y debilitado considerablemente mi juicio, recibí la visita de la señora Persson en mi apartamento de Londres. No estaba de humor para ver a otro ser humano, pero ella había oído en alguna parte (o tal vez ya lo había visto desde el futuro) que yo estaba en apuros y había venido a preguntarme si podía hacer algo por mí. Le dije que no. El tiempo y el descanso se encargarían de mis problemas.

Ella lo reconoció y, con una pequeña sonrisa, añadió: “Pero tarde o temprano tendrás que trabajar”.

Supongo que dije algo autocompasivo sobre no poder volver a trabajar nunca más (esto lo comparto con casi todas las personas creativas que conozco) y ella no intentó disuadirme de esa idea.

“Sin embargo”, dijo, “si alguna vez sientes la necesidad, me pondré en contacto contigo”.

La curiosidad me atrapó. ¿De qué estás hablando?

“Tengo una historia para ti”, dijo.

–Tengo muchas historias –le dije–, pero no tengo ganas de hacer nada con ellas. ¿Se trata de Jherek Carnelian o del Duque de Queens?

Ella negó con la cabeza. “Esta vez no.”

“Todo parece inútil”, dije.

Me dio una palmadita en el brazo. “Deberías moverte un poco. Viajar”.

“Tal vez”.

“Y cuando regreses a Londres, tendré la historia esperándote”, prometió.

Me conmovió su amabilidad y su deseo de ser útil y le di las gracias. Casualmente, un amigo mío cayó enfermo en Los Ángeles y decidí visitarlo. Me quedé en Estados Unidos

mucho más tiempo del que había planeado originalmente y, finalmente, tras una breve estancia en París, me instalé en Inglaterra durante un tiempo en la primavera de 1980.

Como Una Persson había predicho, yo estaba, por supuesto, dispuesto a trabajar. Y, como había prometido, se presentó una noche, vestida con su habitual ropa un poco pasada de moda de corte militar. Disfrutamos de una copa y de una charla general, y oí chismes del Fin de los Tiempos, un período que siempre me ha fascinado. La señora Persson es una experimentada viajera en el tiempo y normalmente sabe qué decir y qué no, pues las palabras imprudentes pueden tener un efecto enorme tanto en las propias corrientes temporales como en esas rarezas, como ella, los crononautas que pueden viajar a través de ellas más o menos a voluntad.

Ella siempre me ha dicho que mientras la gente siga considerando mis historias como ficción y mientras estén diseñadas para ser leídas como ficción, ninguno de nosotros debería ser víctima del Efecto Morphail, que es el método a veces radical del Tiempo para reajustarse a sí mismo. El Efecto Morphail se manifiesta de forma más evidente en el hecho de que, para la mayoría de los viajeros en el tiempo, sólo es posible el movimiento “hacia adelante” a través de éste (es decir, hacia su propio futuro). El movimiento “hacia atrás” (un regreso a su presente o pasado) o el movimiento entre los diversos planos alternativos es imposible para muchos, salvo para los pocos que componen el famoso

Gremio de Aventureros Temporales. Yo sabía que Bastable se había convertido en miembro de este Gremio, pero no sabía cómo lo habían reclutado, a menos que hubiera sido en el Valle del Amanecer por la propia Sra. Persson.

–Te he traído algo –dijo. Se sentó en su sillón y se inclinó para coger un portafolios negro–. No están completos, pero son lo mejor que puedo hacer. El resto tendrás que completarlo tú con lo que te diga y con tu propia imaginación. Era un fajo de manuscritos. Reconocí la letra de inmediato: era la de Bastable.

–¡Dios mío! –me quedé atónito–. ¡Se está convirtiendo en novelista!

–No exactamente. Son memorias nuevas, eso es todo. Ha leído las otras y está muy satisfecho con lo que has hecho con ellas. Quería muchísimo a tu abuelo y dice que estaría encantado de continuar la tradición contigo. Sobre todo, dice, porque has tenido mucho más éxito al publicar sus cuentos. –Se rió.

El manuscrito era de un tamaño considerable. Lo sopesé en la mano. “¿Así que nunca pudo encontrar su propia época? ¿O volver a la vida que tanto deseaba?”

“Eso no me corresponde a mí decirlo. Notarás en el manuscrito que hay pocas explicaciones sobre cómo llegó a la corriente temporal alternativa particular que describe.

Basta con decir que regresó a Teku Benga, cruzó a otro continuum y encontró su camino hacia los astilleros de aeronaves en Benarés. Esta vez se reconcilió con lo que había sucedido y, siendo un hombre experimentado, afirmó que había sido objeto de una leve reprimenda.

Amnesia y pérdida de papeles. Al final consiguió un certificado de oficial, aunque le era imposible, sin credenciales impecables, encontrar un puesto en alguna de las líneas temporales principales.

Sonreí. “Y supongo que todavía lo persigue la angustia, ¿no?”

“Hasta cierto punto, tiene muchas vidas sobre su conciencia. Solo conoce mundos en guerra. Pero nosotros, los del Gremio, entendemos la responsabilidad que tenemos y creo que ser miembro lo ha ayudado”.

“¿Y nunca lo conoceré?”

–Es poco probable. Esta corriente posiblemente lo rechazaría, lo convertiría en esa pobre criatura que tu abuelo describió, arrojada de un lado a otro a través del tiempo, sin ningún control sobre su destino.

“Él tiene eso en común con la mayoría de nosotros”, comenté.

Ella se divirtió. “Veo que aún no has superado por completo tu autocompasión, Moorcock”.

Sonreí y me disculpé. “Estoy muy emocionado por esto”. Levanté el manuscrito. “Bastable probablemente quiera publicarlo lo antes posible. ¿Por qué?”

–Quizá sea mera vanidad. Ya sabes cómo se pone la gente cuando ve su nombre impreso.

–¿Pobre?

Ambos nos reímos de esto.

–Él también confía en ti –continuó–. Sabe que no has interferido en su trabajo y que te ha sido de alguna utilidad en tus investigaciones.

–Lo mismo le ocurre a usted, señora Persson.

“Me alegro. Nos gusta lo que hacéis”.

–¿Te parecen divertidas mis especulaciones? –dije.

–Eso también. ¡Dejamos que tu extraña imaginación produzca las confusiones necesarias!

Miré el manuscrito y me sorprendió observar algunas correspondencias y coincidencias peculiares en comparación con el primer manuscrito de mi abuelo. Sin embargo,

Bastable no parecía hacer algunas de las conexiones que el lector podría hacer. Se lo comenté a la señora Persson.

“Nuestras mentes sólo pueden almacenar una cierta cantidad de información”, dijo. “Como ya he mencionado antes, a veces sufrimos de amnesia genuina, o al menos una especie de bloqueo de gran parte de nuestra memoria. Es una de las formas en que a veces podemos entrar en corrientes temporales que no están abiertas al flujo general de los crononautas”.

“¿El tiempo te hace olvidar?”, dije irónicamente.

“Exactamente.”

–Como alguien que se inclina por el anarquismo –dije–, siento curiosidad por las referencias que se hacen aquí a la Rusia de Kerenski. ¿Podría ser que...?

Ella me detuvo. “No puedo decirte nada más hasta que hayas leído el manuscrito”.

“Un mundo en el que no se produjo la revolución bolchevique. Lo insinúa en la otra historia...” A menudo me he preguntado cómo habría sido el Imperio ruso en esas circunstancias, pues otro de mis intereses permanentes es la Unión Soviética y su literatura, que fue tan duramente reprimida bajo Stalin.

“Debes leer lo que ha escrito Bastable y luego hacerme algunas preguntas. Responderé cuando pueda. Depende de ti, dice, cuánta “forma” le des, como escritor profesional. Pero confía en que conserves el espíritu básico de las memorias”.

“Lo haré lo mejor que pueda.”

Y aquí, para bien o para mal, está la tercera autobiografía de Oswald Bastable. He trabajado lo menos posible en ella y se la presento al lector prácticamente tal como la recibí. En cuanto a su autenticidad, eso es algo que ustedes deben juzgar.

Michael Moorcock,

Three Chimneys, Yorkshire, Inglaterra.

Junio de 1980

Primera parte

**LAS AVENTURAS DE UN DIRIGIBLE INGLÉS
EN LA GRAN GUERRA DE 1941**

Capítulo I

LA MANERA EN QUE MORÍ

Creo que era mi quinto día en el mar cuando me llegó la revelación. Así como en alguna etapa de su existencia un hombre puede tomar una decisión particular sobre cómo conducir su vida, también puede llegar a una decisión similar sobre cómo afrontar la muerte. Puede enfrentarse a la cruda y simple verdad de su muerte, o puede preferir perderse en alguna fantasía placentera, algún sueño de cielo o de salvación, y así afrontar su fin casi con placer.

En mi sexto día en el mar era evidente que iba a morir y fue entonces cuando elegí aceptar la ilusión en lugar de la realidad.

Había permanecido toda la mañana tendido en el fondo de la piragua. Mi cara estaba apoyada contra la madera húmeda

y humeante. El sol tropical me golpeaba la nuca desprotegida y me ampollaba la carne marchita. El lento latido de mi corazón llenaba mis oídos y contrarrestaba el ocasional golpe de una ola contra el costado del bote.

Lo único que podía pensar era que me habían ahorrado un tipo de muerte para poder morir solo allí en el océano. Y estaba agradecido por eso. Era mucho mejor que la muerte que había dejado atrás.

Entonces oí el grito del ave marina y sonreí un poco para mí. Sabía que la ilusión estaba comenzando. No había posibilidad de que estuviera a la vista de tierra y, por lo tanto, no podía haber oído realmente a un pájaro. Había tenido muchas alucinaciones auditivas similares en los últimos días.

Empecé a hundirme en lo que sabía que debía ser mi coma final, pero el grito se hizo más insistente. Me di la vuelta y parpadeé bajo el resplandor blanco del sol. Sentí que el barco se balanceaba locamente con el movimiento de mi delgado cuerpo. Dolorosamente levanté la cabeza y miré a través de una neblina cambiante de plata y azul y vi mi última visión. Era muy hermosa: más prosaica que algunas, pero también más detallada.

Había imaginado una isla, una isla que se alzaba por lo menos mil pies sobre el agua y tenía unas diez millas de largo y cuatro millas de ancho: una monstruosa masa de basalto

volcánico, piedra caliza y coral, con manchas de follaje de un verde intenso en sus flancos.

Me hundí de nuevo en el refugio, cerrando los ojos con fuerza y felicitándome por el poder de mi imaginación. Las alucinaciones fueron mejorando a medida que se desvanecían todas las esperanzas de sobrevivir. Sabía que era hora de entregarme a la locura, de fingir que la isla era real y así morir de una manera patética en lugar de digna.

Me reí entre dientes. El sonido fue un estertor seco y agónico.

Una vez más el ave marina gritó.

¿Por qué pudrirme lenta y dolorosamente durante quizás otras treinta horas cuando podría morir ahora en el reconfortante sueño de haber sido salvado en el último momento?

Con lo que me quedaba de fuerza, me arrastré hasta la popa y agarré el cordón de arranque del motor fueraborda. Tiré débilmente de él. No pasó nada. Lo intenté tenazmente una y otra vez. Y todo el tiempo mantuve la vista fija en la isla, esperando a ver si brillaba y desaparecía.

Había tenido muchas visiones en los últimos días. Había visto ángeles blancos como la leche con copas de cristal llenas de agua pura flotando fuera de mi alcance. Había visto

demonios de color rojo sangre con horcas de fuego atravesándome la piel.

Había visto dirigibles enemigos que estallaban como burbujas justo cuando estaban a punto de lanzar sus bombas sobre mí. Había visto goletas con velas anaranjadas tan altas como el Empire State Building. Había visto bancos de pequeñas ballenas negras. Había visto atolones de coral de color rosa en los que descansaban hermosas mujeres jóvenes cuyos rostros se transformaban en rostros de soldados japoneses cuando me acercaba y que luego se deslizaban bajo las olas donde estaba seguro de que estaban tratando de volcar mi bote. Pero este espejismo conservaba su claridad sin importar cuánto lo mirara y era mucho más detallado que los demás.

El motor se puso en marcha al décimo intento. Apenas quedaba combustible. La hélice chirrió, crujió y empezó a girar. El agua se llenó de espuma. El barco se movía a regañadientes sobre un mar plano de acero bruñido, bajo un disco de fuego hinchado y palpitante, que era el sol, mi enemigo.

Me enderecé, en cuclillas como un viejo sapo disecado en el suelo del bote, gimiendo mientras agarraba el timón, porque su toque enviaba fragmentos de fuego a través de mi mano hasta mi cuerpo.

Pero la alucinación no cesó, incluso pareció hacerse más grande a medida que aparentemente me aproximaba. Olvidé por completo mi dolor al dejarme engañar por ese espléndido espejismo.

Navegué bajo unos acantilados grises y amenazadores que caían en picado sobre el mar. Llegué a las laderas más bajas de la isla y vi palmeras, con sus troncos inclinados como si estuvieran rezando, balanceándose sobre rocas afiladas bañadas por el oleaje blanco. Había incluso un cangrejo marrón correteando por una roca; había algas y líquenes de varias variedades; aves marinas que se zambullían en las aguas poco profundas y se lanzaban hacia arriba con peces brillantes en sus largos picos. Tal vez la isla era real, después de todo...

Pero entonces, al rodear un afloramiento de coral, descubrí de inmediato la confirmación final de mi locura total. Allí había un alto muro de hormigón: un muro portuario recubierto por encima de la línea de flotación de percebes, corales y plantas diminutas. Había sido construido para seguir la curva natural de una pequeña bahía. Y por encima del muro vi los tejados y los pisos superiores de las casas, que podrían haber pertenecido a un pueblo de cualquier parte de la costa inglesa. Y, como magnífico toque final, había un mástil de bandera en el que ondeaba una bandera británica rota y manchada por el clima. Mi fantasía se había cumplido. Había creado un puerto pesquero inglés en medio del océano Índico.

Sonreí de nuevo. El movimiento hizo que la piel ampollada de mis labios se agrietara aún más. Ignoré la incomodidad. Ahora todo lo que tenía que hacer era entrar en el puerto, poner un pie en lo que creía que era tierra firme... y ahogarme. Era una buena manera de morir. Solté otra risa ronca y loca, llena de autoadmiración, y me abandoné al mundo de mi mente.

Guiando mi bote alrededor del muro encontré la bocana del puerto. Estaba parcialmente bloqueada por los restos de un barco de vapor. Chimeneas y mástiles de color rojo óxido se alzaban sobre la superficie. El agua estaba despejada y cuando pasé pude ver el resto del barco hundido apoyado en el coral rosa con peces multicolores nadando dentro y fuera de sus escotillas y ojos de buey. El nombre todavía era visible en su costado: Jeddah, Manila.

Ahora vi el pequeño pueblo con bastante claridad.

Los edificios eran de estilo neoclásico victoriano o eduardiano, más bien sobrio, y tenían un aspecto claramente ruinoso. Parecían desiertos y algunos estaban claramente tapiados. ¿No podría tal vez crear algunos habitantes antes de morir? Incluso un laskar¹ o dos serían mejor que nada,

1 Un laskar era un marino o militar del subcontinente indio u otros países al este del cabo de Buena Esperanza, empleados en buques europeos del siglo XVI hasta el comienzo del siglo XX. la palabra viene del persa Lashkar, que significa campamento militar o de ejército, y al-askar, la palabra árabe que significa guardia o soldado.

porque ahora me di cuenta de que había construido un típico puesto avanzado del Imperio. Eran edificios coloniales, no ingleses, y había edificios nativos cuadrados, en gran parte sin decoración, mezclados con ellos.

En el muelle había varios cobertizos y oficinas. El más grande de ellos tenía el lema descolorido de Welland Rock Phosphate Company. Un bonito detalle mío. Detrás de la ciudad había algo parecido a una versión pequeña y picada de la Torre Eiffel. ¡Un mástil de amarre de dirigible maltrecho! ¡Aún mejor!

En medio del muelle se alzaba un amarradero de piedra. Había sido construido para barcos de carga a motor, pero ahora solo había unos pocos dhow² de pesca nativos de aspecto bastante descuidado amarrados allí. No parecían aptos para navegar. Me dirigí hacia el muelle, graznando la letra de la canción que no había cantado en los últimos dos días.

“¡Gobierna Britannia,
Britannia gobierna las olas!
¡Los británicos nunca, nunca estarán casados
con una sirena en el fondo del profundo mar azul!”

2 El dhow es una embarcación de vela de origen árabe caracterizada por su velamen triangular y bajo calado, siendo lo más común que cuenten con un solo mástil, aunque pueden llevar dos o tres.

Como si los hubiera invocado mi canto, los malayos y los chinos se materializaron en el muelle. Algunos de ellos empezaron a correr por el malecón, sus cuerpos morenos y amarillos brillando a la luz del sol, sus delgados brazos gesticulando. Vestían taparrabos o pareos de diversos colores y anchos sombreros de culí hechos de hojas de palma tejidas les cubrían el rostro. Incluso oí sus voces balbuceando de excitación mientras se acercaban.

Me reí cuando el barco chocó contra el embarcadero lleno de maleza. Intenté levantarme para hablar con esas maravillosas criaturas de mi imaginación. Me sentí como un dios, supongo. Y hablar con ellas era lo mínimo que podía hacer, después de todo. Abrí la boca. Extendí los brazos.

“Mis amigos...”

Y mi cuerpo hambriento se desplomó. Caí de espaldas en el refugio, golpeándome el hombro con el bidón de gasolina vacío que había contenido mi agua.

Se escucharon algunas palabras gritadas en un inglés pidgin³ y una figura morena con pantalones cortos blancos remendados saltó a la canoa, que se balanceó violentamente, sacudiendo los últimos jirones de sentido de mi cráneo.

3 Pidgin English es el nombre dado por los angloparlantes al pidgin chino-anglo-portugués usado para el comercio en Cantón durante los siglos XVIII y XIX; en China esta lengua franca recibió el nombre de inglés de Cantón.

Dientes Blancos sonrió. “Estás bien ahora, sargento”.

–No puede ser –dije.

–Muy bien, sar.

Llegó la oscuridad roja.

Había emprendido un viaje de más de mil millas en un bote abierto hasta Australia. Apenas había logrado recorrer doscientas millas, y la mayor parte de ellas en la dirección equivocada.

Era el 3 de mayo de 1941. Había estado en el mar durante unas ciento cincuenta horas. Habían pasado tres meses desde la destrucción de Singapur por parte de la Tercera Flota de la Armada Imperial Japonesa.

Capítulo II

LA DESTRUCCIÓN DE SINGAPUR

Había sido una especie de utopía, que los japoneses destruyeron.

Diseñados como modelo para otros grandes asentamientos que en el futuro surgirían por todo Oriente, los blancos y elegantes rascacielos de Singapur, sus sistemas de brillantes monorrieles y sus complejos de aeropuertos perfectamente gestionados habían sido diseñados con cariño como un ejemplo para los ciudadanos más oscuros de nuestro Imperio de los beneficios que el dominio británico acabaría proporcionándoles.

Y Singapur ardía. Probablemente soy el último europeo que presencié su destrucción.

Después de servir en el carguero portugués Palmerin durante un par de meses, tomé varios camarotes para viajes individuales, generalmente reemplazando a hombres enfermos o de permiso, hasta que me encontré en Rangún sin ninguna posibilidad de trabajo. Me quedé sin dinero en Rangún y estaba dispuesto a comenzar cualquier tipo de empleo, incluso consideré alistarme como soldado raso en el ejército, cuando un conocido mío del bar me dijo que había un puesto de oficial que había quedado vacante la noche anterior.

—A un tipo lo mataron en una pelea en la casa de Shari —dijo, señalando con la cabeza hacia la calle—. El capitán inició la pelea. No ofrece mucho dinero, pero podría llevarte a un lugar mejor que Rangún, ¿eh?

“En efecto.”

“Está ahí mismo. ¿Quieres conocerlo?”

Acepté y así fue como finalmente llegué a Singapur, aunque no en el barco en el que había firmado.

Un grasiento mercante griego, el Andreas Papadakis, procedente de algún repugnante puerto chipriota, que traficaba con cualquier cargamento marginalmente lucrativo que los capitanes más exigentes rechazarían, se dirigía originalmente a Bangkok cuando sus motores fallaron durante una tormenta eléctrica que también afectó a

nuestro teléfono inalámbrico. Estuvimos a la deriva durante dos días, tratando de hacer reparaciones en lo alto y perdiendo dos de nuestra tripulación en el proceso, en el momento en que el viejo farolillo comenzó a hundirse gravemente en el medio y a desplazarse hacia el suelo.

El Papadakis no era muy adecuado para condiciones meteorológicas adversas de ningún tipo y no se podía confiar en él ni siquiera en una crisis menor. Los cables de la góndola y los cables de dirección necesitaban urgentemente una reparación y deberíamos haber esperado el momento y descender sobre el agua si esperábamos tener alguna posibilidad de aterrizar sin sufrir daños graves, pero a esas alturas el capitán estaba borracho de resaca y se negó a escuchar mi consejo, mientras que el resto de la tripulación, un grupo mixto de asesinos de la mayor parte del Adriático, estaba en pánico. Hice lo que pude para persuadir al capitán de que soltara el combustible que nos quedaba, pero me dijo que él sabía más. El resultado fue que comenzamos a descender rápidamente a medida que nos acercábamos a la costa de la península malaya, mientras el Andreas Papadakis gemía y se quejaba todo el tiempo y amenazaba con desmoronarse.

La nave temblaba y temblaba en cada sección mientras el capitán miraba con ojos vidriosos por las portillas de proa y comenzaba, según me pareció, a discutir en griego con los poderes del Destino, a quien culpaba de todo el desastre. Era como si pensara que podía consolar a la gente para librarse

de ese hecho inevitable. Mantuve las manos en el timón, rezando por avistar un lago o al menos un río, pero estábamos atravesando una densa jungla. Recuerdo una masa de ramas verdes que se agitaban, un chirrido espantoso de metal y madera al chocar, un golpe en las costillas que me hizo caer de espaldas en los brazos del capitán, que debió de morir murmurando alguna miserable protesta chipriota.

Me salvó la vida, pues amortiguó mi propia caída y le rompió la espalda. Volví en mí una o dos veces mientras me sacaban de los escombros, pero solo recuperé el sentido del todo cuando me desperté en el Hospital St Mary's de Changi, Singapur. Tenía algunos huesos rotos que se estaban curando, algunas heridas internas menores que habían sido atendidas y pronto me recuperaría gracias al Fondo de Auxilio para Dirigibles, que había pagado mi atención médica, mi tratamiento y el período durante el cual me recuperaría.

Yo había tenido suerte. Sólo había otros dos supervivientes. Cinco más habían muerto en uno de los hospitales indígenas a los que los habían llevado.

Mientras descansaba, un tanto aliviado por no tener que preocuparme por el trabajo y contento de estar en Singapur, donde habría muchas más posibilidades de encontrar un empleo decente, comencé a leer sobre las crecientes tensiones entre varias de las grandes potencias. Japón se

disputaba territorios con Rusia. Los rusos, aunque ya eran una república, tenían casi tanta determinación imperial como los japoneses. Sin embargo, no supimos nada de la guerra hasta la noche del 22 de febrero de 1941: la noche del ataque de la Tercera Flota japonesa: la noche en que un sueño británico de utopía fue destruido quizás para siempre.

Tratábamos de escapar de lo que quedaba de la colonia. Un dirigible ambulancia estaba amarrado a un mástil improvisado y la embarcación prácticamente llenaba el terreno ennegrecido y en ruinas de St. Mary's: una enorme aeronave recortada contra un cielo rojo rubí con las llamas de mil incendios. La escena era surrealista. Hoy pienso en ella como la huida de Sodoma y Gomorra, ¡pero en el Arca de Noé! Pequeñas figuras de pacientes y personal se precipitaron, presas del pánico, hacia el vientre hinchado del barco mientras por todas partes se movían monstruosos e implacables acorazados japoneses. Habían llegado de repente, bestias sin mente de las regiones superiores, para sembrar Singapur con su engendro incendiario.

Nuestra resistencia había sido impotente. A lo lejos, unos cuantos haces de luz de los reflectores vagaban por el cielo, a veces mostrando una densa nube de humo desde la que se podía vislumbrar una sección de uno de los enormes buques de guerra aéreos. Entonces, los tres cañones antiaéreos restantes estallaban y lanzaban proyectiles, que o bien fallaban o bien explotaban inofensivamente contra el costado de la nave atacante. Había varios de nuestros

monoplanos que seguían zumbando en la oscuridad a velocidades de más de seiscientos kilómetros por hora, disparando inútilmente contra cascos más fuertes que el acero. Fueron alcanzados por balas trazadoras que chirriaban desde las góndolas de los cañones blindados. Vi un giróscopo flotante girar como un colibrí asustado saliendo de las llamas, y luego también fue alcanzado por balas de magnesio y cayó dando vueltas en el caos llameante de abajo.

Nuestro barco no era de última generación. Pocos barcos hospitalarios lo eran. El casco en forma de cigarro que protegía las bolsas de gas era de resistente fibra de vidrio de boro, pero la góndola de dos niveles que había debajo era más vulnerable. Esta góndola contenía alojamiento para la tripulación y los pasajeros, motores, tanques de combustible y de lastre, y en ella llevábamos a todos los seres humanos que podíamos. Yo, por supuesto, casi totalmente recuperado, ayudaba a los médicos y al personal sanitario.

Sin demasiadas esperanzas de que el barco pudiera escapar, ayudé a subir camillas por una de las dos escaleras plegables que bajaban desde las entrañas del barco. Esto ya era una tarea bastante difícil, ya que el barco estaba anclado de forma poco segura y se balanceaba y se tensaba con la docena de cables de acero que lo sujetaban al suelo.

El último paciente aterrorizado ya estaba listo y las últimas enfermeras, cargando fardos de mantas y suministros

médicos, se apresuraron a subir a bordo mientras los aviadores desatascaban las pasarelas para poder plegarlas de nuevo dentro del barco. Las escaleras comenzaron a rebotar como un paseo en bicicleta de feria mientras, con la ayuda de los aparejadores, logré subir al barco, perdiendo el equilibrio varias veces, tan sacudido que sentí que mi cuerpo se desmoronaba.

De repente, varias bombas incendiarias impactaron en el hospital a la vez. La oscuridad estalló en llamas estridentes. Más bombas estallaron en el suelo, pero increíblemente ninguna alcanzó directamente a la aeronave. Por un momento quedé cegado por una luz plateada brillante y una ola de intenso calor me golpeó la cara y las manos.

Desde algún lugar arriba oí al capitán gritar “¡Suéltlenlo!” incluso antes de que la pasarela estuviera completamente levantada.

Me agarré y encontré un pasamanos, dejé caer la caja que llevaba y traté desesperadamente de subir a tientas los últimos peldaños antes de que me aplastaran los escalones que se cerraban automáticamente. Recuperé la visión y vi los cables azotándose como si estuvieran furiosos por tener que soltarse del barco.

Y entonces me paré en la plataforma de embarque y mi peligro inmediato había pasado.

Capítulo III

EL ACCIDENTE

Poco después, divisé el gran conglomerado de edificios apiñados que constituía el puerto de Surabaya. Una ciudad bulliciosa de arquitectura mixta europea y malaya, fue uno de los pocos puertos grandes que sobrevivió al declive del transporte marítimo convencional en favor de los buques de carga aéreos. Su puerto todavía estaba abarrotado de vapores y todo el lugar parecía extrañamente tranquilo a la luz de la mañana. Sentí una irracional oleada de celos, un deseo de que Surabaya también pudiera experimentar algún día lo que había experimentado Singapur. ¿Qué derecho tenía este puerto sucio y feo a sobrevivir cuando un poderoso monumento a un imperio humano e idealista había perecido en llamas?

Aparté de mi cabeza esas terribles ideas. En unos momentos más, nos estrellaríamos en el mar. Sin ningún tipo de energía, el barco tendría grandes dificultades para atracar antes de llegar al puerto.

De repente, todo el barco se estremeció y llamé al personal para que se mantuviera a la espera, ya que algunos pacientes empezaron a gemir y hacer preguntas o a gemir de miedo. El barco giró y empezó a derivar en una maniobra torpe y apenas controlada, y perdí de vista la ciudad por completo. Solo vi una lancha que surcaba las olas y giraba para seguirnos, dejando una cicatriz blanca en el mar. Se oyó un crujido y un gemido peculiares desde arriba, como si se hubiera ejercido una tensión inusual sobre las bolsas de gas y el casco que las contenía.

Empezamos a caer.

En ese momento se escucharon llantos entre los pacientes e hicimos lo posible para asegurarles que todo estaba en orden y que pronto estarían en camas de hospital seguras en Surabaya.

Vi que el mar se elevaba a nuestro encuentro y luego se retiraba de nuevo. Empezamos a movernos dando saltos temblorosos, como si estuviéramos en una gigantesca curva. En algún lugar, toda una colección de vajilla se estrelló contra la cubierta y lo único que pude hacer fue mantenerme en pie apoyándome en la barandilla de seguridad.

Y entonces, para mi horror, vi los tejados de la ciudad a mis pies. Nuestra góndola casi rozaba los edificios más altos mientras pasábamos a toda velocidad sobre ellos. ¡Nos habíamos saltado el mar y estábamos viajando rápidamente hacia el interior! El capitán había dejado para cuando fue demasiado tarde su decisión.

Oí el zumbido del intercomunicador y luego el tono tenso del primer oficial. De repente, se había levantado un fuerte viento de popa justo cuando estábamos a punto de descender y esto había echado por tierra por completo los cálculos de todos. El capitán tenía la intención de intentar llevar el barco a través de la isla y aterrizar en el mar cerca de Djogjakarta, que era la ciudad más cercana a la que probablemente llegaríamos, considerando la dirección actual del viento. Sin embargo, ya se había vaciado una gran cantidad de gas y tal vez no pudiéramos ganar suficiente altura. En ese caso, debíamos estar preparados para un aterrizaje forzoso en tierra.

Sabía perfectamente lo que eso significaría. El barco iba considerablemente sobrecargado. Si caía del cielo a tierra, existían grandes posibilidades de que todos muriéramos.

Un paciente, que había sido despertado de la sedación por la voz del primer oficial, gritó alarmado. Una enfermera se apresuró a calmarlo.

El barco se estremeció y su morro se elevó bruscamente, de modo que la cubierta se inclinó en un ángulo pronunciado. Luego, el morro se inclinó y algunos objetos que no estaban asegurados comenzaron a deslizarse hacia la proa. Apreté el pie contra la barandilla. A través de las portillas vi un hidroavión holandés que nos seguía como si intentara averiguar el motivo de nuestro cambio de planes. Luego, tal vez desesperando, giró de nuevo hacia el mar.

Surabaya estaba detrás de nosotros. Debajo de nosotros se extendía una amplia extensión de impecables arrozales, hileras de árboles de tamarindo y campos de altos cañaverales. Estábamos tan bajos que podía distinguir las cabezas de los campesinos que nos miraban mientras nuestra sombra se movía por sus campos. Entonces, una nueva ráfaga de viento atrapó el barco y lo hizo girar de nuevo, revelando las plantaciones de kapok en las laderas de las sombrías laderas volcánicas de Java.

Pensé que íbamos a estrellarnos contra las colinas, pues se elevaban abruptamente y empezaban a convertirse en los flancos grises de las montañas. De algunas de ellas se elevaban volutas de humo blanco amarillento. Instintivamente me preparé, pero logramos cruzar la primera línea de montañas. Y más adelante pude ver nubes más densas de humo gris pálido, enroscándose e hirviendo como una maraña de serpientes perezosas.

El dirigible volvió a levantar el morro y ascendimos unos metros. Los estabilizadores de cola dañados nos obligaron a hacer un zigzag loco sobre el paisaje y pude ver nuestra sombra alargada moviéndose erráticamente debajo. Luego nuestro movimiento se estabilizó, pero me pareció inevitable que pronto nos estrellaríamos contra uno de los muchos volcanes semiactivos que dominaban el interior de Java.

No estaba preparado para el siguiente bandazo y perdí el agarre de la barandilla cuando empezamos a ascender rápidamente. Al ponerme de pie, vi que el barco había soltado el lastre de agua, que se esparció como una tormenta repentina sobre las laderas polvorientas de las montañas. Tal vez, después de todo, llegaríamos al mar por el otro lado.

Pero unos momentos después se oyó por los altavoces la voz del capitán, que parecía bastante tranquila dadas las circunstancias. Nos dijo que tendríamos que aligerar el barco lo máximo posible. Teníamos que preparar todo el material no esencial y la tripulación lo recogería en un par de minutos.

Nos pusimos a dar tumbos por la sala recogiendo todo lo que podíamos tirar por la borda. Al final, entregamos a los tripulantes una gran pila de libros, comida, suministros médicos, ropa, sábanas, cilindros de oxígeno y más. Todo se fue por la borda.

Y el barco se elevó apenas lo suficiente para superar la siguiente cadena de montañas.

Me pregunté si el capitán pediría voluntarios para saltar del barco a continuación. Para entonces estábamos volando sobre un páramo desolado y estéril de crestas de lava fría, sin ni siquiera un grupo de palmeras que pudiera frenar nuestro descenso en caso de que nos estrelláramos. La tensión en las salas había aumentado de nuevo y los pacientes que aún no habían dormido hablaban con voz aguda y llena de pánico.

Algunas de las preguntas eran difíciles de responder. Entre los materiales “no esenciales” de los que nos habíamos desecho se encontraban los cadáveres de quienes habían muerto durante el traslado.

Pero incluso este acto de desesperada insensibilidad nos había ganado muy poco tiempo.

El intercomunicador volvió a sonar. El primer oficial empezó a hablar.

“Por favor, prepárense para... ¡Oh, Dios!”

Al momento siguiente vi la ladera gris de la montaña corriendo hacia nosotros y antes de que nos diéramos cuenta, estábamos envueltos en nubes de humo blanco y nuestra quilla estaba haciendo un sonido espantoso al raspar las laderas del acantilado.

Los gritos de los pacientes se sumaron a los del propio barco. Oí un crujido monstruoso y luego salí volando de la barandilla y me deslicé hacia las literas.

El dirigible se tambaleó y se sacudió, pareció ganar altura por un momento y luego se hundió con un crujido horrible, que hizo que las literas se soltaran de sus amarras. Tuve la impresión de brazos y piernas que se agitaban, de caras aterrorizadas. Oí el tintineo de bandejas de instrumentos y vi cuerpos volando como muñecos de trapo. Un gran gemido llenó mis oídos y luego el dirigible se balanceó, volvió a subir y bajó por última vez. Entre una masa de cuerpos que se agitaban, fui arrojado hacia el costado de estribor. Vi mi cabeza precipitarse hacia un puntal de fibra de vidrio cerca de las portillas de observación. Traté de extender las manos para detener el impacto, pero los cuerpos y los objetos que estaban sobre mí los atraparon. Se produjo el estruendo final del impacto y recuerdo que me invadió una sensación casi alegre de alivio por haber muerto y que la ordalía hubiese terminado por fin.

Capítulo IV

PRISIONEROS

Creo que debí haberme despertado brevemente una vez y oí unas voces extrañas y chillonas que balbuceaban desde algún lugar lejano y me di cuenta de que el hidrógeno se estaba escapando y que eso hacía que los altavoces hablaran en tonos agudos. Decidiendo que estaba vivo y que seguro me rescatarían, caí de nuevo en la inconsciencia.

Cuando me desperté, traté de moverme, pero no pude. Pensé que tal vez tenía la espalda rota, porque tenía pocas sensaciones, salvo la de que algo pesado me presionaba.

Debido a esta presión, me resultó muy difícil respirar lo bastante profundamente para gritar pidiendo ayuda que estaba seguro debía estar próxima, pues podía oír gente moviéndose bastante cerca.

Las voces ya no eran chillonas, pero tampoco me resultaban familiares. Escuché con atención. Las voces gritaban en una variante del malayo que me resultaba difícil de entender. Al principio pensé que los campesinos locales, los recolectores de azufre que trabajan en los volcanes, habían venido a rescatarnos. Podía oler el humo acre que me dificultaba aún más la respiración. Mi siguiente intento de gritar fracasó. Entonces oí más gritos.

Y los gritos fueron seguidos por fuertes detonaciones, que sí reconocí: disparos.

Con una sensación de terrible impotencia intenté mover la cabeza para ver qué estaba pasando.

Los gritos cesaron. Se hizo el silencio. Luego se oyó un grito débil e histérico. Otro disparo. Silencio. Una voz malaya que daba órdenes rápidas y salvajes.

Por fin, con mucho dolor, logré girar la cabeza y mirar hacia afuera de un montón de puntales retorcidos y escombros. Vi cuerpos empalados en fragmentos irregulares de fibra de vidrio y, más allá de ellos, una nube de humo a través de la cual se movían unas figuras borrosas. Cuando el humo se disipó, vi destellos brillantes de verde, rojo y amarillo.

Seda. Estos malayos no eran recolectores de azufre, eso es seguro.

Entonces los vi claramente. Iban vestidos al estilo familiar de los bandidos y piratas malayos desde Koto Raja hasta Timor. Llevaban sarongs de colores vivos y chaquetas bordadas. En sus cabezas llevaban pitjis, turbantes o amplios sombreros de culí. Llevaban sandalias de cuero pintado en sus pies morenos y sus cuerpos estaban cruzados con bandoleras de cartuchos. De sus cinturones colgaban revólveres reforzados, cuchillos y parangs⁴ y tenían rifles en sus manos. Vi a uno que se acercaba a mí, con una mirada de odio cruel congelada en sus rasgos. Bajé la cabeza y cerré los ojos, oyéndolo hurgar entre los escombros sobre mí. Oí un disparo cerca de mi cara y pensé que había disparado contra mí, pero la bala aterrizó en un cadáver que yacía sobre mí. Se alejó.

Miré hacia arriba de nuevo.

Los bandidos conducían a los supervivientes montaña abajo. A través del humo pude ver enfermeras con uniformes blancos sucios y desgarrados, médicos todavía vestidos con batas o en mangas de camisa, tripulantes vestidos de azul cielo, tambaleándose delante de sus captores. Pero no había pacientes entre ellos. Observé con desesperación aturdida hasta que el humo los engulló.

Luego, poco a poco, a medida que me daba cuenta de lo que les había pasado a mis compañeros, el dolor empezó a

⁴ Parang es un término colectivo para las espadas, grandes cuchillos y machetes provenientes de todo el archipiélago malayo.

inundar mi cuerpo. Me esforcé por darme la vuelta y ver qué era lo que me tenía atrapado entre los escombros.

Una de las literas relativamente livianas había caído sobre mí y en ella estaba el cuerpo de un niño. Su rostro muerto, con los ojos muy abiertos, me miraba fijamente. Me estremecí e intenté levantar la litera, pero se movió poco. La cabeza del niño rodó. Me di vuelta, extendí las manos sangrantes y agarré un puntal roto que tenía frente a mí, y me estiré desesperadamente para salir de debajo de la litera hasta que quedé libre y pude respirar mejor. Pero mis piernas todavía estaban entumecidas y no podía mantenerme en pie. Me incliné hacia adelante y me agarré de otro puntal, usándolo para levantar mi cuerpo unos centímetros más sobre los escombros, luego creo que me desmayé durante unos minutos.

Me llevó mucho tiempo pasar por encima de los puntales y las losas rotas del casco y los cadáveres hasta que quedé tendido en las zonas externas de los restos sobre piedra dura.

A pesar de todos los hematomas y la hemorragia, no tenía ningún hueso roto. Los cuerpos de los que habían muerto me habían salvado de lo peor del impacto. Poco a poco, mis piernas recuperaron la sensibilidad y pude ponerme de pie, apretando los dientes contra el dolor. Miré a mi alrededor.

Me encontraba de pie junto a los restos principales de la nave, sobre una montaña cubierta de serpentinas de polvo

de azufre amarillo. Por todas partes había cuerpos: cuerpos destrozados y arrugados de hombres, mujeres y niños, de pacientes en camisones y pijamas, de soldados heridos con uniformes andrajosos, de oficiales y tripulantes de la aeronave, de enfermeras, ordenanzas y médicos. Casi dos mil cuerpos y ninguno de ellos se movía mientras el viento movía lentamente el humo sobre ellos, y el polvo amarillo se arremolinaba y jirones de tela revoloteaban entre las ruinas arrugadas de la gigantesca aeronave. Sin esperanza, vagué entre los montones de muertos.

Dos mil seres humanos que habían intentado escapar de la muerte en los incendios de Singapur, sólo para encontrarla en las rocas estériles y azotadas por el viento de una desconocida ladera de Java. Suspiré y me senté, recogiendo un paquete de cigarrillos aplastado que había visto. Abrí el paquete y saqué uno de los cigarrillos aplastados, lo encendí y traté de pensar. Pero no sirvió de nada, mi cerebro se negó a funcionar.

Miré a mi alrededor. Había agujeros irregulares en el casco de la aeronave. La mayoría de las bolsas de gas se habían abierto y se había perdido el helio. Los restos cubrían una amplia zona de la ladera de la montaña. No había ningún lugar al que mirara que no estuviera cubierto de ellos. Y sobre todo ello se movían espesas cintas de humo procedentes del volcán.

El humo acariciaba los huesos rotos del barco, las góndolas destrozadas y los restos de los motores en ruinas, como los fantasmas de los muertos que daban la bienvenida a otros a sus filas.

Me levanté y apagué el cigarrillo con una bota manchada y arañada. Tosí por el humo y temblé de reacción y de frío. La pendiente estaba probablemente a mil pies sobre el nivel del mar. No era sorprendente que el barco sobrecargado se hubiera estrellado. Aturdido, continué mi búsqueda de supervivientes, pero al cabo de dos horas sólo había encontrado cadáveres. Lo que era aún más horroroso era que muchos habían sobrevivido al choque. Mientras buscaba, encontré niñas y niños a los que les habían disparado en la cabeza o les habían cortado el cuello, mujeres jóvenes y viejas masacradas por parangs y hombres que habían sido decapitados. Los bandidos habían repasado a los supervivientes matando sistemáticamente a todos aquellos que por una razón u otra no habían podido o no habían querido caminar. A medida que el horror aumentaba, me asaltaron de repente las náuseas y me quedé de pie con una mano apoyada en una roca mientras vomitaba una y otra vez hasta que lo único que salió de mí fueron toses secas y con arcadas. Luego volví andando hasta los restos principales y encontré una manta y un recipiente de plástico con agua. Me quité el chaleco salvavidas, que ya no me servía, y me envolví en la manta. Subí a trompicones la ladera de la montaña hasta que me libré de los cadáveres. Luego me dormí.

Me desperté antes del amanecer temblando. De algún lugar abajo llegó un aullido escalofriante que al principio confundí con el de un ser humano. Luego me di cuenta de que el aullido provenía de un perro salvaje que cazaba en el bosque al pie de la montaña. Cuando amaneció volví al lugar del naufragio.

A estas alturas ya me había hecho una idea aproximada de lo que había sucedido. Era evidente que el accidente había sido presenciado por una de las muchas bandas rebeldes que normalmente ocupaban esas alturas y que, de vez en cuando, atacaban las ciudades y granjas holandesas que se encontraban más abajo. Inspirados por el apoyo tanto de los japoneses como de sus compatriotas nacionalistas más sofisticados, estos rebeldes se habían vuelto recientemente más audaces y habían llegado a representar una seria amenaza para los colonos. Ya se llamaran bandidos, piratas o “nacionalistas”, todos odiaban a los blancos en general y a los holandeses en particular. Probablemente habían capturado a los supervivientes como rehenes o tal vez para entregárselos a sus amigos japoneses a cambio de más armas o suministros. Tal vez sólo quisieran disfrutar matándolos lentamente. No podía estar seguro. Pero sí sabía que si me encontraban, yo correría la misma suerte y ninguna de las perspectivas era agradable.

Había pocas armas a bordo del barco hospital y, a pesar de mis ganas de armarme, no me molesté en buscar un arma entre los muertos. Los rebeldes probablemente habrían

encontrado alguna. En lugar de eso, rescaté otro recipiente de plástico con agua, una caja de sándwiches bastante rancios, descubrí una bolsa de suministros médicos que me eché al hombro y luego, pensativo, porque sabía que tarde o temprano podría encontrarme en la espesa jungla, saqué un parang del cuerpo de una de las mismas enfermeras que me habían devuelto la salud en Changi.

Me alejé tambaleándome del casco destrozado del zepelín y bajé por la montaña. Me picaban los ojos y tenía la garganta obstruida por el azufre.

Yo seguía moviéndome como en trance, como si pasara de un sueño a otro. Nada me había parecido completamente real desde que se habían avistado los primeros barcos de la flota aérea japonesa en los cielos de Singapur.

A pesar de todo, caminé con cautela a través del humo que se alzaba sobre mí. No tenía ningún deseo de verme atrapado en la pesadilla de ser capturado por los bandidos malayos.

Por fin salí a un sol radiante, vi un cielo azul y tranquilo encima de mí y el verde intenso y variado de un bosque debajo. Miré a mi alrededor en busca de señales de los bandidos y sus cautivos, pero no pude ver nada.

Más allá del bosque se veía una línea tenue en el cielo: era el horizonte del mar. La aeronave casi había logrado cruzar la

isla y lo habría logrado si el viento no la hubiera empujado contra lo que ahora veía como la montaña más alta de la región. Intentaría llegar al destino de la nave, Djogjakarta, y rezaría para que la ciudad todavía estuviera en manos holandesas. Mi mejor apuesta sería cruzar la tierra intermedia hasta el mar y luego seguir la playa más o menos hacia el oeste hasta llegar a la ciudad o, con suerte, encontrar una carretera por la que pudiera tomar un transporte.

No tenía sentido intentar hacer algo por los supervivientes capturados. Una vez en Djogjakarta, podía contarles a las autoridades lo que había sucedido y esperar que los aerogiros holandeses salieran con soldados y salvaran a la gente.

Y así comencé mi viaje hacia el mar.

Me tomó tres días, primero a través de la espesa jungla y luego hacia las llanuras hasta llegar a los arrozales que tuve que atravesar vadeando, haciendo amplios desvíos alrededor de las aldeas en caso de que los campesinos locales estuvieran, como sucedía a menudo, aliados con los bandidos.

Fue un viaje agotador y estaba medio muerto de hambre cuando vi la playa que había delante, a menos de una hora de marcha. Con cierto alivio, comencé a caminar por el último arrozal, mis botas destrozadas arrastraban el barro

adherido y luego me detuve al oír un sonido familiar en la distancia.

Era el zumbido de los motores de una aeronave. Miré hacia arriba y localicé la fuente: un destello plateado en el cielo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me hundieron los hombros al darme cuenta de que mi lucha había terminado. Me habían liberado. Empecé a gritar y a saludar con la mano, aunque era poco probable que la tripulación pudiera verme a esa altura, ¡y mucho menos distinguirme de un náufrago inglés!

Pero el barco se acercaba y parecía que me buscaba. ¿Quizás un barco de rescate de Surabaya? Me maldije por no haberme quedado cerca del naufragio, donde podrían haberme visto antes. Con el agua hasta la cintura, rodeado de las ordenadas hileras de plantas de arroz, agité mi parang y grité aún más fuerte.

Entonces vi el motivo en el casco del barco y al instante me sumergí hasta el cuello entre las plantas, tiré de ellas sobre mi cabeza.

El barco lucía el disco rojo del sol blasonado en sus flancos. Era un buque de la Flota Aérea Imperial Japonesa.

Durante unos instantes, la nave sobrevoló la zona y luego voló hacia las montañas. Esperé a que desapareciera antes

de atreverme a salir del agua. Me había convertido en una criatura tímida en las últimas veinticuatro horas.

Con más cautela que nunca me arrastré hasta la orilla del mar hasta que por fin quedé exhausto a la sombra de la roca, en una cálida playa de arena volcánica negra contra la que golpeaba el pesado oleaje blanco del Océano Índico.

La presencia del barco explorador sobre Java era un mal augurio. Significaba que Japón se sentía lo suficientemente fuerte como para ignorar la neutralidad holandesa. Incluso podía significar que Japón, o los bandidos que lo servían, habían tomado la isla.

Me pregunté si ahora tenía sentido seguir intentando llegar a Djogjakarta. Sabía que los japoneses no eran amables con sus cautivos.

El sonido de las olas parecía hacerse cada vez más fuerte y más relajante hasta que pronto las preguntas dejaron de atormentarme mientras me estiraba en la suave arena y dejaba que mi cerebro y mi cuerpo cansados se hundieran en el sueño.

Capítulo V

EL PRECIO DE LOS BARCOS DE PESCA

Al mediodía del día siguiente vi el pueblo de pescadores. Era un conjunto de cabañas de troncos y juncos de distintos tamaños, un tanto desvencijadas. Todas las cabañas tenían el techo de hojas de palma y algunas estaban construidas sobre pilotes. Las piraguas, amarradas a muelles de madera destartalados contruidos en aguas poco profundas, eran primitivas y no parecían aptas para navegar. Las altas palmeras, cuyos troncos curvados y hojas anchas parecían ofrecer más refugio que las propias casas, daban sombra a las cabañas.

Me escondí detrás de un montículo y deliberé durante unos momentos. Existía la posibilidad de que los aldeanos estuvieran en complicidad con los japoneses o con los

bandidos, o con ambos. Sin embargo, a pesar de mi desesperación por llegar a un lugar seguro, estaba cansado de esconderme, tenía un hambre terrible y había llegado a un punto en el que no me importaba mucho quiénes eran esos aldeanos o hacia quién sentían lealtad, siempre y cuando me dieran de comer algo y me dejaran recostarme lejos del resplandor del sol.

Tomé una decisión y seguí adelante. Pensé que sabía qué tipo de hombre blanco estarían más dispuestos a tolerar y alimentar estas personas.

Había llegado al centro del pueblo antes de que empezaran a aparecer, primero los hombres adultos, luego las mujeres y los niños. Me miraron con el ceño fruncido. Les devolví la sonrisa, levantando mi mochila. –Medicina –dije, tratando desesperadamente de recordar mi vocabulario.

Todos me miraron como si pudieran aprovechar lo que yo tenía para ofrecer.

Entre la multitud aparecieron algunos aldeanos que portaban viejas armas, parangs y cuchillos que, a pesar de su antigüedad, parecían bastante útiles.

“Medicina”, dije de nuevo.

Se produjo un movimiento en la parte de atrás de la multitud. Escuché palabras en un dialecto desconocido. Recé para que alguno de ellos hablara malayo y me dieran la

oportunidad de hablar con ellos antes de que me mataran. No había duda de que mi presencia era motivo de resentimiento.

Un hombre mayor se abrió paso entre los aldeanos armados. Tenía ojos brillantes y astutos y el ceño fruncido como si estuviera calculando. Miró mi bolsa y pronunció un par de palabras en su dialecto. Le respondí en malayo. Tenía que ser el jefe, porque iba mucho mejor vestido que sus compañeros, con un sarong de seda amarilla y roja. Calzaba sandalias.

–¿Belanda? –dijo–. ¿Holandés?

Negué con la cabeza. –Inggeris. –No estaba seguro de si veía alguna diferencia entre un holandés y un inglés, pero su ceño se aclaró un poco y asintió.

–Tengo medicinas –pronuncié cuidadosamente las palabras malayas, pues su dialecto no era uno con el que estuviera familiarizado–. Puedo ayudar a sus enfermos.

“¿Por qué vienes así, sin barco ni coche ni máquina voladora?”

–Estaba en un barco –señalé el mar–. Se incendió. Nadé hasta aquí. Quiero ir a... a Bali. Si quieres que cure a tus enfermos, debes pagarme.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. Esto tenía sentido para él. Había venido a negociar. Ahora me miró casi con alivio.

“Tenemos poco dinero”, dijo. “Los holandeses no nos pagan por nuestro pescado ahora que los japoneses están en guerra contra ellos”. Señaló la costa hacia Djogjakarta. “Ellos luchan”.

Disimulé mi desesperación. Así que ya no tenía sentido intentar llegar al pueblo. Tendría que pensar en otro plan.

“Tenemos arroz”, dijo el jefe. “Tenemos pescado, pero no dinero”.

Decidí continuar con mi idea original. Si funcionaba, estaría un poco mejor. “Quiero un barco. Curaré todas las enfermedades que pueda, pero debes darme uno de los barcos con motor”.

El jefe entrecerró los ojos. Los barcos eran sus posesiones más valiosas. Inhaló, arrugó el ceño y frunció los labios. Luego asintió. –Te quedarás con nosotros hasta que diez hombres enfermen y se curen, y cinco mujeres y cinco niños varones –dijo, bajando la mirada.

Supuse que estaba tratando de ocultar cualquier indicio en sus ojos de que podría estar obteniendo lo mejor del trato. “Cinco hombres”, dije. “Diez hombres” dijo. Extendí mis manos. “Estoy de acuerdo”.

Y así fue como terminé pasando más semanas de las que había planeado en un remoto y algo hostil pueblo pesquero javanés, porque el jefe, por supuesto, me había engañado.

Los hombres resultaron ser decepcionantemente saludables y las mujeres y los niños parecían estar constantemente enfermos de dolencias menores, de modo que, con mis limitados conocimientos médicos, traté a muchas más personas de las que se habían previsto en el acuerdo original, pero nunca pareció que pudiera completar la cuota masculina. El jefe se dio cuenta de inmediato de que estaba en lo cierto y pronto se hizo evidente que incluso cuando los hombres enfermaban no me informaban, sino que se atenían a sus métodos habituales de curación. Al menos dos murieron mientras estuve allí. Estaban dispuestos a renunciar a cualquier atención por mi parte con tal de que yo pudiera seguir tratando a las mujeres y los niños.

A pesar de todo, no me enfadé en absoluto. La rutina era un calmante para mi cansado cerebro y me perdía en ella. Mi conciencia de cualquier realidad más allá de los confines de la aldea se volvía cada vez más vaga. El caos había vuelto al mundo exterior, pero la vida cotidiana de la aldea era un modelo del orden sencillo y podría haber vivido allí si el mundo exterior no se hubiera entrometido, por fin.

Mirando hacia atrás, entiendo que era inevitable, pero me sorprendí cuando sucedió.

Una mañana vi una nube de polvo a lo lejos. Parecía que la arena de la playa estaba siendo removida, pero no pude distinguir la causa de la alteración.

Entonces, cuando la nube de polvo se acercó, me di cuenta de lo que significaba y corrí a esconderme en la puerta de una choza.

Los neumáticos de los vehículos militares, grandes y cuadrados, utilitarios, con turbinas de vapor de gran potencia que impulsaban sus enormes ruedas, levantaban polvo. Y esos vehículos militares estaban abarrotados de soldados japoneses. Casi con toda seguridad ya habían conquistado toda la isla y, con la misma seguridad, habían oído algún rumor sobre mi presencia en el pueblo. Venían a investigar.

Fue en ese momento cuando decidí embarcarme hacia Australia. No había ningún otro lugar adonde ir.

Aunque no había cumplido con el trato original que había hecho con el jefe, todavía tenía el derecho moral de hacer lo que hice, pues había tratado bastante bien a los aldeanos y les dejaría lo que quedaba de mi botiquín.

Llevé sólo una lata de gasolina llena de agua y me arrastré hasta la orilla, utilizando un embarcadero como protección. Luego me acerqué a uno de los motores fueraborda y comencé a desatarlo. Todos los habitantes del pueblo

estaban observando los autos que se acercaban y era mi única oportunidad de escapar. Empecé a empujar el bote lentamente hacia mar abierto mientras los habitantes del pueblo corrían de un lado a otro, emocionados por la llegada de sus nuevos amos.

Tuve suerte. Una corriente atrapó pronto la piragua y la alejó más rápidamente de la orilla. Por fin, los aldeanos me vieron y se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo justo cuando los autos japoneses se detenían en la plaza del pueblo. Ahora estaba a cierta distancia y tenía dificultades para subir a la piragua sin volcarla.

Los aldeanos empezaron a gesticular y a señalarme. Con un tirón logré subirme a la embarcación que se balanceaba violentamente e intenté poner en marcha el maltrecho motor fueraborda.

Se puso en marcha después de sólo tres intentos fallidos. Ajusté la caña del timón y me dirigí hacia mar abierto, observando con satisfacción que había dos bidones de combustible de repuesto guardados en el centro del barco.

Oí disparos de pistola, luego disparos de rifle.

Entonces se puso en marcha una ametralladora y las balas zumbaron en mis oídos y alcanzaron el agua que me rodeaba. Seguí cambiando de rumbo y en un momento di un giro completo y me dirigí en dirección opuesta a Darwin, mi

destino propuesto, con la esperanza de que esto los confundiera cuando vinieran a comunicarse por radio con su cuartel general y les ordenaran que enviaran aeronaves y patrulleras a buscarme.

Los disparos cesaron por un momento. Miré hacia atrás y vi las diminutas figuras de los aldeanos. Parecían estar arrodillados ante los japoneses.

Luego la ametralladora se puso en marcha de nuevo, pero esta vez no disparó hacia el mar.

Unas horas después empecé a pensar que las posibilidades de persecución habían desaparecido. Había avistado sólo una aeronave a lo lejos y pronto sería de noche. Había tenido suerte.

Mientras avanzaba lentamente sobre el espejo liso y resplandeciente del océano, felicitándome a mí mismo y con mis pensamientos cada vez más abstraídos, no me di cuenta de que las patrullas japonesas debían estar buscando en las aguas en las que yo podría estar. Parecía que ya había perdido el rumbo, en más de un sentido.

A medida que pasaban los días ardientes y las noches frías, comencé a darme cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de llegar a Australia, y comencé a entablar debates con mi yo hambriento y sediento sobre la naturaleza de la vida, la naturaleza de la muerte y la naturaleza de lo que

me parecía una lucha continua entre el Caos y el Orden, con el primero tendiendo a salir bastante mejor parado a largo plazo.

Y fue este desgraciado y tonto parlanchín (que en su día fue un soldado práctico y pragmático en un mundo más ordenado) quien finalmente avistó Rowe Island y decidió, razonablemente, que no era más que una ilusión espléndidamente detallada.

Capítulo VI

EL MISTERIOSO DEMPSEY

La isla Rowe fue descubierta en 1615 por el explorador británico Richard Rowe.

En 1887 se descubrió que contenía formaciones de calcio casi puro y en 1888 la isla fue anexionada por Gran Bretaña. Ese año llegaron los primeros colonos y en 1897 habían obtenido una concesión de la madre patria para explotar los yacimientos de fosfato. De estar deshabitada antes de 1888, en el primer tercio de este siglo había alcanzado una población de más de dos mil habitantes, principalmente mineros malayos y chinos que habían llegado allí para trabajar para la Welland Rock Phosphate Company, que era la única empresa industrial de la isla.

La isla Rowe se encuentra en el océano Índico, a 224 millas al sur, 8° al este de Java Head y a 259 millas al norte, 79° al

este de las islas Keeling. Está a 815 millas de las ruinas de Singapur y a 1.630 millas de lo que queda de Fremantle, en Australia Occidental. Su población europea solía ser de un centenar aproximadamente: el representante oficial y su gerente y el personal administrativo de la Welland Rock Phosphate Company; varios residentes privados que vivían allí por motivos de salud (la isla Rowe era un lugar muy saludable); un joven teniente al mando de la pequeña guarnición de Ghoorkas⁵; algunos dueños de restaurantes, tiendas y hoteles; varios misioneros y los funcionarios del aeródromo y del muelle. Cuando llegué, por supuesto, la mayoría de ellos ya se habían ido y ni los dirigibles ni los barcos de vapor venían a recoger el único producto de exportación de la isla.

El asentamiento contaba con una mezquita, un templo budista, una iglesia católica, una capilla metodista y un hospital misionero dirigido por la Iglesia de Inglaterra. El hospital contaba con un grupo de jóvenes monjas enfermeras paquistaníes bajo la dirección de un laico, el doctor Hira, cingalés. El misionero del hospital y su esposa

⁵ Gurkha (o gurjas y a veces escrito gorkha, que es como se pronuncia en nepalés e hindi) es un pueblo originario de Nepal, que debe su nombre al guerrero hindú del siglo VIII, Guru Gorkhanath, cuyos seguidores fundaron la dinastía de Gorkha, que fue a su vez fundadora del Reino de Nepal. Los gurkhas son conocidos por ser feroces combatientes y servir en unidades especiales de las fuerzas armadas del Reino Unido y de la India.

habían partido hacia Australia poco después de la destrucción de Singapur.

Fue en este hospital donde me desperté y lentamente me di cuenta de que la isla Rowe no era, después de todo, una alucinación.

Me dolía todo el cuerpo y me escocía, pero ya no tenía sed, sino hambre. Estaba tumbado entre sábanas de lino, bastante ásperas, de lo que evidentemente era una cama de hospital blanca. Las paredes eran blancas y había un crucifijo de marfil en la pared, y unas cuantas flores tropicales en una maceta en el alféizar junto a una ventana entreabierta. Sentí la necesidad de rascarme, pero descubrí que tenía las dos manos vendadas. Me moví y me dolieron las articulaciones. Intenté sentarme erguido, pero caí hacia atrás con cansancio. Después de todo, todavía me costaba creer que estaba a salvo. Había sobrevivido.

Poco después, la puerta se abrió y entró una tímida y hermosa muchacha paquistaní con un hábito de monja de color crema. Ella asintió y me sonrió con gravedad, haciéndose a un lado para dejar pasar a un cingalés muy alto y muy delgado, cuyo cuerpo desgarrado estaba envuelto en un elegante traje blanco. Alrededor de su cuello llevaba un estetoscopio en el que los dedos de su mano derecha parecían estar tocando una melodía. Su rostro alargado y atractivo me miró con cierta ironía. Miró el reloj que llevaba

en su huesuda muñeca. –No está mal. Casi exactamente a tiempo.

Mi primer intento de hablar no tuvo mucho éxito. El segundo fue mejor. “¿Tú?”, dije, “¿o yo?”.

–“Los dos”. –Sacó una caja de plata de su bolsillo y la abrió, ofreciéndome los cigarrillos. Le mostré mis manos vendadas. Sonrió en tono de disculpa–. “La enfermera te los encenderá si quieres uno.”

–Ahora no, gracias.

Se encendió un cigarrillo. “Bueno, me alegra decir que te estás recuperando. Te pusimos en esta habitación porque tus gritos mantenían despiertos a los demás pacientes. Eres un piloto de aeronave, ¿no?”

–Sí, lo soy –dije–. Estaba en un dirigible que se estrelló. Le dije mi nombre y lo que me había pasado. Le pregunté dónde estaba.

–Soy el doctor Hira. Éste es el hospital St. Charles, en Rowe Island. –Sonrió irónicamente–. Veo que nunca ha oído hablar de la isla Rowe. Pocos lo han hecho. Quizá por eso la guerra no nos ha afectado directamente. Nadie pasa por aquí ni por aire ni por mar. En unos meses más no me sorprendería que fuéramos el último reducto de civilización del planeta. –Dio una calada profunda a su cigarrillo y miró por la ventana

hacia el puerto. La enfermera paquistaní trajo almohadas adicionales y me ayudó a sentarme.

–Si a esto se le puede llamar civilización –dijo Hira–. ¿Tienes hambre?

“Mucha.”

–Bien. –Hira le dio una palmadita en el hombro a la tímida monja–. Tráele un poco de sopa al paciente, querida.

Cuando la enfermera se fue y cerró la puerta, hice un gesto con mis manos vendadas. “Al principio pensé que todo este maldito lugar era un espejismo”.

Hira se encogió de hombros. –Tal vez lo sea. Aunque es un sueño bastante destartado. Sobreviviste a Singapur, ¿eh?

“Es difícil creer lo que realmente ocurrió”, dije.

“Pasó. Nos enteramos.”

–Entonces, ¿hay alguna comunicación con el mundo exterior?

“Los mineros se llevaron todo el equipo en condiciones cuando se marcharon. La noticia de Singapur fue lo que provocó la evacuación. Resultó que se desató un pánico innecesario”.

–Ya veo. ¿Entonces no hay forma de contactar, digamos, con Darwin?

“Tenemos una radio que funciona de vez en cuando. Es un aparato que se activa con una manivela”.

–Y esos dhowes son el único medio de salir de la isla. ¿No hay barcos de ningún tipo?

–Ya no, señor Bastable. Los mineros hundieron nuestro único barco de vapor con la idea de impedir que la isla se utilizara como base para barcos enemigos. –Hira señaló hacia la ventana del puerto, donde aún se podía ver la superestructura oxidada del naufragio.

“Así que me quedaré aquí a menos que consigamos poner en marcha la radio. Dijiste que funcionaba con una manivela. ¿No tienen suficiente energía?”

“Ya no hay combustible. Ahora usamos lámparas de aceite para iluminarnos”.

“¿Cuándo tendré alguna posibilidad de hacerle llegar un mensaje a Darwin?”

–Eso depende del estado de la radio y del estado de Shawcross, el operador. Le pediré a alguien que vaya mañana al aeródromo y vea si Shawcross está lo suficientemente sobrio como para operar la radio. Es lo máximo que puedo hacer. Está ansioso por volver a la lucha, ¿eh?

Lo miré con desconfianza, tratando de detectar ironía en un rostro que ahora me miraba con indiferencia.

–Tengo un deber que cumplir –dije–. Después de todo, necesitarán aviadores experimentados.

–Estoy seguro de que sí. Ahora tengo que irme a hacer mi ronda. Nos vemos pronto, señor Bastable.

Hira levantó el estetoscopio en una especie de saludo y salió de la habitación.

Me hundí de nuevo en la cama y suspiré. Una radio vieja y un operador borracho. Era pesimista sobre mis posibilidades inmediatas de abandonar Rowe Island.

Pasó una semana y cada día me sentía más fuerte. Me estaba recuperando espléndidamente de lo que había sido un caso muy grave de exposición. Pero también me volvía cada vez más impaciente y acosaba al doctor Hira con preguntas sobre la radio y el estado del operador. Las noticias que inicialmente trajeron al hospital habían sido malas. Poco después de mi llegada, Shawcross había subido a la montaña. Había llevado consigo a una chica china y una caja de ginebra y no pudieron encontrarlo.

Unos diez días después de haberme despertado del coma, me quedé de pie junto a la ventana, con una bata de hospital bastante ridícula que me quedaba demasiado corta, hablando con Hira, que había venido a darme las últimas

noticias sobre Shawcross. En el puerto había mucha confusión y ruido.

Desde el amanecer, grupos de malayos medio muertos de hambre habían estado moviéndose a lo largo del embarcadero, empacando sus pertenencias en uno de los dhows de pesca. Al parecer, mi aparición en Rowe Island había iniciado algo. Se habían dado cuenta de que la compañía minera no volvería en mucho tiempo y habían decidido intentar llegar a Java, a pesar de que habían sido advertidos de las atrocidades cometidas por los japoneses contra sus compatriotas. Sentí pena por aquellos malayos. El barco probablemente se hundiría antes de que pudieran llegar a más de unas pocas millas de la costa. Tristemente, miré hacia la habitación donde estaba Hira.

El gobierno debería ayudar a esta gente, llevándoles suministros por avión o algo así. Ojalá apareciera ese maldito operador.

–Creo que el gobierno tiene muchos problemas en estos momentos. –Hira estaba sentado en mi cama, jugueteando con su estetoscopio. Hablaba casi con satisfacción–. No sé cuándo veremos a Shawcross. A menudo baja a la Tierra. Probablemente esté escondido en una de las minas.

–Podría intentar manejar la radio yo mismo –dije–. Sería mejor que esto. Ya estoy lo bastante bien como para salir. Si pudieras encontrarme un traje, tal vez...

–Creo que podemos descubrir algo de tu talla. Pero Shawcross ha cerrado su oficina. Siempre lo hace. Le gusta ser indispensable. Eso mantiene su crédito en el hotel.

“¿Qué hotel?”

“El hotel Royal Airpark de Olmeijer, que está en el límite del aeródromo. Antes era el más grande, ahora es el único. Creo que Olmeijer sigue gestionándolo por sentimentalismo”.

–De todos modos, daré un paseo por allí. Tenía curiosidad por echar un vistazo a la isla.

–¿Por qué no? –dijo Hira–. Conoce el lugar. Después de todo, podrías quedarte aquí por algún tiempo. –Parecía divertido.

Mientras me vestía con el traje prestado, Hira ocupó mi lugar junto a la ventana. Desde el puerto llegaba un murmullo de voces mientras los malayos preparaban el barco para hacerse a la mar. Hira negó con la cabeza. “Se ahogarán, seguro”.

–¿Nadie los detendrá? –Me puse la chaqueta. El traje de lino me quedaba sorprendentemente bien, al igual que la camisa blanca que me había prestado Hira–. ¿No hay una especie de gobernador aquí? Has mencionado a alguien...

–El brigadier LGA Nesbit es el representante oficial y lo ha sido desde 1920 –Hira se encogió de hombros.

“Tiene ochenta y siete años y lleva diez años senil. Creo que por eso decidió quedarse cuando se produjo el gran éxodo. Su personal ahora está formado por un ayuda de cámara tan viejo como él y una secretaria bengalí que se pasa todo el tiempo haciendo inventarios interminables y que, al parecer, no ha salido de su oficina desde que comenzó la guerra. Por supuesto, está el joven teniente Allsop, que está al mando de nuestro ejército local. No creo que a Allsop le apene que algunos de sus problemas desaparezcan.”

–Los malayos son un problema, ¿no? –Me probé uno de los sombreros panamá que había sobre la cama. Me quedaba bien.

Hira hizo un gesto de cansancio. “Aquí hay por lo menos mil malayos y chinos. Los malayos son en su mayoría musulmanes y los chinos son principalmente budistas o cristianos. Cuando no tienen nada mejor que hacer, son muy críticos con el modo de vida de los demás. Y no tienen nada mejor que hacer: dejaron de trabajar cuando cerró la mina y ahora viven de la tierra y el mar lo mejor que pueden”.

“Pobres bastardos”, dije.

Hira sonrió de forma peculiar. –Me pregunto si dirás eso cuando se enojen con los blancos. Ya sabes que lo harán muy pronto. Actualmente se odian entre sí más que a los europeos, pero bastará una excusa para que inicien una

masacre general. Entonces nos iremos todos. Técnicamente, verás, las hermanas y yo somos considerados europeos.

–¿Y estás dispuesto a quedarte hasta que eso suceda?

“¿Debería regresar a Ceilán y cuidar de nuestros conquistadores japoneses?”

“Podrías ir a Australia o incluso a Inglaterra. Debe haber necesidad de médicos en todas partes”.

–Debería haberlo dejado claro. –Hira me abrió la puerta–. Tengo un par de principios. Uno de ellos es que me niego a trabajar para los europeos. Es la razón por la que vine a Rowe Island en primer lugar.

“Hasta la evacuación, este hospital era sólo para gente de color, señor Bastable.”

Al salir del hospital, me ajusté el sombrero y me detuve a observar cómo el dhow se abría paso entre los restos del barco de vapor. Cada centímetro de su cubierta estaba cubierto de hombres, mujeres y niños de piel morena. Me recordó la terrible imagen del barco hospital condenado a naufragar y apenas podía soportar pensar en lo que sería de todos ellos. Empecé a caminar lentamente por el muelle cubierto de maleza, junto a hoteles, oficinas y almacenes desiertos frente a los cuales estaban estacionados los coches, camiones y autobuses inservibles.

Unos cuantos malayos desconsolados arrastraban sus bultos por el embarcadero, pues no habían logrado meterse en el barco. Los afortunados, pensé.

Llegué a una esquina y giré hacia una calle lateral estrecha y silenciosa, bordeada de casas de trabajadores grises y marrones sin ningún tipo de distinción y unas cuantas tiendas tapiadas. La calle subía bastante empinada y me di cuenta de lo débil que todavía estaba, pues tuve que esforzarme en los últimos pasos hasta llegar a una pequeña plaza dominada por una maltrecha estatua de Eduardo VIII que decoraba de forma un tanto incongruente una fuente ornamental seca. El cuenco de cemento de la fuente estaba lleno de botellas vacías, periódicos rotos y otros desechos menos agradables.

Había unos cuantos niños chinos jugando a su alrededor mientras sus madres permanecían sentadas en las puertas de sus casas con cara de pocos amigos, mirando al vacío. Agradecido, me senté en el borde de la fuente, ignorando el olor que emanaba de ella y sonriendo a los niños desnutridos. Inmediatamente dejaron de jugar y me miraron con recelo.

–Tso sun –dije con gravedad, en cantonés–. Buenos días.

Ninguno de ellos respondió. Un poco desconcertado, deseé tener algo que ofrecerles. Algunos dulces, tal vez, porque el dinero no valía nada en Rowe Island.

Me quité el sombrero y me sequé la frente. Empezaba a hacer mucho calor y me había empezado a preocupar el sol. Era mejor que me fuera al hotel cuanto antes.

Entonces oí el sonido de cascos y me volví asombrado para ver a un jinete entrar en la plaza. Parecía claramente fuera de lugar, sentado con la espalda rígida y arrogante en la silla de su bien cuidado caballo. Era un inglés alto y rubio de unos treinta años, que vestía una reluciente casaca blanca y pantalones de montar con su insignia militar en la chaqueta. Sus botas, cinturón, correa de hombro y pistolera estaban tan lustrados como la insignia de su sombrero. Me vio de inmediato, pero fingió que no lo había hecho. Se acarició el bigote rubio con su bastón y detuvo a su caballo al otro lado de la plaza.

Miré a mi alrededor, a las ventanas vacías y silenciosas, preguntándome qué podría estar haciendo allí.

–¡Saque a esos niños del camino, sargento! –Su voz era áspera y autoritaria.

Al oír esta orden, seis pequeños Ghoorkas, bien vestidos y encabezados por un sargento, aparecieron de otra calle lateral y con sus fusiles hicieron señas a los niños para que se retiraran. Llevaban las bayonetas caladas. Vestían uniformes de color verde oscuro con ribetes escarlata y llevaban sus cuchillos largos y curvos al cinto. Las mujeres no necesitaron ninguna advertencia, pero arrastraron a los niños al interior

y cerraron las puertas de golpe. Ahora yo era el único civil en la plaza.

“¿Qué está pasando aquí, teniente?”, pregunté.

El teniente me miró con sus fríos ojos azules. –Le sugiero, señor, que se vaya de aquí inmediatamente. Es un asunto de la policía. Podría haber problemas.

No parecía tener sentido discutir, así que le seguí la corriente: “Gracias, teniente”. Crucé la plaza, pero permanecí en las sombras de una calle lateral, observando con curiosidad lo que estaba sucediendo.

Entonces el joven oficial desmontó y ordenó a su sargento que entrara en una de las casas. Los Ghoorkas entraron corriendo y el teniente los siguió.

Observé perplejo, sin saber qué pensar de la escena. Hubo un silencio sepulcral en la plaza durante un rato, luego un horrible murmullo de gritos y alaridos surgió de la casa. Oí a una mujer gritar en cantonés. Se oyeron un par de disparos y luego la voz en alto del oficial dando una serie de órdenes. Otro grito, esta vez de un hombre, y luego salieron a la calle una veintena de culíes. Se tambaleaban y entrecerraban los ojos para protegerse de la luz del sol. Todos estaban aturdidos y muertos de miedo.

Se oyó otro disparo desde el interior de la casa y luego más gritos. Los culíes que estaban fuera empezaron a dispersarse,

algunos corriendo hacia las puertas cercanas, otros hacia el puerto. El oficial dio otra serie de órdenes y luego se oyó un terrible gemido y el sonido de carne golpeada, presumiblemente con culatas de fusil.

Horrorizado, estaba a punto de dar un paso adelante cuando un culí presa del pánico salió de la casa, dudó, miró a su alrededor frenéticamente con una mano ensangrentada y luego corrió en mi dirección. Me hice a un lado para dejarlo pasar y él huyó por una esquina y desapareció. Pero yo había visto sus pupilas. El hombre estaba drogado.

Ahora lo entendí. Los soldados estaban atacando una especie de fumadero de opio local.

Al oír un gemido, volví a entrar en la plaza y vi que uno de los fumadores de opio había caído sobre las losas. Le habían clavado una bayoneta en el hombro. Me arrodillé a su lado, le arranqué la camisa y me esforcé por detener el flujo de sangre mientras él me miraba aterrorizado, emitiendo pequeños gemidos.

Botas salieron pisando fuerte de la casa.

“Dios mío, hombre, ¿qué estás haciendo?”

Levanté la vista y vi al teniente salir de la casa a grandes zancadas. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

–Uno de tus soldados ha apuñalado a este tipo –dije con dureza–. Estoy intentando ayudarlo. ¿Era necesario...?

El teniente miró con desprecio al culí. “Sin duda intentó matar a alguien. Todos están locos por el opio. Su propia gente se ocupará de él. Al fin y al cabo, estamos tratando de darles una lección”.

Con tiras de la camisa del hombre le vendé la herida lo mejor que pude. Intentó hablar y luego se desmayó. Sin poder hacer nada, traté de levantarlo, pero fue imposible.

Entonces aparecieron los Ghoorkas sosteniendo en sus manos a tres chinos aterrorizados con batas negras y rojas: dos hombres y una mujer, todos ellos gravemente magullados y probablemente los propietarios de la guarida.

El teniente apuntó con su bastón en dirección a ellos. Levantó la cabeza y habló a las ventanas y puertas vacías: “¡Ya basta de opio! ¡Sabéis! ¡El opio es malo! ¡Esta gente es mala! ¡Van a ir a la cárcel!”.

¡Nos quedarremos encerrados mucho tiempo!
¿Entendiste?

Enfadado, golpeó su bota de montar con su bastón. Me miró fijamente y abrió la boca para hablar.

“Voy a intentar llevar a este tipo al hospital”, dije. “¿Alguien puede ayudarme?”

El oficial tomó las riendas de su caballo y miró de mí a sus soldados, que sujetaban a sus miserables prisioneros con mucha más firmeza de la necesaria.

–Uno de tus hombres... –comencé.

El teniente volvió a montar. –Ya se lo dije, señor. Su propia gente cuidará de él. Es evidente que no comprende las condiciones de esta isla. Hay un terrible problema con el opio.

Cada día aumenta más. Cultivan amapolas en lugar de alimentos. Yo...

–¿Qué más tienen esos cabrones por lo que vivir, Allsop?
–se oyó una voz cansina y arrastrada desde la puerta oscura de la casa allanada. Una voz inglesa.

El teniente Allsop se dio la vuelta en su silla y agitó su bastón en dirección al orador invisible. –No te metas en esto. Tienes suerte de que no te hayamos arrestado a ti también.

Una figura apareció a la luz del sol. Vestía un traje europeo sucio y descolorido y una camisa india deshilachada; estaba descalzo, sin afeitar, demacrado y claramente bajo los efectos del opio. Conocía muy bien los síntomas, pues en otro tiempo había sido esclavo de los consuelos de la droga. No podía determinar su edad, pero la voz era la de un hombre bastante joven de la clase media alta.

–Pensé que te avergonzarías... –La cara de Allsop estaba llena de disgusto.

–¿Quién eres tú para negarles su único placer, Allsop? –dijo el recién llegado con tono razonable–. Déjalos en paz, por el amor de Dios.

El teniente Allsop hizo girar su elegante caballo y gritó una orden a sus hombres: “Muy bien, marchad rápido”. Se alejó trotando sin responder al decrepito inglés.

Los vi irse, los Ghoorkas arrastrando a sus asustados prisioneros de regreso por el mismo camino por el que habían venido.

El inglés se encogió de hombros y se giró para volver a entrar en la casa.

–Un momento –grité–. Tengo que intentar llevar a este tipo al hospital. Está medio muerto. ¿Podrías echarme una mano?

El hombre se apoyó con cansancio en el marco de la puerta. –Estará mejor con sus antepasados, créeme.

“Hace un momento estabas defendiendo a esta gente.”

–No los estoy defendiendo, amigo. Soy un fatalista, ¿sabes? Le dije a Allsop que los dejara en paz. Y te digo lo mismo. ¿Qué sentido tiene? Morirá pronto.

Pero abandonó la puerta y se dirigió a la plaza, parpadeando bajo el sol. –¿Quién eres tú, de todos modos?

“Soy un piloto de aeronave. Llegué aquí hace una semana aproximadamente”.

–Ah, el náufrago. En el hotel hablaban de ti. Está bien, te ayudaré con él, por si sirve de algo.

El inglés borracho de opio no era más fuerte que yo, pero juntos logramos llevar al culí por la calle y a lo largo del muelle hasta que llegamos al hospital.

Después de que llamaran a un par de monjas y se llevaran al hombre herido, me quedé jadeante en el vestíbulo, mirando con curiosidad a mi ayudante. “Gracias”.

Sonrió lentamente. “No pienses en ello. En nada en absoluto. Hasta pronto”.

Levantó la mano en una especie de saludo irónico y luego salió. Se fue antes de que el doctor Hira bajara las escaleras hacia el vestíbulo.

–¿Quién era ese tipo? –le pregunté a Hira, describiendo al desdichado inglés.

Hira reconoció la descripción. Juguetó con su estetoscopio. –Un náufrago, como tú. Llegó en la aeronave que había venido a llevarse a la gente de la mina. Decidió

quedarse en Rowe Island. No sé por qué. A veces lo llaman El Capitán, en el hotel. Se supone que era el comandante de una aeronave mercante que se estrelló en China antes de la guerra. Un poco misterioso.

“A Allsop no le gusta.”

Hira se rió suavemente. “No, Allsop no lo haría. El capitán Dempsey defrauda al equipo, ¿eh? Allsop está a favor de que los europeos mantengan las apariencias a toda costa”.

–Allsop sí que trabaja duro. –Me limpié una mancha de sangre de la manga.

–No creo que duerma nunca. Su mujer se fue con la gente de la mina, ¿sabes? –Hira miró su reloj–. Bueno, ya casi es la hora de comer. Pescado y arroz, como siempre, pero he conseguido un par de botellas de cerveza, si quieres...

–No, gracias –dije–. Creo que volveré al hotel.

Capítulo VII

HOMBRE MUERTO

El puerto donde me alojaba era la única ciudad real de la isla. Se llamaba New Birmingham. Sus edificios estaban agrupados cerca de la costa y tenían varios pisos de altura. A medida que subían por las laderas, se iban separando como si se preocuparan por la miseria de los demás y se fueron haciendo más pequeños hasta que las casas cercanas a la cima eran poco más que chabolas aisladas erigidas en huecos poco profundos en la ladera.

Por encima del barrio de chabolas, la colina se nivelaba un poco y se convertía en una pequeña meseta sobre la que se había construido el aeródromo. El hotel Olmeijer se alzaba en el borde del aeródromo, que ahora estaba cubierto de maleza y desolado. Me pregunté si al joven teniente Allsop

le habría gustado el hotel, ya que sin duda había hecho un esfuerzo por “mantener las apariencias”. Su gran letrero dorado estaba brillantemente pulido y sus espléndidos exteriores góticos de madera habían recibido recientemente una nueva capa de pintura blanca. Parecía fuera de lugar en su entorno.

El mástil oxidado de aeronaves, erigido en el centro, dominaba el aeródromo. A un lado del parque había un único hangar para zepelines, con la pintura gris descascarada, y junto a él un mástil del que colgaba una manga de viento rota y sucia. Cerca del mástil se alzaban, como esqueletos de grandes insectos sobrenaturales, los restos de dos autogiros flotantes, a los que se les había quitado la mayor parte de sus partes esenciales. Al otro lado del hangar estaba el almacén de un monoplano ligero, probablemente propiedad de algún deportista desaparecido hacía mucho tiempo, que había sido desmembrado de manera similar. La isla parecía estar poblada por una variedad de restos, pensé. Parecía estar alimentándose de cadáveres, incluidos, como en el caso de Allsop, los cadáveres de ideas muertas.

Después de echar un vistazo a los edificios abandonados de administración y control para asegurarme de que estaban deshabitados, me dirigí al hotel.

Abrí de un empujón un par de puertas dobles bien engrasadas y entré en el vestíbulo. Estaba limpio, fregado, pulido y fresco. Un criado malayo estaba manejando los

cables de un gran ventilador fijado al techo. Me llenó la cara de aire cuando entré. Me sentí agradecido por ello después del calor que hacía fuera, pero me divertí con la nueva incongruencia. Le hice un gesto con la cabeza al malayo, que no pareció notar mi presencia y, al no ver a nadie en el mostrador, entré en el bar adyacente.

En la penumbra había dos hombres. Uno estaba sentado en mangas de camisa detrás de la barra leyendo un libro mientras el otro estaba sentado bebiendo un gin fizz⁶ en el rincón más alejado, cerca de unas ventanas francesas que daban a una galería. Más allá de las ventanas podía ver el aeródromo y, más allá del aeródromo, las laderas de la montaña, cubiertas de un espeso bosque.

Mientras me sentaba en un taburete junto a la barra, el hombre que estaba detrás dejó el libro y me miró con cierta sorpresa. Era muy gordo y su cara grande y roja estaba perlada de sudor. Sus mangas arremangadas revelaban una variedad de tatuajes de lo más indiscretos. Había varios anillos de oro en sus gruesos dedos. Hablaba con un acento profundo y gutural.

“¿Qué puedo hacer por ti?”

Comencé disculpándome: “Me temo que no traje dinero, así que...”

⁶ Combinación de ginebra, zumo de limón, azúcar y soda.

El rostro del gordo se iluminó con una amplia sonrisa. –¡Ja! ¡No hay dinero! ¡Qué lástima! –Se estremeció de risa por un momento–. Ahora, ¿qué vas a beber? Lo pondré en la pizarra, ¿eh?

–Muy amable de su parte. Tomaré un coñac. –Me presenté–. ¿Es usted el propietario del hotel?

–Sí. Soy Olmeijer, por supuesto. –Parecía estar excesivamente orgulloso de ello. Sacó un gran libro de contabilidad de debajo del mostrador, seleccionó una página nueva y escribió mi nombre en la parte superior–. Su cuenta –dijo.

–Cuando las cosas mejoren, podrás pagarme. –Se giró para coger una botella de coñac.

–Creo que aquí vive un tipo llamado Shawcross –dijo.

–Shawcross, por supuesto. –Dejó una gran copa de brandy en la barra–. Veinte centavos. En la pizarra. –Hizo una anotación en el libro de contabilidad y volvió a colocarlo fuera de la vista.

Era un buen brandy. Quizá supiera incluso mejor por ser la primera bebida que tomaba desde Singapur. Lo saboreé.

–Pero Shawcross –dijo Olmeijer con un guiño y un movimiento del pulgar– ha subido a la montaña.

“Y no tienes idea de cuándo regresará”.

Oí el ruido de una de las sillas de mimbre al rozar el suelo pulido y luego unos pasos se acercaron a mí. Me di la vuelta. Era el hombre que había estado sentado cerca de la ventana. Sostenía su vaso vacío en la mano.

“Shawcross volverá cuando se le acabe la ginebra que le pidió prestada al señor Olmeijer.”

Era un hombre delgado y muy bronceado de unos cincuenta años que vestía una camisa caqui y pantalones cortos blancos. Tenía un bigote pequeño y canoso y sus ojos azules parecían tener un toque permanente de humor irónico. “Mi nombre es Greaves”, dijo mientras se unía a mí en la barra. “Usted debe ser el tipo de la aeronave que encontraron. Singapur, ¿eh? Debe haber sido horrible”.

Greaves me dijo que lo habían dejado atrás para proteger los intereses de la Welland Rock Phosphate Company mientras el resto de los empleados blancos regresaban a Inglaterra o Australia. Estaba ansioso por saber más sobre el ataque a Singapur. Brevemente, porque el recuerdo todavía era difícil de soportar, le conté lo que había sucedido.

“Todavía no lo puedo creer”, concluí. “Había un tratado de paz”.

Sonrió amargamente y bebió un sorbo de su bebida. –Todo el mundo tenía un tratado de paz, ¿no? Habíamos abolido la

guerra, ¿no? Pero la naturaleza humana es como es... –Miró las hileras de botellas que tenía delante–. Malditos japoneses. Sabía que empezarían algo tarde o temprano. ¡Malditos bastardos codiciosos!

–Los japoneses no habrían hecho estallar sus propios aviones... –empezó a decir Olmeijer. Greaves lo interrumpió con una risa aguda.

–No sé cómo volaron esa ciudad por los aires, pero fue la excusa que todos necesitaban para empezar a pelear. –Se acercó el vaso a los labios–. Supongo que nunca sabremos cómo sucedió ni quién lo hizo. Pero esa no es la cuestión. A estas alturas ya habrían estado peleando incluso si no hubiera sucedido.

“¡Ojalá tuvieras razón!”

Reconocí la nueva voz y me di vuelta para ver a Dempsey entrando con paso cansado en el bar. Hizo un gesto con la cabeza hacia Greaves y hacia mí y apoyó una mano sucia sobre el mostrador. –Un whisky grande, por favor, Olmeijer.

El holandés no parecía contento de ver a su último cliente, pero sirvió la bebida y anotó cuidadosamente el costo en su libro de contabilidad.

Hubo una pausa embarazosa. A pesar de haber interrumpido nuestra conversación, Dempsey

aparentemente no estaba dispuesto a ampliar su comentario.

–Buenas tardes, Dempsey –dije.

Sonrió levemente y se frotó la barbilla sin afeitar. “Hola, Bastable. ¿Te mudas?”

“Estaba buscando a Shawcross.”

Bebió un largo trago de su bebida. –Hay mucha gente buscando a Shawcross –dijo misteriosamente.

“¿Qué quieres decir?”

Él negó con la cabeza. “Nada.”

–¿Otra copa, Bastable? –dijo Greaves–. Tómatela. –Y luego, como si hubiera hecho un ligero esfuerzo–: ¿Tú, Dempsey?

–Gracias. –Dempsey terminó su bebida y volvió a dejar el vaso en la barra. Olmeijer sirvió otra ginebra, otro brandy y otro whisky.

Greaves sacó una caja de puros del bolsillo de su camisa y ofreció a todos. Olmeijer y Dempsey aceptaron, pero yo me negué. –¿Qué querías decir con eso de hace un momento? –le preguntó Greaves a Dempsey–. ¿Seguro que no te importa todo esto? Pensé que eras tú un tipo lleno de fatalismo oriental.

Dempsey se dio la vuelta. Por un momento sus ojos muertos parecieron arder con una terrible tristeza. Llevó su vaso a una mesa cercana y se sentó. –Lo soy –dijo.

Pero Greaves no lo dejó pasar. “No estabas en Japón cuando comenzaron los bombardeos, ¿verdad?”

Dempsey negó con la cabeza. –No, China. –Noté que le temblaban las manos cuando se llevó el vaso a la boca y parecía estar murmurando algo entre dientes. Me pareció oír las palabras “Dios, perdóname”. Terminó la bebida rápidamente, se levantó y se dirigió a la puerta arrastrando los pies.

–Gracias, Greaves. Hasta luego.

Su cuerpo demacrado desapareció a través de las puertas y lo vi comenzar a subir el tramo de escaleras de madera que conducían hacia arriba desde el vestíbulo.

Greaves enarcó las cejas con una mirada burlona. Se encogió de hombros. –Creo que Dempsey se ha convertido en lo que solíamos llamar un “caso de isla”. Había algunos que se habían vuelto nativos, en los viejos tiempos, o que consumían opio, como él. La sustancia lo está matando, por supuesto, y él lo sabe. Estará muerto dentro de seis meses, no me extrañaría.

–Yo le habría dado más tiempo –dije con sentimiento–. He conocido fumadores de opio que han vivido hasta una edad muy avanzada.

Greaves dio una calada a su puro. –No es solo el opio, ¿verdad? Quiero decir que existe algo llamado voluntad de morir. Tú lo sabes tan bien como yo.

Asentí con seriedad. Yo también había experimentado ese tipo de deseos.

–Me pregunto qué lo hizo –reflexionó Greaves–. Una mujer, tal vez. Era un piloto de aeronave, ¿sabe? ¿Quizás perdió su nave, la abandonó o algo así?

Olmeijer gruñó y levantó la vista del libro. “Es sólo un hombre débil. Sólo débil, eso es todo”.

–Podría ser. –Me levanté–. Creo que me voy a ir ahora. ¿Te importa si vuelvo mañana? Me gustaría estar aquí cuando Shawcross regrese.

–Nos vemos mañana. –Greaves levantó la mano a modo de saludo–. Te deseo mucha suerte, Bastable.

Esa noche cené pescado y fruta con Hira. Le conté mi conversación en el hotel y mi segundo encuentro con Dempsey. Su comentario anterior había despertado mi curiosidad y le pregunté a Hira si sabía algo sobre los motivos de Dempsey para venir a la isla.

Hira no pudo añadir mucho sobre el consumidor de opio. “Todo lo que sé es que estaba en mejores condiciones cuando llegó que ahora. No tengo mucho que ver con la comunidad europea, como habrás notado”. Me miró con sarcasmo. “Los ingleses a menudo comienzan a actuar de manera extraña cuando han estado fuera”.

Al este unos años. Tal vez se sientan culpables por explotarnos, ¿eh?

Me negué a contestar y terminamos nuestra comida en relativo silencio.

Después de cenar, nos sentamos en nuestras sillas y fumamos, hablando de la salud del peón que había rescatado.

Hira me dijo que se estaba recuperando con relativa rapidez. Estaba a punto de irme a la cama cuando la puerta se abrió de repente y una monja entró corriendo en la habitación de Hira. “Doctor, rápido, ¡es Shawcross!”. Su rostro estaba lleno de ansiedad. “Ha sido atacado. Creo que se está muriendo”.

Bajamos corriendo las escaleras hasta el pequeño vestíbulo de entrada del hospital. A la luz de la lámpara de aceite vi a Olmeijer y a Greaves de pie. Tenían el rostro pálido y tenso y miraban con impotencia algo que yacía sobre una camilla

improvisada que habían colocado en el suelo. Debían haberlo llevado desde el hotel.

Hira se agachó y examinó al hombre en la camilla. “¡Dios mío!”, dijo.

Greaves se dirigió a mí: “Lo dejaron tirado en la escalera del hotel hace una hora aproximadamente. Creo que algún chino se vengó de que su esposa o tal vez su hija se escaparan con Shawcross. No lo sé”.

Se secó la cara con el pañuelo y dijo: “Esto no podría haber sucedido antes de la maldita guerra...”

Me atraganté al ver bien el montón de carne maltratada en la camilla. “¡Pobre diablo!”

Hira se enderezó y me miró significativamente. No había esperanza para Shawcross. Se volvió hacia Greaves y Olmeijer. “¿Pueden llevar la camilla a la sala, por favor?”

Los seguí mientras los dos hombres levantaban la camilla y subían tambaleándose el corto tramo de escaleras que conducía a la sala. Con la ayuda de las enfermeras, ayudé a subirlo a la cama, pero era evidente que tenía prácticamente todos los huesos del cuerpo rotos. Apenas se le reconocía como ser humano. Se habían tomado su tiempo para golpearlo y no podía durar mucho.

Hira empezó a llenar una jeringa hipodérmica. El hombre golpeado abrió los ojos y nos vio. Sus labios se movieron.

Me incliné para escuchar. “Malditos chinos... maldita mujer... acabaron conmigo. Nos encontraron en la mina... Las sábanas... Oh, Dios... Los malditos garrotes...”

Hira le puso una inyección fuerte. “Cocaína”, me dijo. “Es todo lo que tenemos ahora”.

Miré hacia la cama de al lado y vi al peón que había rescatado mirando a Shawcross con una expresión de tranquila satisfacción.

–Esto no podría ser algún tipo de represalia, ¿verdad? –le pregunté a Hira.

–¿Quién sabe? –Hira miró al australiano mientras los ojos del hombre se volvían vidriosos y se cerraban de nuevo.

Greaves se llevó el puño a los labios y se aclaró la garganta. –Me pregunto si alguien debería decírselo a Nesbit... –Miró a Shawcross y frunció los labios–. Se armará un escándalo cuando Allsop se entere de esto.

Hira parecía casi divertido. “Podría significar el fin”.

Olmeijer se frotó el cuello pensativo. “¿Es necesario decírselo a Allsop?”

“El hombre ha sido atacado”, dije. “En un par de horas más o menos será un asesinato. No puede pasar de la noche”.

–Si Allsop se descontrola, amigo, corremos el riesgo de que nos asesinen a todos –señaló Greaves–. Allsop enfadará tanto a los malayos y a los chinos que seguro que se volverán contra nosotros. Estos no son los viejos tiempos. ¿Qué crees que pueden hacer una docena de malditos Ghoorkas contra mil culíes?

Había un destello de malicia en los ojos de Hira. –Entonces, ¿no quieren que le informe de esto al Representante Oficial, caballeros?

–Será mejor que no –dijo Greaves–. Todos nos quedaremos callados, ¿eh?

Observé a la enfermera que limpiaba la sangre del cuerpo de Shawcross. La cocaína lo había dejado completamente inconsciente. Me dirigí a la puerta de la sala y encendí un cigarrillo, observando los mosquitos y las polillas que revoloteaban alrededor de la lámpara de aceite del vestíbulo. Desde el otro lado de la puerta abierta llegaba el sonido del mar golpeando las piedras del muelle. Ya no parecía pacífico. En cambio, el silencio se había vuelto ominoso. Cuando los otros tres hombres se unieron a mí, incliné la cabeza.

“Está bien”, dije. “No diré nada”.

A la mañana siguiente, New Birmingham estaba en un silencio sepulcral. Caminé por calles vacías. Sentí que mil pares de ojos me observaban mientras me dirigía al aeródromo.

No pasé por el hotel. No tenía sentido esperar ver a Shawcross allí. Había muerto durante la noche en el hospital. Pasé junto a él y me detuve junto a uno de los aerogiros en ruinas, dándole patadas a un rotor roto, que yacía sobre el cemento cubierto de maleza junto a la máquina. Desde el bosque que había detrás de mí llegaban los sonidos del amanecer. A esa hora algunos de los animales nocturnos todavía estaban por allí y los habitantes diurnos empezaban a despertar. Cálaos, cacatúas, pájaros azules y palomas revoloteaban entre los árboles, llenando el aire de cantos y color. Parecían estar celebrando algo, tal vez el fin de la ocupación humana de la isla. El aire estaba impregnado del hedor del bosque, de huellas de animales y troncos de árboles podridos. Oí el parloteo de los gibones y vi pequeñas musarañas saltando por las ramas cargadas de rocío. En la pared del hangar, los ojos pequeños y brillantes de los lagartos me miraban con frialdad, como si yo no tuviera nada que ver allí.

Me volví hacia lo que había sido el edificio de control principal, donde el hombre asesinado había guardado bajo llave su aparato inalámbrico antes de emprender lo que resultaría ser su orgía final.

Todo el edificio había sido sellado antes de que el personal de la aeronave se marchara. Las ventanas de los tres pisos habían sido cubiertas con contraventanas de acero y se necesitarían herramientas especiales y mucho trabajo duro para derribar incluso una de ellas. Todas las puertas estaban cerradas con llave y con barrotes, y pude ver que varios intentos de abrirlas habían fallado.

Caminé alrededor del edificio de cemento, empujando inútilmente las contraventanas y haciendo sonar los picaportes de las puertas. Los chirridos del bosque parecían burlarse de mi impotencia y, al final, me detuve junto a una puerta que evidentemente había estado en uso recientemente, probé el picaporte una vez más y me apoyé en el marco, mirando hacia el parque desierto, con sus huesos rotos de máquinas voladoras y su mástil oxidado, al hotel de lujo que había más allá. El sol brillaba en el letrero dorado de Olmeijer: ROYAL AIRPARK HOTEL, decía, EL MEJOR DE LA ISLA.

Un poco más tarde, alguien salió por la puerta ventana que daba al bar y se detuvo en la galería. Entonces me vio y comenzó a caminar lentamente entre la hierba alta hacia mí.

Reconocí la figura y fruncí el ceño. ¿Qué podría querer?

Capítulo VIII

EL MENSAJE

Era Dempsey, por supuesto. Se había afeitado y se había puesto un traje un poco más limpio que el del día anterior, pero debajo llevaba la misma camisa indígena hecha jirones. Por las pupilas de sus ojos vi que aún no había fumado su primera pipa de opio.

Se acercó a mí arrastrando los pies, tosiendo en el aire relativamente frío de la madrugada. –He oído hablar de Shawcross –dijo. Cruzó el hormigón agrietado y se quedó mirándome.

Le ofrecí un cigarrillo, que aceptó, sacándolo de mi funda y temblando ligeramente mientras se lo encendía.

–Sabías que los chinos andaban detrás de Shawcross, ¿no?
–dije–. Eso es lo que quisiste decir ayer cuando dijiste que mucha gente lo buscaba.

–¿Ayer? No me acuerdo. –Dio una calada al cigarrillo y aspiró el humo hasta lo más profundo de sus pulmones.

–Podrías haberlo salvado, Dempsey, si hubieras advertido a alguien en ese momento.

Se enderezó un poco y pareció divertido mientras miraba hacia el bosque. –Por otra parte, podría haber hecho más daño a los demás. Es un lujo, una conciencia social, ¿no te parece, Bastable? –Se palpó el bolsillo–. Vine a darte esto. Lo encontré en la escalera. –Le tendió una llave yale–. Debe haberse caído del bolsillo de Shawcross cuando lo abandonaron.

Dudé antes de aceptar la llave. Luego me di la vuelta y la probé en la cerradura. Las protecciones se plegaron y la puerta se abrió. El interior olía a licor rancio y goma quemada.

–Lo único que queda de Shawcross es su hedor –dijo Dempsey–. Supongo que ahora intentarás pedir ayuda por radio.

–Lo intentaré –dije–. Si logro comunicarme con Darwin, les pediré que desvíen la primera aeronave disponible para que

me recoja a mí y a cualquier otra persona que quiera abandonar la isla.

–Será mejor que les digas que es una emergencia.
–Dempsey hizo un gesto con la mano en dirección a la ciudad–. No te andes con rodeos. Hay media docena de excusas para un levantamiento ahora. El hecho de que Allsop se entere de lo de Shawcross será una más. Los chinos están con ganas de masacrar a todos los malayos y, si los blancos interfieren, probablemente se unirán y nos matarán a nosotros primero. Es cierto. –Un asomo de sonrisa apareció en sus labios–. Lo sé. Después de todo, estoy en contacto más cercano con los nativos que la mayoría. Shawcross fue sólo el comienzo.

Asentí. “Está bien. Se lo diré a Darwin”.

“¿Sabes cómo funciona la conexión inalámbrica?”

“He tenido algo de entrenamiento

Dempsey me siguió hasta el interior sombrío de la oficina, un sucio montón de latas de cerveza vacías, botellas y piezas de equipos inalámbricos rotos. Abrió las persianas y la luz entró por las ventanas polvorientas. Vi lo que solo podía ser el equipo inalámbrico en una esquina y caminé hacia él.

Dempsey me mostró los pedales que estaban debajo del banco. Me senté y puse los pies sobre ellos. Al principio giraban lentamente y luego con más facilidad.

Dempsey inspeccionó el aparato. “Parece que se está calentando”, dijo. Empezó a jugar con los diales. Se oyó un leve crujido en los auriculares. Los cogió y escuchó, sacudiendo la cabeza. “Probablemente sea un problema con las válvulas. Será mejor que me dejes intentarlo”.

Me levanté y Dempsey se sentó en la silla. Después de un rato, encontró un destornillador y sacó parte de la carcasa del aparato. “Son las válvulas, está bien”, dijo. “Debería haber una caja de repuestos detrás de ti en el otro banco. ¿Podrías traerla?”

Encontré la caja y la coloqué a su lado mientras continuaba trabajando.

–¿Has aprendido algo sobre las radios en los dirigibles? –le pregunté.

Apretó la boca y continuó con el trabajo.

–¿Cómo es que has llegado hasta aquí? –dije, y mi curiosidad pudo más que mi tacto.

–No es asunto tuyo, Bastable. Ya está. Eso debería bastar.
–Enroscó la última válvula y empezó a pedalear, pero luego se dejó caer en la silla tosiendo–. Estoy demasiado débil –dijo–. Será mejor que bombees tú, si no te importa...
–Sufrió otro ataque de tos mientras se levantaba y yo lo sustituía.

Mientras yo pedaleaba, él volvió a girar los diales hasta que escuchamos una voz débil que provenía de los auriculares. Dempsey se colocó los auriculares sobre las orejas y ajustó el micrófono. “Hola Darwin, aquí Rowe Island. Cambio”. Giró un botón.

Accionó un interruptor y habló con impaciencia por el micrófono: “No, lo siento, no sé nuestro maldito indicativo. De hecho, nuestro operador ha sido asesinado. No, no somos una base militar. Estamos en Rowe Island, en el océano Índico, y la población civil está en peligro”.

Mientras yo seguía pedaleando el generador, Dempsey le contó a Darwin nuestra situación. Hubo cierta confusión, una espera de casi veinte minutos mientras el operador consultaba con sus superiores, algo más de confusión sobre la ubicación de la isla y, finalmente, Dempsey se reclinó y suspiró. “Gracias, Darwin”.

Mientras se quitaba los auriculares, me miró. “Tienes suerte. En un día o dos enviarán una de sus naves de patrullaje, si es que no la han derribado. Será mejor que les digas a los demás que hagan las maletas y estén preparados”.

–Te lo agradezco mucho, Dempsey –dije–. No creo que hubiera tenido la oportunidad de pasar de no ser por ti.

Los problemas con la conexión inalámbrica lo habían agotado. Se levantó y comenzó a hurgar en la oficina hasta

que encontró una botella de ron casi llena. La abrió, tomó un largo trago y luego me la ofreció.

Acepté la botella y bebí un sorbo de ron, jadeante. Era un licor crudo. Se lo devolví y observé con cierto respeto cómo lo terminaba.

Salimos de la oficina y comenzamos a caminar por el aeródromo. Cuando nos acercamos al mástil, se detuvo y miró hacia arriba a través de las vigas. El elevador de pasajeros estaba en la parte superior del mástil, presumiblemente dejado allí por el último grupo apresurado que subió a bordo del dirigible cuando se llevó a la mayor parte de los europeos fuera de la isla. “Esto no será bueno”, dijo. “Nadie lo manejará, incluso si estuviera en buenas condiciones. El barco tendrá que venirse abajo de inmediato. Va a ser un problema. Todo el mundo tendrá que colaborar”.

“¿Me ayudarás?”

“Si estoy consciente.”

–Escuché que una vez comandaste una aeronave –dije.

Entonces lamenté mi curiosidad porque una extraña expresión de dolor y diversión se dibujó en su rostro. “Sí. Sí, lo hice. Por muy poco tiempo”.

Lo dejé pasar. “Déjame invitarte a algo de beber”, dije.

Olmeijer estaba en su sitio habitual en la barra, leyendo su libro. Greaves no estaba allí. El holandés levantó la vista y nos saludó con la cabeza. No mencionó nada de los asuntos de la noche anterior y yo no lo mencioné. Le dije que habíamos logrado comunicarnos con Darwin y que estaban enviando una aeronave. No pareció impresionado. Creo que disfrutaba de su papel como el último hotelero de la isla. Prefería tener clientes que no pudieran pagar a no tener ningún cliente. Dempsey y yo llevamos nuestras bebidas a una de las mesas cerca de la ventana.

–Has sido de gran ayuda, Dempsey –dije.

Me miró cínicamente por encima del borde de su vaso. “¿Estoy ayudando? Puede que te esté haciendo un flaco favor. ¿De verdad quieres volver a todo eso?”

“Creo que es mi deber.”

¿Deber? ¿Apoyar los últimos vestigios de un imperialismo desacreditado?

Era la primera vez que lo oía expresar algo parecido a una opinión política. Me sorprendió. Me pareció que sonaba un poco a comunista. No se me ocurrió ninguna respuesta, lo cual no habría sido descortés.

Se bebió el resto del whisky y se quedó mirando el aeródromo, hablando como para sí mismo. –Todo es una cuestión de poder y rara vez una cuestión de justicia. –Me

miró fijamente—. No me trates con condescendencia, Bastable. No necesito tu amabilidad, gracias. Si supieras...
—Se interrumpió—. ¿Otro?

Observé cómo Dempsey caminaba con paso vacilante hacia el bar y luego servía otras bebidas. Las trajo de vuelta casi de mala gana.

—Lo siento —dije—. Es que... Bueno, parece que tienes muchas cosas en la cabeza. Pensé que alguien que te escuchara con comprensión...

—Había una mirada muy extraña en sus ojos ahora—. ¿Compasivo? Me pregunto hasta qué punto serías comprensivo si te dijera lo que realmente estaba pensando. Hay una guerra en marcha, Bastable. Te oí especular ayer sobre cómo empezó. Sé cómo empezó la guerra. Sé también quién la empezó. Fue un maldito accidente.

Contuve mi exclamación de asombro y esperé escuchar más, pero Dempsey se reclinó en la silla de mimbre y cerró los ojos, moviendo los labios mientras hablaba consigo mismo.

Fui a buscarle otra bebida, pero cuando regresé ya estaba dormido. Lo dejé dormir y me reuní con Olmeijer en el bar.

Poco después entró Greaves. Parecía cansado, como si no se hubiera acostado desde que lo había visto.

–Dame un gin triple, Olmeijer, rápido. Buenos días, Bastable. No te aconsejo que vuelvas solo a la ciudad. Hay muchos problemas. Grandes bandas de malayos y chinos peleándose entre sí. Incendios, violaciones y asesinatos sangrientos por todas partes.

“¿Allsop se ha enterado de...?”

–Todavía no, pero casi todo el mundo lo sabe: pronto se enterará. Los chinos lograron robar un barco malasio anoche y se fueron con él. Probablemente los asesinos del pobre Shawcross se dieron a la fuga. Los malayos maltrataron a algunas familias chinas. Los chinos tomaron represalias. Creo que esta vez estamos en serios problemas.

Le hablé del mensaje por radio enviado a Darwin y de la probabilidad de que viniera un dirigible. Parecía más que aliviado. “Será mejor que envíes a uno de tus hombres a New Brum, Olmeijer. Dile que le avise a todo el mundo y que llegue aquí lo más rápido posible”.

Refunfuñando, Olmeijer se dio la vuelta para buscar a un sirviente.

Greaves se dirigió al otro lado de la barra. –Creo que conviene tomar otra copa, por cuenta de la casa. ¿Bastable? Asentí. –¿Dempsey?

Vi que Dempsey se había despertado y se dirigía hacia la puerta. Sacudió la cabeza y dijo con una sonrisa forzada y

torcida: “Tengo algunos asuntos que atender en la ciudad. Hasta pronto”.

“Es peligroso”, dije.

–Estaré bien. Espero verte más tarde, Bastable.

Lo vimos irse.

–Pobre bastardo –dijo Greaves. Se estremeció y bebió su ginebra de un trago.

Capítulo IX

ESPERANZAS DE SALVACIÓN

Allsop llegó al hotel por la tarde y preguntó con desconfianza por Shawcross. Le dijimos que habíamos oído que había tenido algún tipo de accidente. No nos creyó, por supuesto, pero estaba muy ocupado en la ciudad y no podía esperar a hacernos más preguntas. Había acompañado a algunos clérigos al hotel y a algunas monjas chinas de la misión católica. Se sentaron acurrucadas en el rincón más alejado del bar y no hablaron mucho con nosotros. El secretario de Nesbit, un bengalí de cara redonda y ansioso, había venido con Allsop y permanecía casi constantemente junto a la ventana, mirando hacia afuera como si esperara que la aeronave llegara en cualquier momento. Le pregunté a Allsop por Dempsey y el soldado me miró con el ceño fruncido, murmurando que habían visto a Dempsey con

algunos de los “rebeldes” chinos y que podría encontrarse en serios problemas con las autoridades si no tenía cuidado. También me enteré de que Hira había decidido quedarse en el hospital junto con la mayoría de sus monjas.

Al anochecer, llegaron algunas personas más, entre ellas dos sacerdotes irlandeses que se unieron a los demás en la esquina. Olmeijer parecía encantado de tener tantos huéspedes nuevos y se apresuró a asegurarse de que estuvieran preparadas las habitaciones para ellos. Incluso a mí me dieron una habitación en el segundo piso.

Allsop regresó con aspecto cansado y enfadado. Su uniforme, normalmente impecable, estaba lleno de polvo y tenía un moretón sobre el ojo derecho. Parecía culparnos a Greaves y a mí de sus problemas y no nos dirigió la palabra en esta segunda visita. Nos había traído a tres de sus doce hombres para protegernos. El resto se quedaba en la ciudad para “mantener el orden”, aunque por el ruido que había abajo no se oía casi nada de eso, y para proteger la residencia del Representante Oficial, pues se supo que el general de brigada Nesbit había decidido quedarse, junto con su ayuda de cámara.

Allsop regresó un poco más tarde. Estaba solo y tan tieso como siempre mientras guiaba a su caballo colina abajo y desaparecía en la oscuridad y la cacofonía de abajo. No creo que lo hayan vuelto a ver con vida.

A medianoche, las damas y caballeros del clero se habían ido a la cama y Greaves, Olmeijer y yo estábamos en nuestros lugares habituales en el bar, mientras el pequeño bengalí caminaba de un lado a otro junto a las ventanas.

Incluso Greaves parecía un poco nervioso y en una ocasión expresó su creencia de que “quizás no aguantáramos”. Luego él también se fue a la cama y el bengalí lo siguió. Olmeijer tenía su gran libro de cuentas abierto sobre la barra y por un rato pareció alegremente absorto en sus cálculos aritméticos antes de cerrar el libro con un estruendo, saludarme con la cabeza y llevarse su enorme cuerpo a sus aposentos.

Ahora, a excepción de los Ghoorkas que estaban de guardia afuera, yo era el único que estaba despierto. Me sentía exhausto, pero no tenía mucho sueño. Decidí salir y ver si podía detectar alguna actividad en la ciudad.

Al entrar en el vestíbulo oí voces en la entrada principal. Miré hacia fuera, pero la lámpara de aceite no brillaba lo suficiente como para mostrarme nada. Abrí la puerta. Uno de los guardias de Ghoorka le gritaba a un hombre que apenas podía ver a la luz de la luna. El Ghoorka hizo un gesto con su rifle con bayoneta y el hombre se dio la vuelta. Por un momento vi su rostro en el tenue resplandor de la lámpara del vestíbulo. Pasé al soldado y salí corriendo.

–Dempsey, ¿eres tú?

Miró hacia atrás. Tenía los hombros encorvados y la chaqueta desgarrada. Su rostro estaba pálido como la muerte y sus párpados casi cerrados. –Hola, Bastable. –Hablabla arrastrando las palabras, con la voz de un cretino.

“Pensé que este era mi hotel.”

–Lo es. –Me acerqué a él y tomé un brazo flácido–. Entra.

El Ghoorka no intentó detenernos mientras llevaba a Dempsey a casa de Olmeijer. El hombre se tambaleaba y temblaba. Un ruido seco y arcadas salían de su garganta. Agarraba algo con fuerza en su mano derecha. No tenía sentido hacerle preguntas e hice todo lo posible para que subiera las escaleras y recorriera el pasillo hasta su habitación.

La puerta no estaba cerrada con llave. Llevé a Dempsey en brazos y lo dejé sentarse en la cama mientras encendía la lámpara de aceite.

La luz reveló una habitación que estaba sorprendentemente ordenada. La cama estaba hecha y no había basura. De hecho, la habitación era completamente impersonal. Puse a Dempsey en la cama y se estiró con un suspiro. Los temblores se presentaban ahora en breves espasmos. Parpadeó y me miró mientras le tomaba el pulso.

–Muchas gracias, Bastable –dijo–. Pensé que podría hablar un momento contigo.

–Estás mal –dije–. Será mejor que duermas si puedes.

–Allí abajo están saqueando –dijo–. Se están matando entre ellos. Quizá sea algo que está en el aire... –Tosió y luego empezó a ahogarse. Lo ayudé a incorporarse e intenté arrancarle de los dedos el paquete que sostenía, pero reaccionó con enojo, con una fuerza sorprendente. Retiró la mano–. Ahora puedo cuidar de mí mismo, viejo. –Tenía lágrimas en los ojos mientras se hundía de nuevo en la almohada–. Sólo estoy cansado. Harto y cansado.

–Dempsey, te estás matando. Déjame...

–Espero que tengas razón, Bastable. Pero está tardando demasiado. Ojalá hubiera tenido el valor de hacerlo bien.

Me levanté y le dije que lo llamaría más tarde para ver cómo estaba. Cerró los ojos y pareció quedarse dormido.

Tenía esa sensación de impotencia común a muchos que han experimentado el alivio de la adicción a las drogas. Sabía muy bien que poco podía hacer por el pobre desgraciado atormentado. Él sólo podía ayudarse a sí mismo. Y Dempsey parecía genuinamente atormentado, tal vez por una visión especial de las cosas, tal como eran en realidad, tal vez por algo en él, algún aspecto de su propio carácter, que no podía reconciliar con su perspectiva moral. Porque cada vez era más evidente que Dempsey, a pesar de sus negaciones, tenía

una perspectiva muy moral y que no pensaba mucho en sí mismo.

Fui a mi habitación, que estaba en el pasillo, y me quité la chaqueta y los pantalones. Me tumbé en la cama a oscuras, escuchando a los insectos que se lanzaban contra el alambre tejido de las mosquiteras. La luz de la luna inundaba la habitación. Pronto caí en un sueño ligero.

Me desperté de repente.

Mi puerta crujió al abrirse lentamente y miré a mi alrededor buscando un arma, pensando que los culíes habían atacado el hotel mientras yo dormía.

Entonces, con un suspiro de alivio, vi que era Dempsey. Estaba apoyado casi con indiferencia en el picaporte. Su rostro estaba tan pálido como siempre, pero parecía haber recuperado las fuerzas.

–Disculpe la molestia, Bastable.

“¿Necesitas ayuda?” Me levanté y me puse los pantalones.

–Tal vez sí. Ahora no tengo mucho tiempo –dijo sonriendo–. Pero no es una ayuda “práctica”. Tenía los ojos vidriosos y soñadores y me di cuenta de que había tomado algún tipo de estimulante para contrarrestar los efectos del opio. Odiaba pensar en lo que le estaba pasando tanto a su mente como a su cuerpo. Se sentó pesadamente en mi cama.

–Estoy bien –dijo, como para tranquilizarse–. Pensé en pasarme a charlar un rato. Querías charlar un rato, ¿eh? Anoche.

Me senté en el sillón de mimbre que había junto a la cama. “¿Por qué no?”, dije con toda la alegría que pude.

–Ya te dije que no tienes por qué ser condescendiente conmigo. He venido a hacer una especie de confesión. No sé por qué deberías ser tú, Bastable. Quizá sea porque, bueno, eres una de las víctimas. Singapur y todo eso...

“Se acabó”, dije. “Y desde luego no puede haber tenido nada que ver contigo. La guerra no cesa. Lo máximo que podemos esperar son momentos ocasionales de tranquilidad en medio del conflicto”. Cito a Lobkowitz.

Sus ojos drogados brillaron por un segundo con una luz irónica. –Tú también lo leíste. No pensé que fueras otro rojo, Bastable.

–No lo soy. Lobkowitz tampoco.

“Es una cuestión de opinión.”

Además, hablo desde mi propia experiencia.

“¿Como soldado?”

“He sido soldado, pero he llegado a la conclusión de que la especie humana está constantemente en un estado de tensión, que esas tensiones nos hacen lo que somos y que a menudo conducen a guerras. Cuanto mayor sea nuestro ingenio para inventar armas, peores serán las guerras”.

–Oh, de hecho, estoy de acuerdo con esa última afirmación –suspiró–. Pero ¿no crees que es posible que la gente reconozca las tensiones y, sin embargo, cree armonía a partir de ellas, tal como se crea la música?

“Mi experiencia me indica que no es así. Mi esperanza, por supuesto, es otra. Pero no veo sentido a un debate de este tipo cuando el mundo se encuentra actualmente en un estado tan espantoso. Este terrible Armagedón probablemente no terminará hasta que caiga del cielo el último buque de guerra aéreo”.

¿Realmente lo ves como el Armagedón?

No podía decirle lo que sabía: que ya había pasado por tres versiones alternativas de nuestro mundo y en cada una de ellas había visto la destrucción más espantosa de la civilización; que yo mismo me sentía responsable de al menos una de esas grandes guerras. Me encogí de hombros. “Tal vez no. Tal vez haya paz. Los rusos y los japoneses siempre han estado enfrentados. Lo que no puedo entender es cómo Gran Bretaña no logró detenerlo y por qué los japoneses se volvieron contra nosotros con tanta ferocidad”.

“Ya sé por qué”, dijo.

Le di una palmadita en el brazo. –¿Lo sabes? ¿O es el opio el que te lo dice? En mi época me gustaba el opio, Dempsey. En el pasado, mi aspecto no era muy diferente al tuyo. ¿Puedes creerlo?

–Pensé que había algo. Pero ¿por qué...?

–Participé en un crimen –dije–. Un crimen muy perverso. Y luego... –Hice una pausa–. Entonces me perdí.

–¿Pero no estás perdido ahora?

“Ahora estoy perdido, pero he decidido sacar lo mejor de las cosas. Me he convertido en un buen piloto de aeronaves. Me encantan las aeronaves. No hay nada como estar al mando de una”.

–Lo sé –dijo–. Por supuesto que lo sé. Pero yo nunca volveré a volar.

¿Pasó algo? ¿Un accidente?

Una risa pequeña y desdichada salió de su garganta. –Podrías llamarlo así. –Rebuscó en su bolsillo y sacó algo, colocándolo en la cama a su lado. Era una jeringa–. Esta sustancia te hace querer hablar, a diferencia del opio. –De su otro bolsillo sacó un puñado de ampollas y las colocó cuidadosamente al lado de la jeringa.

Me levanté. “No puedo dejarte...”

Sus ojos reflejaban dolor. “¿No puedes?”. Las palabras tenían un significado intenso. Me hicieron callar. Volví a sentarme encogiéndome de hombros.

Puso su mano sobre la jeringa y las ampollas y me miró fijamente con seriedad. “No tienes elección. Yo no tengo elección. Nuestras opciones se han acabado, Bastable. Por mi parte, de una forma u otra, voy a suicidarme. Puedes darlo por sentado. Y prefiero que me dejes hacerlo de esta manera”.

–Sé en qué estado mental te encuentras, viejo. Yo estuve en él una vez. Y, sin querer hacer una comparación estúpida, siento que he tenido tantas razones como cualquier otra persona en la Tierra para querer hacerlo. Pero tú me ves vivo. He ido más allá del suicidio.

–Bueno, yo no lo he hecho. –Pero dudó un momento–. Quería hablar contigo, Bastable.

–Entonces habla.

“No puedo sin esto.”

Me encogí de hombros una vez más, pero sabía lo que era tener un peso insostenible sobre la conciencia. –Toma un poco, entonces –le sugerí–. Sólo un poco. Y habla. Pero no

intentos suicidarte, al menos hasta que me hayas contado todo.

Se estremeció. “¡Confidencia! ¡Qué palabra! Pareces un sacerdote”.

“Sólo un compañero de sufrimiento.”

–Eres un poco mojigato, Bastable.

Sonreí. “Eso me han dicho otros”.

–Pero eres una persona decente y no juzgas mucho a la gente. Sólo a ti mismo. ¿Estoy en lo cierto?

“Me temo que probablemente lo estés.”

“No estás de acuerdo con el socialismo, ¿verdad? Al menos con mi marca”.

“¿Cuál es tu marca?”

“Bueno, Kropotkin lo llamaba anarquismo, pero la palabra ha llegado a significar algo muy diferente en la mente del público”.

–Entonces, ¿no haces explotar cosas?

Empezó a temblar de nuevo. Intentó hablar, pero no le salieron las palabras. Sin querer, había tocado una fibra sensible. Me acerqué a él. –Lo siento, viejo. No quise...

Se apartó de mí y me dijo: “Sal de aquí. Por el amor de Dios, déjame en paz”.

Me sentí muy tonto. “Dempsey, créeme. No quise decir nada serio. Estaba bromeando”.

–¡Sal de aquí! –Era casi un grito, una súplica–. ¡Sal de aquí, Bastable! El barco se acerca. Sálvate, si puedes.

–No voy a dejar que te mates. –Cogí algunas ampollas–. Quiero escucharte, Dempsey.

Cayó de espaldas sobre la cama. Su cabeza golpeó la pared. Gimió. Su cuerpo cayó de lado. Se había desmayado.

Le tomé el pulso y la respiración y luego fui a buscar ayuda. Recordé que en el hotel había un médico misionero.

Cuando llegué a la planta baja y me dirigí al bar donde encontraría a Olmeijer, oí que la gente que estaba cerca de las ventanas empezaba a murmurar y luego a hablar con entusiasmo. De repente, un rayo de luz brillante rompió la oscuridad del exterior.

Olmeijer lo vio y pareció decepcionado. Cuando lo alcancé, murmuró: “Es el dirigible. Está llegando”. Iba a perder a todos sus clientes.

Le dije que enviara a alguien para que cuidara de Dempsey y luego corrí desde el hotel hacia el parque. Mi intención era guiar el barco hasta su mástil.

Para mi sorpresa, ya había hombres uniformados en el suelo. Corrí hacia uno de ellos. Debían haberse lanzado en paracaídas desde el barco.

“Gracias a Dios que habéis venido”, dije.

“La figura más cercana se dio la vuelta. Miré el rostro inexpresivo de un capitán del Ejército Imperial Japonés. “Vuelve adentro”, dijo. “Diles que si alguien intenta salir del edificio, será bombardeado hasta convertirlo en escombros”.

Capítulo X

ESPERANZAS PERDIDAS

Nunca supimos cómo nos habían encontrado los japoneses. O bien habían rastreado los mensajes inalámbricos o habían seguido y destruido el barco de rescate. El hecho era que no había nada que pudiéramos hacer contra ellos.

Pronto el puesto de Olmeijer se llenó de soldados pequeños con uniformes de color blanquecino, cuya cortesía hacia los prisioneros contrastaba con las largas bayonetas fijadas en sus fusiles. El oficial tenía un comportamiento sombrío y controlado, pero de vez en cuando, me pareció, una expresión de odio directo cruzaba su rostro cuando nos miraba. Estábamos de pie con nuestro equipaje (si es que teníamos alguno) en medio del suelo.

Las mujeres fueron las primeras en ser enviadas a bordo. Los japoneses habían logrado hacer funcionar el mástil y habían logrado llevar el zepelín hasta el suelo.

Era una nave grande y moderna. Me sorprendió que pensaran que podían prescindir de él, solo para recoger a unos pocos civiles, pero supuse que ya había estado patrullando la zona cuando su capitán fue alertado de nuestra presencia.

Greaves estaba más cerca de las ventanas que yo. Se volvió hacia mí. “¡Dios mío, han incendiado la ciudad!”, señaló, dirigiéndose al oficial. “¡Malditos bárbaros! ¿Por qué tuvieron que hacer eso?”.

—¿Bárbaros? —El capitán japonés sonrió sardónicamente—. Me divierte que pienses eso de nosotros, inglés, después de lo que nos hiciste.

“¡No hemos hecho nada! Lo que haya ocurrido fue un error. Te conviene echarnos la culpa a nosotros.”

El capitán desestimó la idea. “Sin embargo, no hemos prendido fuego a los edificios. Son sus propios trabajadores. Un motín de algún tipo. Supongo que están en camino, en masa”.

Era creíble. Pensando que podrían salir de la isla a bordo de un dirigible, los culíes podrían haberse convencido de que era posible capturar el barco y navegar hacia la libertad.

–No se preocupe –continuó el japonés–. Tenemos la intención de protegerlo a usted y a nosotros mismos. –Su voz, agradable y a la vez cortante, tenía un cierto desprecio. Vi que Greaves estaba molesto por el intercambio de palabras.

Greaves se enfureció un poco, pero no pudo discutir la lógica del hombre. Teníamos mucho más que temer de los culíes, al menos de momento, que de los japoneses.

Desde donde estábamos se podía oler el humo y en las ventanas y espejos del Olmeijer se reflejaban los rastros de la luz roja del fuego. El holandés había dejado atrás su desesperación y ahora se ofrecía a servir bebidas a sus nuevos clientes (tal como los veía). Creo que tenía alguna esperanza de que la isla Rowe fuera ocupada y de que se le permitiera seguir (como neutral) dirigiendo el hotel. Los soldados le hicieron señas para que se uniera a nosotros en el centro de la sala. Se sentó en una de sus propias mesas. Pensé que iba a llorar. “Soy holandés”, le dijo al oficial. “Soy un hotelero privado. Un civil. No pueden simplemente sacarme del lugar que he pasado la mayor parte de mi vida construyendo”.

“Tenemos órdenes de arrestar a todos los europeos”, dijo el japonés. “Y usted es, sin duda, europeo, señor. No tenemos nada contra los holandeses. Sin embargo, si fuera realista, comprendería que su país es aliado de Gran Bretaña

y que sólo es cuestión de días antes de que se vea involucrado en esta guerra”.

“¡Pero hoy no estamos involucrados!”

–No, que yo sepa. Básicamente, nuestra misión es evacuarlos de la isla.

–¿Y qué será de nosotros? –preguntó Greaves, todavía con tono agresivo.

“Seréis internados mientras duren las hostilidades.”

“¡No somos espías!”

–Tampoco lo eran aquellos a quienes internasteis en vuestra guerra en Sudáfrica, como recordarás.

“Eso fue completamente diferente. Las razones eran complejas.

“Nuestras razones también son complejas. Ustedes son beligerantes extranjeros, potencialmente peligrosos para nuestro esfuerzo bélico”.

–¡Dios mío! ¡Y tú deduces que somos hipócritas!

–No negará, señor, que ésta es efectivamente una base militar.

“¡Es una empresa minera!”

–Pero es muy útil como estación de combustible. Dejaremos tropas atrás. Una guarnición. Este es territorio conquistado. Cuando salgas, verás que la bandera japonesa ondea ahora sobre el aeródromo.

–Entonces, ¿por qué nos expulsan? ¿Es una práctica habitual?

–Así es. Serás internado en el campo de prisioneros de guerra civil europeo de Rishiri.

“¿Dónde diablos está Rishiri?”

“Es una pequeña isla frente a la costa de Hokkaido”, dijo uno de los sacerdotes irlandeses. Hokkaido era la isla grande al norte de Honshu, la isla principal de Japón. “Un lugar bastante bonito, según recuerdo. Hicimos allí un trabajo misionero hace unos años”.

El capitán japonés sonrió. “Ahora tendrá que concentrarse en los europeos, padre. Pero estoy seguro de que tendrá mucho tiempo para ganar adeptos”.

Greaves se quedó callado. Terminó el último sorbo de gin fizz con el aire de un hombre que probablemente no volvería a ver a nadie en muchos años.

Cuando las mujeres se fueron, los hombres mayores fueron los siguientes en ser sacados de la habitación. Los japoneses no fueron crueles con nosotros. Aquellos que estaban

demasiado débiles para moverse con facilidad recibieron ayuda de los soldados, que incluso llevaban bultos y maletas para sus prisioneros, y para ello se ponían los fusiles al hombro. No tenía sentido intentar resistirse a ellos, y ellos lo sabían. Los cañones del barco podrían haber destruido el hotel Olmeijer en segundos, y teníamos que tener en cuenta a muchas otras personas.

Unos minutos después, el capitán japonés salió y luego regresó para dar órdenes a sus hombres. Los fusiles estaban al descubierto y corrieron hacia la noche, dejando sólo un hombre para protegernos. Oímos gritos, luego disparos; un grito terrible, que subía y bajaba, y luego volvía a subir: el grito de una turba.

–¡Los culíes! –Olmeijer se dirigió a la ventana. Todos lo seguimos. El guardia no intentó detenernos. Se quedó de pie junto a la puerta, mirando hacia atrás con cierta inquietud.

La luz roja del fuego silueteaba a los malayos y chinos que intentaban atacar la aeronave, que estaba defendida por una línea de soldados japoneses bien disciplinados. Los culíes estaban mal armados, aunque uno o dos tenían rifles y pistolas. En su mayor parte, las mejores armas que habían podido reunir eran parangs, grandes picos y martillos. El pánico, la ira y el odio los impulsaron a luchar contra el fuego de los rifles. No se desperdició ni una bala. Continuaron cayendo hasta que los cadáveres de los muertos y los heridos obstaculizaron el avance de los que aún vivían.

Sin embargo, parecía que tenían algún tipo de organización rudimentaria, porque ahora se replegaban. Sus esfuerzos estaban dirigidos por una figura con un traje europeo arrugado y armado con una pistola.

Lo reconocí cuando desapareció en la oscuridad con los culís supervivientes.

No sabía cómo había logrado Dempsey salir del hotel en las condiciones en que lo había visto por última vez, pero allí estaba, dando saltos como un loco, intentando ayudar a los culís en su desesperado ataque.

Ahora venían por dos lados, intentando dividir el fuego japonés. Esta vez, dos o tres soldados fueron alcanzados. Se retiraron en orden hasta que estuvieron más cerca de la nave.

Greaves me susurró: “Esta sería nuestra oportunidad de salir de aquí. Apura al guardia y métete en el bosque, ¿eh?”.

Lo pensé. “Entre los japoneses y los culís supervivientes no tendríamos ninguna posibilidad”, dije. “Tampoco hay comida de la que hablar”.

–No tienes agallas, Bastable.

–Tal vez, pero tengo mucha experiencia –le dije–. Es muy probable que haya un intercambio de prisioneros de guerra

civiles. Podríamos estar todos en Inglaterra en cuestión de semanas.

“Pero ¿qué pasa si no es así?”

“Mi opinión es que, por el momento, estaremos mejor con los japoneses. Si vamos a escapar, escapémonos de algún lugar más cercano al territorio ruso”.

Greaves estaba disgustado. –No eres exactamente impulsivo, ¿verdad, Bastable?

–Supongo que no. Había visto demasiadas guerras y destrucción en tres mundos como para darle mucho valor a los planes románticos e impulsivos. Preferí esperar el momento oportuno. Dejé que Greaves pensara lo que quisiera y noté que, sin mi consentimiento, no hizo ningún intento de librarse de Olmeijer.

En el exterior, los disparos continuaban, pero eran más espasmódicos. Abajo, en la ciudad, las llamas se elevaban cada vez más. La luz del fuego se reflejaba en el casco blanco del zepelín japonés, que se balanceaba lentamente en su mástil.

Dempsey debió de hacer un uso pleno de sus estimulantes. De vez en cuando lo vi, a veces con una pistola, a veces con un parang, saltando aquí y allá entre los arbustos y árboles que rodeaban el aeródromo. Estaba demente. No podía entender por qué razones oscuras, tal vez sentimentales, se

había aliado con los culíes. Tal vez vio esperanza en ponerlos en contra de los japoneses y salvar a los europeos, pero lo dudaba. Con su chaqueta y sus pantalones harapientos se distinguía de la chusma en gran medida por el hecho de que evidentemente tenía el control. Había sido entrenado en la marina y sus viejos instintos de liderazgo estaban aflorando.

Los japoneses también lo habían identificado y concentraron su fuego contra él. Estaba cortejando sus balas. A mí me pareció que quería que lo mataran. Había estado hablando de suicidio y tal vez, a sus ojos, esa era una forma más positiva de morir. No obstante, demostró coraje y no pude evitar admirar la forma en que acosó a los japoneses, enviando culíes desde todas las direcciones, a veces a la vez, a veces desde un solo ángulo.

Sus ojos brillaban, llenos de llamas. Había una extraña y fría sonrisa en sus labios. Y por un momento me consumió una enorme sensación de camaradería hacia él. Era como si estuviera viendo otra encarnación de mí mismo, en aquellos días terribles antes de que aprendiera a vivir con la culpa, el dolor y la desesperanza de mi propia situación.

Entonces Dempsey se precipitó hacia la nave, con todos los culis restantes a sus espaldas. Abatió a dos soldados antes de que pudieran defenderse. Se defendió con el parang, para protegerse de las bayonetas y las balas. Se apoderó de otros dos japoneses y, cuando ya había llegado a la pasarela de la

góndola, con ambos brazos en alto como si se tratara de un dios de la batalla ávido de sangre, se dejó caer.

Vi su cuerpo tendido con las piernas abiertas en la pasarela. Se retorció un momento. No sabía si una bala lo había alcanzado o si los estimulantes le habían provocado un derrame cerebral. El capitán, espada en mano, corrió hacia el cuerpo y le dio la vuelta, ordenando a dos de sus hombres que lo arrastraran hacia el interior.

Oí a uno de los soldados pronunciar su nombre: “Dempsey”. Y me pregunté cómo demonios podían reconocerlo.

Cuando Dempsey cayó, los culíes se dispersaron rápidamente. El capitán regresó a casa de Olmeijer y ordenó al resto que subiéramos a bordo del barco. Le pregunté: “¿Cómo está el hombre blanco? ¿Le dispararon? ¿Se desplomó?”, pero el capitán se negó a responder.

Greaves dijo: “Mire, capitán. ¿Podría decirnos si Dempsey está vivo o muerto!”

El japonés respiró hondo y miró fijamente a Greaves. “Tienes ciertos derechos como prisionero de guerra civil. El capitán Dempsey también tiene ciertos derechos. Sin embargo, no estoy obligado a responder a preguntas sobre el destino de otro prisionero”.

–¡Eres un demonio inhumano! ¡No es una cuestión de derechos, sino de simple decencia!

El capitán japonés hizo un gesto con su espada y dio una orden en su propia lengua. Los guardias comenzaron a hacernos marchar hacia afuera.

Mientras nos íbamos, le oí decir: “Si no fuéramos un pueblo civilizado, ninguno de vosotros estaría vivo ahora. Y el capitán Dempsey habría sido despedazado por mis hombres”.

El capitán parecía loco. Quizá no disfrutaba de su oficio. Muchos soldados no disfrutaban de ello cuando se desataba una verdadera guerra.

Me pregunté qué crimen había cometido Dempsey para que lo odiaran tanto quienes lo creían culpable. De todos modos, era casi seguro que había pagado el precio del crimen con su vida. Lamenté mucho que no hubiera tenido tiempo de contarme su propia historia.

Una hora más tarde estábamos en el aire, dejando atrás los restos de Rowe Island y su población. A través de una pequeña portilla pude ver las llamas extendiéndose por la ciudad. Incluso habían arrasado parte del follaje. Pequeñas figuras corrían por el infierno. Todavía era posible oír disparos mientras los japoneses continuaban defendiendo su territorio recién conquistado. Nuestros camarotes estaban

abarrotaados, pero no intolerables. Dempsey no estaba entre nosotros. Todos asumieron que lo habían matado.

Ya había amanecido cuando alcanzamos la altitud de crucero. La mayoría de nosotros estábamos en silencio, dormitando al son del tamborileo constante de los motores. Supongo que todos nos preguntábamos qué sería de nosotros una vez que llegáramos al campamento civil de Rishiri. Si la guerra continuaba, como yo sabía que otras guerras continuaban, entonces podrían pasar años antes de que fuéramos libres.

Me di cuenta, sin especial consternación, de que incluso podría morir de viejo antes de que se resolviera este conflicto en particular.

Casi me sentí aliviado al saber que mi destino ya no estaba en mis manos.

Segunda parte

“¡NI AMO NI ESCLAVO!”

Capítulo XI

EL CAMPAMENTO DE RISHIRI

El campo de prisioneros de guerra civiles estaba bien organizado y limpio. La comida era sencilla y adecuada y el trato que nos dieron no fue en absoluto duro. Había un supervisor permanente de la Cruz Roja y un representante del Gobierno suizo, elegido por invitación de los japoneses para actuar como una especie de árbitro. Había civiles de la mayoría de las nacionalidades y los que pertenecían a países neutrales (ya no a los holandeses) fueron repatriados con eficacia, siempre que pudieran demostrar su identidad y lugar de origen. Había, por ejemplo, muchos polacos, bohemios y letones indignados.

En teoría, eran ciudadanos rusos, pero negaban enérgicamente su lealtad a cualquier país que no fuera el

suyo. Como polacos y checos luchaban en los ejércitos rusos, sus protestas no tenían mucho peso.

Me fascinaba la mezcla de razas y aproveché al máximo mi encarcelamiento para aprender todo lo que pudiera sobre el mundo en el que me encontraba. Había un futuro en el que O'Bean no había existido, pero que contenía muchos de los inventos que me eran familiares en aquel futuro en el que había conocido originalmente al general O'Bean. Parecía que, ya fueran obra de un genio individual o de una variedad de científicos esforzados, los dirigibles y los submarinos, las maravillas eléctricas, el telégrafo sin hilos, etc., llegarían a existir en algún momento. En esa dimensión, el imperio británico era aún mayor que en la mía. Algunos territorios continentales de América del Sur y Central eran suyos, como también algunas partes de lo que yo había conocido como el sur de los Estados Unidos. Estos territorios habían sido recuperados; al parecer, durante la Guerra Civil estadounidense, cuando Gran Bretaña había prestado un apoyo positivo a la Confederación a cambio del control de las regiones costeras. Con la victoria de la Confederación, a todos les había convenido mantener esa disposición. Las tierras habían sido arrendadas a la CSA por un período de cien años, lo que significaba que, dentro de treinta años, la Confederación las reclamaría. Tenía curiosidad por saber si la esclavitud seguía floreciendo y, para mi sorpresa, me enteré de que no sólo no era así, sino que, económicamente, había beneficiado a todos ver surgir una fuerte clase media negra.

En Estados Unidos había una mayor igualdad racial que en mi contium espacio-temporal. El Norte y el Sur eran prácticamente autónomos y estas unidades más pequeñas parecían haber producido una mayor coherencia en lugar de menos. Aunque Estados Unidos no era tan rico en industria ni una nación militar tan poderosa, parecía haberse beneficiado de muchas otras maneras de la tregua que había seguido a la Guerra Civil y había permitido a ambos bandos recuperarse y empezar a comerciar.

Francia, por otra parte, no era una gran potencia. Nunca se había recuperado de las guerras franco-prusianas. Alemania controlaba ahora gran parte del antiguo imperio francés y los propios franceses parecían estar satisfechos en general, sin las responsabilidades de sus colonias. Alemania se había convertido en un aliado cercano de Gran Bretaña, aunque no estaba obligada a participar en el conflicto actual. Formaba parte de una alianza con los países escandinavos; un pacto comercial muy poderoso que convenía a todos. Austria-Hungría siguió en decadencia, un imperio romántico, en constante deuda, que recibía ayuda de naciones más ricas. La única gran potencia nueva de cierta importancia era el Imperio otomano, que se había expandido significativamente hacia África y Oriente Medio para formar una fuerte unión islámica.

Me enteré de que Grecia era prácticamente inexistente. La mayoría de sus habitantes eran musulmanes y, a todos los efectos, turcos. El Imperio japonés controlaba grandes áreas

de lo que había sido China y sus incursiones a lo largo de las fronteras del Imperio ruso habían sido la principal razón de la actual lucha. Aprendí por qué los japoneses atacaban objetivos británicos con mucha mayor ferocidad que otros. Creían que Gran Bretaña había iniciado deliberadamente la guerra, con un ataque a Hiroshima. Recordé mi propia participación –mi propia culpa– en un ataque similar, cuando navegué a bordo del buque insignia del general Shaw.

Si hubiera conocido un solo mundo, habría pensado que la Historia se repetía, pero sabía que era la naturaleza humana lo que estaba en la raíz de la Historia, y que, sin importar dónde me encontrara, estaba obligado a descubrir semejanzas superficiales que expresaban y ejemplificaban esa naturaleza. Eran el idealismo humano, la impaciencia humana y la desesperación humana lo que seguía produciendo esas terribles guerras. Las virtudes y los vicios humanos, mezclados y confusos en los individuos, creaban lo que llamamos “Historia”. Sin embargo, no veía ninguna manera de romper el círculo vicioso de aspiración y desesperación. Todos éramos víctimas de nuestra propia imaginación. Esto lo había comprendido en todos mis extraños viajes a través de lo que la señora Persson llama “el multiverso”. Lo mismo que nos hace humanos, lo que produce lo mejor, es también lo que nos hará comportarnos peor de lo que podría hacerlo la bestia más loca. Vivimos a través del ejemplo y la emulación, que pueden convertirse en envidia si las circunstancias nos crean desgracias. Eso es

todo lo que he llegado a creer, y no estoy del todo seguro de creerlo. Pero me he reconciliado con la naturaleza humana, aunque no con la locura humana, y eso es lo que mis propias desgracias particulares han logrado para mí.

Olmeijer pronto se sintió de nuevo en su elemento. De algún modo, logró hacerse cargo de la tienda del campamento y la dirigió con toda la grandeza de un chef de la Maison en el Ritz.

Greaves se unió a un grupo de marineros mercantes ingleses y australianos que habían sido capturados en la caída de Shanghai. Pasaban la mayor parte del tiempo eligiendo bandos para los partidos de rugby y hablando de su patria. Supuse que así se las arreglaban para no pensar demasiado en la realidad de su situación, pero yo sólo podía soportar media hora o más de sus tonterías de colegial. Sabía muy bien que no mucho antes de mi primera visita a Teku Benga bien podría haberme sumado a ellos con cierto entusiasmo. Había cambiado sin remedio. Nunca volvería a ser el mismo oficial del ejército, joven, idealista e ingenuo que había conducido a sus hombres a las montañas en busca del bandido Sharan Kang. Me sentía, de hecho, como una mezcla entre Rip van Winkle y el Holandés Errante, con un toque de Judío Errante además. A veces sentía que había vivido tanto tiempo como la raza humana.

Poco después de llegar al campamento, me encontré con un grupo heterogéneo de tripulantes de dirigibles civiles,

supervivientes de diversos naufragios. Algunos habían sido derribados accidentalmente; otros habían sido rescatados por patrullas japonesas. Algunos simplemente se habían perdido en el caos general y habían acabado en manos japonesas. Me enteré de que ahora todos los dirigibles mercantes se desplazaban en convoyes, protegidos por buques militares.

Una semana después, Harry Birchington se acercó a mí. Era un hombre de rostro delgado y anguloso, con una forma de moverse torpe y poco espontánea, frente y pómulos planos y una coloración rojiza bajo los ojos que a menudo identifico con un cierto desequilibrio mental. Se me acercó cuando salí de la cabaña de Olmeijer. Me consideraba, dijo, un intelectual, alguien que tenía un poco más de educación que la mayoría de aquella gentuza. Como solo en nuestro campamento había varios clérigos y académicos entre los prisioneros, además de un par de periodistas, sus comentarios no me resultaron especialmente halagadores. Llevaba una camisa caqui y una corbata a rayas, pantalones de franela gris y, sin importar la temperatura que hiciera, solía llevar una chaqueta deportiva de tweed con parches de cuero en los codos. Era un pesado. Era, de hecho, el pesado del Campo. Cada unidad del ejército tiene uno, cada tripulación de dirigible tiene uno y, sin duda, cada oficina y fábrica del mundo tiene uno. Sin embargo, Birchington estaba, lo admito, un poco por encima de la media.

Me llevó a través del recinto hasta la esquina de la alambrada. Apoyado en uno de los puntales de la alambrada había un eslavo bajito y malhumorado con una sucia camisa de campesino. Lo había visto antes. Se llamaba Makhno y era de Ucrania. Por extrañas razones idealistas propias había decidido viajar a Tokio en defensa de la fraternidad internacional. Era un anarquista, según deduje, de la vieja escuela de Kropotkin y, pensé entonces, que como la mayoría de los anarquistas, prefería hablar a hacer otra cosa. Era un tipo bastante agradable que, tras no haber conseguido convertir al campamento, se guardaba sus opiniones. Birchington nos presentó. “Este tipo no es muy bueno con el inglés”, dijo. “Hablo un poco de rufián, pero me está costando llegar a él. Estábamos hablando de dinero”.

“¿Estás intentando comprar algo?”, pregunté.

–No, no. Dinero. Finanzas internacionales y todo eso.

–Ajá –intercambié una mirada con el ucraniano, que arqueó una ceja con gesto sardónico.

–Ahora soy socialista, ¿no? –continuó Birchington–. Lo he sido toda mi vida. Puede que se pregunte qué queremos decir con la palabra socialismo, y tendría razón en hacerlo, porque el socialismo puede significar muchas cosas diferentes para muchas personas diferentes... –continuó en esa línea, sin duda repitiéndose palabra por palabra por enésima vez. Hay algunas personas que nunca parecen darse

cuenta de hasta qué punto tienen este hábito. He llegado a creer que tiene el efecto sobre ellas de una canción de cuna relajante que se les cantase. Tiene un efecto completamente opuesto, por supuesto, sobre cualquiera que intente (o se vea obligado) a escucharlas.

El anarquista Makhno no se molestó en escuchar. Era evidente que podía entender muchas de las palabras, pero que había reconocido instintivamente el tipo de Birchington.

–Este tipo –Birchington señaló a Makhno con un dedo enfermizo– también se llamaría socialista. Supongo que el término sería “anarcosocialista”. Es decir, cree en la hermandad del hombre, en la emancipación de las clases trabajadoras del mundo, etcétera. Después de todo, procede de un país llamado socialista, aunque no sé qué hace allí con un emperador que, a pesar de todo, no tiene ningún poder real. Y está en contra de su propio gobierno.

“El gobierno ruso”, afirmó Makhno. “Estoy en contra de todos los gobiernos, incluida la llamada Rada ucraniana, que no es más que un títere del Gobierno central de San Petersburgo”.

–Así es –dijo Birchington, restándole importancia–. Así que usted es socialista y está en contra de los socialistas. ¿Tengo razón o no?

“La Duma de Kerenski es socialista sólo de nombre”, dijo Makhno en tono profundo y eslavo. “Sólo de nombre”.

–Eso mismo digo yo. No somos socialistas, sino conservadores con otro nombre, ¿no?

“Políticos”, dijo lacónicamente Makhno.

“Ahí es donde te equivocas, amigo. El hecho de que no sean verdaderos socialistas no significa que los verdaderos socialistas no puedan ser buenos políticos”.

Yo ya estaba tratando de zafarme de esto, pero Birchington me agarró del brazo. “Espera un minuto, viejo. Quiero que seas tú el árbitro de esto. Ahora bien, ¿qué queremos decir con esa palabra nuestra “política”? Verás, soy ingeniero de profesión, y me gusta pensar que bastante bueno, y para mí la política es sólo una cuestión de hacer bien la ingeniería. Si tienes una máquina que funciona correctamente sin mucha atención, entonces es obviamente una buena máquina. Eso es de lo que debería tratar la política. Y si la máquina tiene piezas de funcionamiento sencillas que cualquier profano puede entender, entonces es, por así decirlo, tu máquina democrática. ¿Tengo razón o me equivoco?”

–Qué locura –dijo Makhno y se rascó la nariz.

“¿Qué?”

“No tienes razón ni estás equivocado. Estás loco”.

Esto me divirtió y Makhno se dio cuenta, pero Birchington estaba desconcertado.

–Yo diría que es sensato –dijo–. Muy sensato, en efecto. Como una buena máquina. Eso es sensato, ¿no? ¿Qué es más sensato que una turbina de vapor que funcione correctamente, por ejemplo?

“Tonterías racionalistas”, pronunció Makhno, y pronunció la “r” con ese tono irónico que sólo los eslavos tienen.

–¿Y qué hay de tus propias tonterías románticas? –quiso saber Birchington–. Hazlo explotar todo y empieza de nuevo, ¿eh?

“No hay peor solución que la tuya, pero no es eso lo que yo defiendo”.

“Es lo que importa, amigo, ese es tu anarquismo. ¡Bum!” Y se rió como alguien que nunca ha conocido el humor.

Aunque me daba pena Makhno (aunque no simpatizaba con su política), ya estaba harto de todo aquello. Con un murmullo de vaga disculpa, empecé a alejarme hacia donde estaban algunos de mis conocidos, fumando sus pipas y hablando de jerga aeronáutica, que en ese momento era preferible a todo lo que Birchington pudiera ofrecer.

Birchington me detuvo: “Espera un segundo, anciano. Lo que quiero que me digas es esto: sin gobierno, ¿quién toma las decisiones?”.

“La gente”, dijo Makhno.

Me encogí de hombros. “Teniendo en cuenta la hipótesis tal como está planteada”, dije, “nuestro amigo ucraniano tiene toda la razón. ¿Quién más podría tomar una decisión?”.

“¿Cómo hacerlo?”

“Por consenso”, afirmó Makhno.

–¡Ja! –Birchington estaba triunfante–. ¡Ja! ¿Y qué es eso, sino socialismo democrático? Que es exactamente en lo que creo.

“Creía que creías en las máquinas” no pude resistirme a este comentario.

Birchington no captó mi pequeña ironía, como tampoco captó todas las de Makhno. “Una máquina democrática y socialista”, dijo, como si se dirigiera a un niño.

–Eso no es anarquismo –dijo Makhno con terquedad. Pero no estaba tratando de convencer a Birchington. Más bien, estaba tratando de alejarlo.

–Veo que algunos de mis colegas quieren hablar conmigo –le dije a Birchington. Le guiñé un ojo a Makhno y me marché. Pero Birchington me persiguió–. Según todos los informes, usted es un piloto de aeronaves, al igual que estos tipos. ¿No cree que hay que utilizar la mejor maquinaria, los motores que menos probabilidades tienen de fallar, los sistemas de control que funcionen de la forma más sencilla posible...?

“Los dirigibles no son países”, dije. Por desgracia, un segundo oficial desprevenido del destruido Duchess of Salford me escuchó sin percatarse de Birchington.

“Pueden serlo”, dijo. “Como los países pequeños. Quiero decir, todos tienen que aprender a llevarse bien...”

Lo dejé con Birchington. Cuando se dio cuenta de en lo que se había metido, una expresión de evidente consternación se dibujó en su joven rostro. Lo saludé con la mano a espaldas de Birchington y me alejé.

Iba a ser una de mis escapadas más fáciles del Aburrimiento de Rishiri. El hecho de que yo fuera un prisionero y empezara, como muchos otros, a inquietarme mucho era bastante malo. Era el Purgatorio. Pero Birchington lo estaba convirtiendo en el Infierno. Todavía me sorprende que nadie lo asesinara. Se volvió imposible evitarlo.

Al principio intentamos hacerle bromas para librarnos de él y luego reírnos de él, después le tratamos con absoluta grosería, pero era inútil tratar de insultarlo o de cambiar su comportamiento. A veces lo ofendíamos, pero él se reía o lo obviaba, si se sentía herido, a los pocos minutos; y yo tenía la compasión de todos porque él seguía, sin importar lo que yo dijera o hiciera, considerándome su mejor amigo.

Creo que esa debe ser la razón por la que, cuando Greaves se acercó a mí con su plan de escape a medio terminar, acepté participar en él contra todo sentido común. Él y sus compañeros entusiastas del rugby tenían la intención de pasar por debajo de la alambrada por la noche e intentar capturar uno de los dos torpederos japoneses que habían anclado recientemente en el pequeño puerto de Rishiri. Desde allí, Greaves y compañía tenían la intención de intentar llegar a la parte continental rusa, que no había caído en manos de los japoneses.

Por supuesto, hubo varios intentos de fuga, pero todos fracasaron. Nuestros guardias estaban alerta; había dos pequeñas aeronaves de reconocimiento que vigilaban la pequeña isla, había reflectores, perros y toda la parafernalia de una prisión. Además, la isla se usaba como estación de combustible para los ataques contra Rusia (por eso estábamos allí, para evitar que bombardearan la base), por lo que normalmente había varias aeronaves grandes en el mástil cerca del puerto.

Era cierto, como argumentó Greaves, que no había ninguna aeronave militar visible en ese momento, pero no estaba seguro de que, como él dijo, esta fuera “la mejor oportunidad de escapar que tendremos jamás”.

Yo creía que había una pequeña posibilidad de escapar, así como una posibilidad razonable de que me mataran o me hirieran, pero me dije a mí mismo que, incluso si me hirieran, podría pasar un tiempo en el hospital, lejos de Birchington.

–Muy bien, Greaves –dije–. Puedes contar conmigo.

“Buen hombre”, me dio una palmadita en el hombro.

Esa noche nos reunimos de dos en dos o de tres en tres en la tienda de Olmeijer. El holandés no estaba a la vista. Habría sido demasiado corpulento para meterse en el túnel.

Greaves y sus compañeros de Rugby habían estado cavando. Era habitual reunirse en la cabaña por la noche para jugar al ping-pong o a los diversos juegos de mesa que proporcionaba la Cruz Roja. Solo tuvimos problemas ocasionales con los guardias, que tendían a echarnos un vistazo al azar. Como no controlaban nuestro número, teníamos muchas posibilidades de llegar todos al túnel antes de que sospecharan algo. Algunos de los tripulantes de dirigibles habían decidido quedarse atrás para cubrirnos.

Greaves iba a ir primero y yo, último. Uno a uno, los hombres desaparecieron bajo tierra. Y cuando estaba a

punto de seguirlos, me di cuenta de que el destino casi con certeza me estaba escogiendo para un castigo inusual. Birchington entró por la puerta de la cabaña.

Estaba a mitad de camino. Creo recordar que le sonreí débilmente.

–¡Mi señor, anciano! ¿Qué estáis tramando? –preguntó. Luego se animó–. ¿Una huida, eh? Buen espectáculo. ¿Un secreto, no? No diré ni una palabra. Supongo que cualquiera puede participar.

–Umm –dije–. En realidad, Greaves... –¿Mi amigo Greaves, eh? Fue idea suya. Muy bien. A mí me parece bien, amigo. Confío plenamente en Greaves. Y él querría que yo estuviera con él.

Uno de los tripulantes de dirigibles que estaba cerca de la ventana silbó que un par de guardias estaban en camino.

Me metí en el túnel y empecé a avanzar a trompicones. No había tiempo para discutir con Birchington. Escuché su voz detrás de mí:

“Abran paso a un pequeño”.

Sabía que se había unido a mí en el túnel antes de que la luz desapareciera mientras los tripulantes de dirigibles de arriba reemplazaban las tablas del piso.

Parecía que me arrastraba eternamente, mientras Birchington murmuraba y se disculpaba, chocaba constantemente contra mis pies y criticaba lo que él llamaba el “mal trabajo de ingeniería del túnel”. Se preguntaba por qué no se les había ocurrido pedirle su experta ayuda.

Salimos a una oscuridad perfumada. Detrás de nosotros estaban el alambre y las luces del campamento. Estábamos cerca del camino de tierra que descendía serpenteante hacia el puerto. Greaves y los marineros mercantes susurraban y gesticulaban en la oscuridad, como si todavía estuvieran eligiendo bando en un juego.

Birchington dijo con una voz que parecía anormalmente alta, incluso para él: “¿Cuál es el problema? ¿Necesitas un voluntario?”

Greaves se me acercó con urgencia. “Dios mío, hombre. ¿Por qué se lo dijiste?”

—No lo hice. Se enteró justo cuando los guardias estaban en camino.

“Pensé que te vendría bien un hombre más”, dijo Birchington. “Así que me ofrecí como voluntario. No olvides que soy un experto ingeniero”.

Oí a alguien maldecir y murmurar: “Disparad a ese cabrón”. Birchington, por supuesto, no se dio cuenta.

Greaves suspiró. –Será mejor que empecemos a bajar hacia el puerto. Si nos separamos...

Lo interrumpieron los inconfundibles sonidos de los motores de un dirigible en lo alto. “¡Maldita sea! Eso complica las cosas”.

El sonido de los motores se hacía cada vez más fuerte y era evidente que la nave se acercaba cada vez más. Comenzamos a agacharnos y a abrirnos paso entre los arbustos y árboles que había al costado de la carretera, en dirección al puerto.

De repente, detrás de nosotros se veía una luz y se oían disparos, el golpeteo constante de la artillería. Se oyó un grito agonizante cuando una bomba cayó a cierta distancia del Campamento. Por el camino se acercaban varios camiones llenos de soldados, así como un par de vehículos blindados y algunas motocicletas. El tiroteo continuó hasta que me di cuenta de que los zeppelines estaban atacando. Algo pasó zumbando a mi lado, justo por encima de mi cabeza. Parecía un planeador de un solo tripulante. Estos ingeniosos dispositivos eran mucho más manejables que los paracaídas para el desembarco de tropas. Parecía que se estaba produciendo una incursión y que nos habíamos visto atrapados en medio de ella.

Greaves y sus muchachos decidieron no desviarse de su plan. “Nos aprovecharemos de la confusión”, dijo.

Birchington gritó: “Digo, cálmate. Tal vez deberíamos esperar y ver qué...”

–¡No hay tiempo! –gritó Greaves–. No sabemos de qué se trata todo esto. Vayamos a esa nave.

–Pero supongamos que...

–Cállate, Birchington –dije. Estaba dispuesto a seguir el ejemplo de Greaves. Sentí que ahora no tenía muchas opciones.

–¡Esperad! –gritó el ingeniero–. Detengámonos un momento y pensemos. Si mantenemos la cabeza fría...

–Estás a punto de perder la tuya a manos de una espada samurái –gritó Greaves–. Ahora, por el amor de Dios, cállate, Birchington. Quédate donde estás o ven con nosotros en silencio.

–¿En silencio? Me pregunto qué quieres decir cuando dices...

Su voz monótona era una fuente de miedo mayor que cualquier bomba o bala. Todos aceleramos a toda velocidad. Para entonces, las ametralladoras ya estaban disparando, tanto desde tierra como desde atrás. Nunca antes había rezado por la muerte de otro ser humano, pero esa noche recé para que alguien le diera a Birchington un golpe directo entre los ojos y nos salvara.

Los japoneses se dirigían hacia el campo, así que tuvimos suerte. Todavía no buscaban a prisioneros fugitivos. Incluso cuando nos vieron, nos tomaron por soldados enemigos. Nos dispararon, pero no nos persiguieron.

Llegamos a las afueras del pueblo. Atravesar las calles sin ser vistos iba a ser la parte difícil.

Una vez más tuvimos suerte, porque lo que ocurría detrás de nosotros distraía la atención de todas las tropas. El mayor peligro lo constituía la voz de Birchington: “¡Compañeros, esperadme!”. Un pequeño destacamento de infantería japonesa oyó su voz y de inmediato empezó a disparar a lo largo del callejón por el que habíamos entrado. Greaves cayó junto con un par más.

Me arrodillé junto a Greaves y le tomé el pulso. Le habían disparado en la nuca y estaba casi muerto. Otro tipo también estaba muerto, pero el superviviente sólo tenía heridas leves. Pasó su brazo por encima de mi hombro y continuamos hacia el puerto. Para entonces estábamos bastante histéricos y gritábamos como locos a Birchington mientras los soldados japoneses volvían a abrir fuego detrás de nosotros. “¡Cállate, maldito idiota! ¡Greaves está muerto!”.

“¿Muerto? Debería haber tenido más cuidado...”

–¡Cállate, Birchington!

Llegamos al muelle y nos metimos directamente al agua, como habíamos planeado, nadando hacia el barco más cercano, una mancha blanca y roja en la neblinosa luz eléctrica del puerto. Escuché a Birchington detrás de mí.

–¡Oigan, muchachos! ¡Oigan! ¿No se dieron cuenta de que no sé nadar?

Esta información pareció darme más energía. Sosteniendo al herido, nadé lentamente hacia el MTB. Algunos de los marineros ya estaban subiendo por sus costados. Me sentí aliviado al no oír más disparos. Tal vez habíamos logrado sorprenderlos, después de todo.

Cuando finalmente llegué al MTB, me habían tendido una escalera de cuerda. Levanté al hombre herido y lo sujeté mientras subía. Creo que todavía podía oír los gritos terribles de Birchington desde el puerto:

–Oiga, muchachos, esperen un momento. ¿Puede alguien enviar un bote a buscarme?

Endurecí mi corazón. En ese momento debo admitir que no me importaba un bledo la vida de Birchington.

Cuando llegué a cubierta, estaba jadeante de cansancio. Miré a mi alrededor, esperando ver marineros japoneses capturados. En cambio, vi los uniformes blancos del personal de la Armada rusa. Un joven teniente, con la gorra ladeada, la guerrera desabrochada, un revólver y un sable en las

manos, me saludó con su espada. “Bienvenido a bordo, señor”, dijo en un inglés perfecto. Me sonrió con esa sonrisa salvaje y despreocupada que sólo tienen los rusos. “Parece que ambos tuvimos la misma idea”, dijo. “Soy el teniente Pyatnitski, a su servicio. Tomamos este barco sólo veinte minutos antes de que usted llegara.”

“¿Y las aeronaves de ahí atrás?”

“Rusas. Espero que estemos rescatando a los prisioneros en este mismo momento”.

“Estáis utilizando un montón de cosas para unos pocos prisioneros”, dije.

“Mientras los prisioneros estén en la isla”, dijo Pyatnitski pragmáticamente, “no podemos bombardear la estación de servicio”.

Uno de los marineros ingleses dijo: “Pobre Greaves. Murió por nada”.

Me apoyé en la barandilla. Desde el muelle todavía podía oír la terrible voz de Birchington, suplicante y desesperada: el llanto de un niño asustado.

Capítulo XII

DE NUEVO EN SERVICIO

Si alguien me hubiera dicho, antes de entrar en el Templo de Teku Benga, que algún día me alegraría de unirme al servicio ruso, no sólo me habría reído de ellos, sino que, si hubieran insistido, probablemente les habría dado un puñetazo en la nariz. En aquellos días, Rusia era la mayor amenaza para nuestras fronteras en la India. A menudo existía la amenaza de una guerra abierta, porque así era. Era bien sabido que tenían ambiciones territoriales en Afganistán, si no en ningún otro lugar. El hecho de que el Imperio japonés y el Imperio ruso se enfrentaran por qué partes del sudeste asiático y China quedarían bajo su control fue probablemente una suerte para los británicos. La guerra bien podría haber tomado un giro diferente, con Japón y Gran Bretaña como aliados, si las ambiciones rusas, en este

mundo, no se hubieran desviado hacia los restos desmoronados del Imperio chino. Gran parte de la razón de esto, por supuesto, fue el propio Kerensky.

El antiguo presidente de Rusia (y principal potencia de la llamada Unión de Repúblicas Eslavas, fundamentalmente los países conquistados por la Rusia imperial antes de la revolución socialista) deseaba conservar la amistad de Europa y América, y eso significaba que se había vuelto extremadamente cauto a la hora de ofendernos. Rusia necesitaba importar una gran cantidad de productos manufacturados incluso en ese momento y necesitaba mercados para sus productos agrícolas. Además, necesitaba tanta inversión extranjera como pudiera conseguir y estaba especialmente interesada en atraer capital británico y estadounidense. Había dado enormes pasos hacia adelante desde la exitosa –y casi incruenta– Revolución de 1905, que se produjo en un momento en que se estaba gestando otra guerra entre Rusia y Japón. Su tipo de socialismo humanista había producido una alfabetización casi universal y sus instalaciones médicas estaban entre las mejores del mundo. Había producido una clase media próspera y liberal y era muy raro, en estos días, encontrar el tipo de pobreza por la que Rusia, cuando yo era un niño, era famosa. En resumen, incluso entre la gente más conservadora, no había duda de que Rusia y sus dominios habían mejorado mucho gracias a Kerensky y sus socialistas.

Cualesquiera que sean las razones históricas, no había nada deshonesto en unirse a los rusos contra nuestro enemigo común. Cuando el submarino nos llevó, primero a Vladivostok y luego, nos llevaron en dirigible, a Khabarovsk, me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera comenzar a hacer algo de nuevo. El encarcelamiento por sí solo me había dejado frustrado. Cuando llegaron noticias de que se necesitaban ciudadanos británicos con experiencia en dirigibles para el brazo aéreo de la Flota de Voluntarios Rusos y que Whitehall nos estaba animando activamente a que nos uniéramos, me anoté inmediatamente, como hicieron la mayoría de los muchachos con los que estaba. A los pocos que teníamos experiencia militar, como yo, se nos dio la opción de servir en buques mercantes armados, volar en convoyes o en las fragatas y cruceros aéreos de escolta. Elegí unirme a las fragatas. No tenía ningún deseo particular de matar a mis semejantes, pero algo en mí sentía que quería asumir algo menos que un papel pasivo durante el resto de esta guerra en particular. He aprendido de mis experiencias que los políticos de cualquier país contra cualquier otro pueden generar odio y antagonismo racial, por lo que ya no era el patriota que había sido. Personalmente, sin embargo, y ahora sé que se trataba de un impulso infantil, sentí que los japoneses me habían causado muchos problemas y que podía luchar contra ellos tanto como cualquier otro. También, debo admitirlo, esperaba que no hubiera demasiados conflictos. Quería volar buenos y rápidos dirigibles. Y aquí, por fin, estaba mi oportunidad.

Tuvimos un programa de entrenamiento de dos semanas en Samara y sus alrededores, en el que aprendimos los detalles de las naves rusas, que fueron construidas y equipadas principalmente según los diseños del gran ingeniero Sikorski y en ese momento estaban entre las más modernas del mundo; luego nos asignaron a varias naves para obtener experiencia general. Me uní al crucero aéreo Vassarion Belinsky. Era un zeppelin hermoso y fácil de manejar, que zarpaba del gran aeródromo Lermontov a unas pocas millas al norte de Odessa, ese maravilloso puerto cosmopolita de donde han surgido tantos poetas, novelistas, pintores e intelectuales de habla rusa. Tuve unos días de permiso en Odessa antes de zarpar y disfruté esos días al máximo. Al estar en el Mar Negro, el puerto estaba relativamente intacto por la guerra y había más dirigibles mercantes en sus bahías que navales. Sus calles estaban abarrotadas de gente de todos los colores y naciones. Olía a especias, a comida de los cinco continentes, y había en ella un aire alegre y despreocupado, incluso en tiempos de guerra, que me pareció ejemplificar lo mejor del alma eslava.

Odessa tiene una gran población judía (es la capital de la judería rusa más allá de los límites, aunque en la Rusia de Kerenski se han abolido los límites, junto con todas las leyes antisemitas) y, por lo tanto, está llena de música, de empresas comerciales inteligentes y de romanticismo. Me enamoré de ella inmediatamente. No conozco ninguna otra ciudad como ella y a menudo deseo haber podido pasar más

tiempo explorando sus calles tortuosas, sus avenidas y paseos, sus centros turísticos y balnearios. No es, estrictamente hablando, una ciudad rusa. Es ucraniana, y los ucranianos insistirán en que los “barbudos” (su palabra para los grandes rusos) son intrusos; que Kiev, la capital de Ucrania, es el verdadero centro de la cultura eslava; que los moscovitas son advenedizos, extranjeros, recién llegados, tiranos, imperialistas, ladrones, oportunistas y casi cualquier otra cosa de ese tipo que se te ocurra. Es cierto que el Gobierno central de Moscú tiene el mayor poder sobre Ucrania, pero hay un espíritu en Odessa que, creo, niega cualquiera de las acusaciones de sus habitantes.

En Odessa aprendí mucho sobre el desarrollo de la guerra. En tierra, los japoneses habían logrado muchos avances al principio, pero ahora estaban siendo derrotados por la infantería rusa y británica; de hecho, ocupaban ya menos territorio que antes de la guerra. Todavía eran bastante poderosos en el aire y en el mar, y eran maestros de la estrategia, pero en general éramos optimistas sobre la dirección que estaba tomando el conflicto, ya que los holandeses y los portugueses también estaban fuera y, aunque sus armadas no eran grandes, eran extremadamente capaces.

Es cierto que la guerra habría terminado prácticamente si no hubiera sido por los problemas internos de Rusia. Éstos tendían a ser, entre la población de Odessa, un tema más importante que la guerra misma. Tal vez debido a la guerra,

había una amenaza de revolución en varias partes de la URSS. De hecho, partes enteras de Ucrania estaban en ese momento en manos de grandes ejércitos que se autodenominaban cosacos libres, muchos de ellos desertores de varios regimientos de caballería. Deduje que eran esclavófilos apasionados, opuestos a la “europeización” de sus tierras por parte de Kerenski; eran “nacionalistas” en el sentido de que abogaban por la independencia de todos los territorios que actualmente conformaban el Imperio ruso: Bohemia, Moravia, Polonia, Finlandia, Letonia, Estonia, Bulgaria, etc. Sus políticas y demandas parecían vagas, aunque socialistas en terminología, incluso cuando las oí discutir desde todos los aspectos, pero si era posible discutir eternamente sobre la interpretación de su ideología, todos coincidían en un cierto grado de fascinación por la personalidad principal entre los revolucionarios, el hombre misterioso conocido popularmente como el Zar de Acero. Se creía que era originario de Georgia y que su verdadero nombre era Josef Vissarionovich Djughashvili, un ex sacerdote con antecedentes de mesianismo⁷. Se lo conocía como el Zar de Acero porque solía llevar un casco de metal antiguo que le cubría la mayor parte del rostro. Había muchas explicaciones para esto; algunos pensaban que había sido desfigurado en la batalla, otros pensaban que sus rasgos habían sido horriblemente deformados desde su nacimiento. Se suponía que tenía un brazo atrofiado, era jorobado, tenía

⁷ Josef Vissarionovich Djughashvili es el verdadero nombre de Stalin. No llegó a ser sacerdote, sino que fue expulsado del seminario.

piernas artificiales y no era un ser humano en absoluto, sino una especie de autómata.

Debido a la atmósfera que rodeaba a Djugashvili, yo mismo sentí tanta curiosidad por él como los nativos. Seguí las noticias de los cosacos libres con el mismo interés que las noticias de las batallas de los dirigibles británicos en los cielos del Pacífico.

En Odessa me encontré con uno de los muchachos con los que había estado preso. Estaba a punto de embarcarse en un barco mercante británico. Me dijo que Birchington también trabajaba para los rusos, pero no estaba seguro de dónde. “Algún trabajo de ingeniería, supongo”. Olmeijer estaba en Yalta, dirigiendo un hotel propiedad del Estado.

La peor noticia, sin embargo, se refería a Dempsey. “Oí que se había tirado antes de que llegáramos a Japón. Parecía tan asustado de lo que le harían que, herido como estaba, prefirió suicidarse. Sólo Dios sabe por qué lo odiaban tanto. ¿Tienes alguna idea, Bastable?”

Negué con la cabeza, pero de nuevo experimenté ese peculiar escalofrío, una especie de reconocimiento, como si en algún lugar de mi interior supiera realmente lo que Dempsey había hecho.

Mi experiencia en Odessa fue tan intensa como breve y la extrañé, cuando salí en tren hacia el aeródromo, como si hubiera vivido allí durante años.

El Vassarion Belinsky era una maravilla. Utilizaba lastre líquido, que, al igual que el gas, podía calentarse o enfriarse para alterar su peso, y su aceleración de ascenso era, si la necesitábamos, similar a la de un cohete. Alcanzaba una velocidad máxima de 320 km/h, pero podía alcanzar una velocidad bastante superior con un buen viento a favor. Podía girar y descender como una marsopa y no había prácticamente nada que no se pudiera hacer con él.

Toda la tripulación, excepto yo, era rusa. El capitán LV Leonov era un piloto de aeronaves con mucha experiencia y un excelente dominio del inglés. Mi ruso era, naturalmente, limitado, pero suficiente para recibir y transmitir las órdenes apropiadas. Durante muchos años, Inglaterra se había mantenido con tanto éxito en el aire como en el mar, de modo que la mayoría de los pilotos de aeronaves tendían a utilizar el inglés como su primera lengua mientras estaban en el aire.

Cuando salimos del aeródromo de Lermontov en un amanecer fresco y soleado, ganando altura a través de una curva lenta y suave que revelaba cada vez más estepa a través de nuestros puertos de observación, el capitán Leonov dio órdenes en la cubierta de control y, de pie, de espaldas a

nuestro timonel, informó a sus oficiales de la misión del Belinsky.

No fui el único que se quedó sorprendido y decepcionado. Parecía que éramos víctimas de un típico embrollo burocrático moscovita y yo (ya que había firmado por un mínimo de un año) no podía hacer absolutamente nada al respecto.

El pesado rostro ruso de Leonov estaba serio y su voz sonora cuando empezó a leer las órdenes. Con la típica cortesía rusa, habló en inglés para mí.

“Debemos avanzar a toda velocidad hacia Yekaterinoslav, que en estos momentos está sufriendo un intenso ataque de las fuerzas rebeldes. Nos uniremos a otras naves bajo el mando del almirante del aire Krassnov”. Frunció el ceño. Era evidente que no le gustaba la misión, que implicaría dar órdenes, lo que inevitablemente conduciría a la muerte de otros rusos.

Todo el mundo estaba muy nervioso por la noticia. Habían esperado defender a su país contra los japoneses, pero en lugar de eso se les asignó una tarea de policía interior que todos los oficiales encontraron desagradable y degradante. A mí no me importaba perderme una pelea con los japoneses, pero me apenaba mucho no poder ver ninguna acción aérea real. Me había unido al servicio por una mezcla de

desesperación y aburrimiento. Parecía estar condenado a continuar en esas circunstancias.

Además, tarde o temprano tendría las manos manchadas de sangre, y sería la sangre de gente contra la que no tenía absolutamente nada en contra. No tenía ni idea de las cuestiones en cuestión. Los socialistas siempre están peleándose entre sí, debido al fuerte componente de mesianismo en sus credos, y yo no veía mucha diferencia entre la línea de Kerensky y la de Djugashvili. Mi único consuelo era que al menos podría tener la oportunidad de observar al Zar de acero (o, en todo caso, sus obras) de primera mano.

Pilniak, un segundo teniente de aproximadamente mi edad, con enormes ojos marrones y un rostro más bien aniñado (aunque no era para nada afeminado), agarró mi hombro uniformado (como él, yo vestía el azul pálido de la Fuerza Aérea Voluntaria Rusa) y se rió.

–Bueno, señor Bastable, va a ver a algunos cosacos, ¿eh? Un poco de la realidad que la mayoría de los europeos pasan por alto. –Bajó la voz y se mostró comprensivo–. ¿Eso le molesta? ¿El Zar de Acero en lugar del Mikado? –Nada –dije. Después de todo, pensé perversamente, originalmente me habían entrenado para luchar contra los rusos. Pero nunca he podido encontrar consuelo en el cinismo durante mucho tiempo y esto duró unos pocos segundos–. Tal vez descubramos si es humano o no.

Pilniak se puso serio. “Es humano y es cruel. Todo esto tiene tintes medievales, a pesar de que se proclaman socialistas y nacionalistas. Quieren volver a los tiempos de Iván el Terrible. Podrían destruir Rusia y todo lo que la Revolución logró. Incluso ha habido casos de pogromos en una o dos de las ciudades que han tomado, y sólo Dios sabe lo que está pasando en los distritos rurales. Deberían detenerlos lo antes posible. Pero están ganando apoyo popular todo el tiempo. La guerra hace aflorar estos sentimientos básicos. No siempre son controlables. Nuestros periódicos hacen sonar el tambor de la esclavofilia, del nacionalismo, en un esfuerzo por avivar el sentimiento patriótico contra los japoneses, y esto es lo que sucede”.

“Parece que hablas como si este levantamiento fuera inevitable.”

–Creo que sí. Kerensky nos prometió el Paraíso en la Tierra hace muchos años. Y ahora nos encontramos con que no sólo no hemos logrado el Paraíso, sino que además nos amenaza el Infierno, en forma de invasión. Esta guerra dejará muchas cicatrices, señor Bastable. Nuestro país no será el mismo cuando termine.

¿El Zar de Acero es una amenaza real?

“Lo que él representa, señor Bastable, es una auténtica amenaza”.

Capítulo XIII

COSACOS REVOLUCIONARIOS

Yekaterinoslav pronto estuvo debajo de nosotros y era evidente que la ciudad estaba siendo atacada. Podíamos ver humo y llamas por todas partes, pequeños grupos de figuras corriendo de aquí para allá en los suburbios, el ocasional estruendo de los disparos de cañón o los pequeños ruidos de los disparos de fusil.

Yekaterinoslav era una ciudad de estilo ruso antiguo, con muchos de sus edificios contruidos con madera: casas altas con una decoración elaboradamente tallada, las típicas cúpulas bulbosas de las iglesias, pináculos, torres, varios bloques de apartamentos contruidos con ladrillos y tiendas cerca del centro.

En el cercano río Dniéper, la mayoría de los barcos estaban en llamas o se habían hundido. De vez en cuando, un barco pasaba por la ciudad, con sus remos levantando espuma en el agua, y a veces soltaba uno o dos proyectiles. Evidentemente, se trataba de buques de guerra comandados por los revolucionarios.

Pilniak conocía bastante bien a Yekaterinoslav. Estaba a mi lado y nombraba calles y plazas. A cierta distancia de la ciudad, entre granjas demolidas y campos en ruinas, vimos el principal campamento cosaco: una mezcla de todo tipo de tiendas y chozas provisionales, incluido más de un vagón de tren, ya que la línea ferroviaria principal llegaba hasta Yekaterinoslav y gran parte de su ganado había sido capturado.

–Eso es –dijo Pilniak con cierta excitación–. La Hueste Cosaca Libre. Impresionante, debes admitirlo. –Se llevó los binoculares a los ojos–. La mayor parte de su artillería pesada está más adelante en la línea, junto con sus vehículos blindados. Están reservando la caballería para la carga final. Debe haber diez mil caballos allí abajo.

“No sirven de mucho contra las aeronaves”, dije. “Me parecen una turba bastante deplorable”.

“Espera a verlos pelear. Entonces sabrás cómo funcionan las tácticas de caballería”.

De hecho, me hizo bien al corazón oír a alguien hablar en esos términos. La última vez que había oído a gente hablar de tácticas de caballería había sido en el caos de mi propio mundo en 1902.

“Hablas como si estuvieras de su lado”, dije.

Hizo una pausa, bajó las gafas y luego dijo con seriedad: “Todo lo que es libre en el corazón ruso está representado por nuestros cosacos. Cada anhelo que tenemos está simbolizado por su forma de vida. Son crueles, a menudo analfabetos y, sin duda, poco sofisticados para los estándares de Petersburgo, pero son... son los cosacos. El Gobierno central nunca debería haber impuesto el reclutamiento. Se habrían presentado voluntarios a tiempo, pero querían demostrar que tomaban sus propias decisiones, no las de San Petersburgo”.

“¿Esta rebelión surgió como resultado del reclutamiento?” No había oído hablar de eso en Odessa.

–Es una de las razones, pero hay muchas. Tradicionalmente, los cosacos han disfrutado de cierta autonomía. Cuando los zares intentaron quitársela, siempre se encontraron en problemas. Tienen grandes comunidades, las llamamos Huestes, que eligen a sus propios oficiales, a su propio líder, el atamán, y son muy susceptibles, señor Bastable, en estas cuestiones.

“Aparentemente”, dije, “al destruir esta rebelión, sientes que de alguna manera estás destruyendo tu propio sentido de libertad, de romance”.

–Creo que sí –dijo Pilniak y se encogió de hombros–. Pero tenemos órdenes, ¿no?

Suspiré. No le envidiaba su dilema.

Los cosacos habían avistado el zepelín. Hubo algunos disparos de artillería esporádicos desde tierra, algunos disparos de fusil, pero por suerte tenían poco o ningún armamento antiaéreo. Los pobres diablos serían presa fácil de nuestras bombas.

La nave giraba lentamente en dirección al aeródromo situado en el lado sur de la ciudad. Allí nos encontraríamos con los demás dirigibles de la Flota Voluntaria.

Pilniak siguió observando con sus binoculares. “Parece que se han perdido”, dijo. “Saben que no tienen mucho tiempo ahora”.

¿Intentarán tomar la ciudad entera con caballería?

“No es la primera vez que lo hacen, pero cuentan con fuego de cobertura hasta cierto punto y con algunos vehículos de combate blindados”.

“¿Quién defiende Yekaterinoslav?”, pregunté.

“Creo que lanzamos un poco de infantería hace un par de días, y también hay algo de artillería, como puedes ver. Sólo los enviaron para resistir hasta que llegáramos, si no me equivoco”.

Ahora podíamos ver el aeródromo. Ya había media docena de naves de buen tamaño amarradas al mástil. “Esos son transportes de tropas”, dijo, señalando el más grande. “Por la forma en que están en el aire, diría que todavía tienen a la mayoría de sus hombres a bordo”.

Mientras hablaba, el capitán subió a cubierta detrás de nosotros y nos saludó: “Caballeros, hemos recibido órdenes por radio”.

Nos acercamos a él. Se secaba la frente con un gran pañuelo marrón. Parecía que apenas controlaba su propia agitación. “Vamos a avanzar en escuadrón con otras tres naves, alquiladas por el Afanasi Turchaninov, y desde allí lanzaremos nuestras bombas sobre el campamento rebelde antes de que puedan sacar sus caballos”. Estaba claramente asqueado por la declaración. Fuera lo que fuese lo que habían hecho los cosacos, por crueles que fueran, por locas que fuesen sus ambiciones, no merecían morir de esa manera.

Su anuncio fue recibido con silencio en toda la cubierta de control.

El capitán se aclaró la garganta. “Caballeros, estamos en guerra. Esos soldados que están ahí abajo son tan enemigos de Rusia como los japoneses. Se podría decir que son peores enemigos, porque son traidores que se vuelven contra su país en el momento de mayor necesidad”.

No hablaba con autoridad. No habría importado mucho si los jinetes eran japoneses, pero aun así me parecía terriblemente vergonzoso hacer lo que estábamos a punto de hacer. Sentí que el destino me había atrapado una vez más en una situación moral sobre la que no tenía control.

Algunos de mis compañeros oficiales empezaron a murmurar y a fruncir el ceño. Pilniak saludó. Capitán Leonov. –Señor, ¿vamos a lanzar bombas directamente sobre los cosacos?

–Esas son nuestras órdenes.

“¿No podríamos simplemente bombardearlos, señor?”, dijo otro joven oficial. “Para asustarlos”.

–Esas no son nuestras órdenes, Kostomarov.

–Pero señor, somos tripulantes de dirigibles. Nosotros...

“Somos servidores del Estado”, insistió el capitán, “y el Estado exige que bombardeemos a los cosacos”. Nos dio la espalda. “Bajen a doscientos pies, timonel”.

–Doscientos pies, señor.

Los murmullos continuaron hasta que el capitán se dio la vuelta, con el rostro rojo de ira. “A sus puestos, caballeros. Bombarderos: presten atención a sus palancas”.

Hicimos lo que nos habían ordenado con seriedad. De los mástiles, que ahora estaban detrás de nosotros, surgieron otros tres dirigibles. Dos se posicionaron a babor y estribor, mientras que el líder iba delante de nosotros. Había una atmósfera fúnebre en toda la operación. Mientras daba sus órdenes, la voz del capitán era baja y sombría.

La radio empezó a zumbiar. Nuestro operador levantó el instrumento. “Es el buque insignia, señor”, le dijo al capitán. El capitán se acercó al equipo y empezó a escuchar. Asintió una o dos veces y luego dio nuevas órdenes al timonel. Parecía casi alegre. “Señores”, dijo, “los cosacos ya están cargando. Nuestro trabajo ahora será tratar de dispersarlos”.

La tarea no era precisamente agradable, pero cualquier cosa empezaba a parecer mejor que bombardear un campamento. Al menos sería un objetivo en movimiento.

Capítulo XIV

LOS ZEPELINES NEGROS

Dudo mucho, Moorcock, que alguna vez conozcas la experiencia de enfrentarte a una carga de batalla cosaca, o, de hecho, que alguna vez la presencias desde la cubierta de control de un sofisticado crucero aéreo.

Liderados por el buque insignia del almirante Krassnov, nos acercamos cada vez más al suelo para dar precisión a nuestros torpedos aéreos. Cuando nos aproximamos, estábamos apenas a quince metros de altura y frente a nosotros había una montaña de polvo negro en la que se recortaban las siluetas de hombres y caballos. Al menos, aquello parecía más una lucha justa.

De pie en el puente, mirando hacia adelante, el capitán Leonov dio la orden:

“Suelta Volley Número Uno.”

Se presionaron las palancas y, desde sus tubos en la proa de la góndola, los torpedos aéreos volaron hacia la hueste cosaca que gritaba. Los torpedos emitían un ruido agudo cuando sus alas cortantes cortaban el aire y luego se escuchó un estruendo profundo cuando entraron en las filas cosacas. Sin embargo, a pesar de lo inevitablemente letales que eran, los torpedos apenas parecieron hacer una diferencia mínima en el impulso de la carga.

A continuación, cuando los jinetes pasaron por debajo de nosotros, lanzamos nuestras bombas, elevándonos hasta unos ciento cincuenta pies y luego volviendo a descender para disparar otra andanada de torpedos. El barco crujió ante el rápido giro y retorno del timón por parte del timonel, ante la mano segura del timonel en altura sobre sus controles de válvulas. Nunca he volado en un barco más hermético y mientras hacíamos nuestro sangriento trabajo rezaba por la oportunidad de un enfrentamiento real con naves de igual maniobrabilidad.

Los cosacos se separaron cuando los atacamos de nuevo y, al principio, parecía que entraban en pánico. Luego me di cuenta de que eran rupturas tácticas para alejarse de nuestra línea de fuego directa. Demostraban una disciplina enorme en la equitación. Ahora entendí de qué había estado hablando Pilniak. Y, admirando tanto coraje y habilidad, me sentí aún menos satisfecho conmigo mismo por lo que estaba haciendo.

Por orden de radio del buque insignia, lanzamos la última de nuestras bombas y nos elevamos rápidamente. Ahora podíamos ver los resultados de nuestro ataque. Hombres y caballos muertos y moribundos estaban esparcidos por todas partes. El suelo estaba lleno de cráteres, salpicado de carne roja y huesos rotos. Era repugnante.

Pilniak tenía lágrimas en los ojos. “La culpa de esto la tiene ese staretz⁸, el cura loco Djugashvili. No es un socialista. Es un nihilista lunático que está desperdiciando la vida de esos pobres muchachos”.

Es bastante común transferir la propia culpa a un villano fácil, pero estaba obligado a estar de acuerdo con él sobre el llamado Zar de Acero.

Sin embargo, no fue la primera vez que deseé que el dirigible nunca hubiera existido. Su capacidad de destrucción era aterradora.

En el puente, el capitán Leonov estaba pálido y silencioso. Daba sus órdenes en un ruso tenso y tranquilo.

Cada vez que mis ojos se cruzaban con los de uno de mis compañeros de vuelo, parecía que compartíamos los mismos pensamientos. Éste podría ser el comienzo de una guerra

⁸ Un stárets es una persona que desempeña su función como consejero y maestro en monasterios ortodoxos. Recordemos que en la novela, donde no se ha producido el golpe de estado bolchevique, Stalin, no es expulsado del seminario, y llega a ser sacerdote, un staretz.

civil. No hay nada más angustioso, ningún tipo, que describa tan rápidamente la inutilidad de que un humano mate a otro. He estado destinado, por una razón que no puedo comprender o sin ninguna razón en absoluto, a presenciar los peores ejemplos de guerra insana (y todas las guerras, me parece ahora, son eso) y a tener que escuchar las explicaciones más ridículas sobre su “necesidad” de parte de personas por lo demás perfectamente racionales. Hace tiempo que me he cansado, Moorcock, del debate. Si te parezco de un humor más conciliatorio que cuando tu abuelo me conoció por primera vez es porque he aprendido que ningún individuo es responsable de la guerra, que todos somos, al mismo tiempo, individualmente responsables de los males de la condición humana. Al aprender esto –y estoy a punto de contarte cómo lo aprendí– asimilé una cierta tolerancia hacia mí mismo y hacia los demás que nunca antes había poseído.

No habíamos conseguido detener la carga cosaca, aunque la habíamos debilitado. Cuando regresábamos al aeródromo vi la segunda etapa de nuestra estrategia. En las afueras de la ciudad, los grandes transportes de tropas estaban soltando su “carga”.

Cada soldado descendió de las grandes góndolas sobre sus propias y delgadas alas.

En formación irregular, la infantería aerotransportada comenzó a planear hacia la tierra, guiándose sobre pares de

velas de seda hasta el suelo, donde se reagruparon, plegaron sus alas en sus mochilas y marcharon hacia las trincheras ya preparadas para ellos. A continuación, en grandes paracaídas, aterrizaron piezas de artillería que se movieron eficientemente a sus posiciones. Cuando la hueste cosaca se acercó a los suburbios, fue recibida por una repentina ráfaga de fuego. Oí fusiles y ametralladoras, el estallido de obuses y cañones de campaña.

Pilniak me dijo: “Me gustaría estar allí abajo con ellos”.

Simplemente deseaba no estar cerca de Yekaterinoslav. “¿El Zar de Acero lidera sus propios ejércitos?”, pregunté. Tal vez esperaba que el hombre al menos hubiera muerto por su locura.

–Dicen que sí –dijo Pilniak haciendo una mueca–. Pero ¿quién puede estar seguro? Supongo que es un hombre bastante mayor.

“¿Cómo es posible que un sacerdote georgiano se convirtiera en atamán cosaco?”, pregunté. “¿No te parece extraño?”.

“Lleva años en esta parte del mundo. Un cosaco es una especie de persona, no un miembro de una raza como tal. Eligen a sus líderes, como ya te he dicho. Debe tener coraje y una personalidad poderosa. Además, sospecho que tiene el don de apelar al orgullo de la gente. El Gobierno central ha

humillado a los cosacos que saben que si no hubieran apoyado la Revolución, ésta se habría derrumbado.

La revolución empezó donde solían empezar siempre nuestras antiguas sublevaciones, aquí en el sur, en las “zonas fronterizas” (eso es lo que significa Ucrania). Podría haber degenerado en pogromos y matanzas civiles, pero los cosacos habían sido maltratados por el zar, utilizados mal en la guerra contra Japón, por lo que se aliaron con los socialistas y ayudaron a establecer el primer parlamento efectivo, nuestra Duma, que a su vez provocó la abdicación del zar Nicolás. Fueron los cosacos los que sentaron a Kerenski en la silla presidencial. Fueron los cosacos los que pusieron su retrato en lugar del del zar.

–Tú y tus iconos... –empecé, pero Pilniak hablaba con paso apasionado.

“Es natural que los cosacos se sientan humillados por Kerenski. Le dieron el poder a cambio de su propia autonomía. Lo ven como un traidor, como un atentado contra sus libertades. Aquel día de octubre de 1905, cuando se presentó ante la Duma y los representantes de todas las huestes cosacas, habló de “libertad eterna” para los cosacos. Ahora parece que está cometiendo exactamente los mismos errores que el zar Nicolás y está pagando el precio.”

–Pareces confundido en tus lealtades –dije.

“Soy fiel a nuestros ideales socialistas. Kerensky es viejo. Quizá acepte malos consejos, no lo sé”.

Volví la vista atrás y vi la carnicería, asombrado de que aquellos jinetes salvajes y atávicos pudieran tener tanta influencia en el curso de la historia moderna. Si era cierto que sólo habían exigido su propia libertad, más que el poder político como tal, entonces no era sorprendente que se sintieran traicionados por aquellos a quienes habían apoyado. Había muchos pueblos que habían compartido su experiencia a lo largo de la historia.

“Djugashvili les promete que recuperarán sus antiguas libertades”, dijo Pilniak con amargura, “y la única libertad que les ofrece en realidad es la libertad de la muerte. En el fondo sigue siendo un sacerdote campesino. Maldicen a Rusia. Tienen algo a lo que el pueblo ruso no puede resistirse”.

“¿Esperanza?”, dije secamente.

–Sí, en otro tiempo. ¿Pero ahora? Nuestro país tiene una alfabetización casi universal, un servicio médico gratuito que es la envidia del mundo, nuestro nivel de vida es más alto que el de la mayoría. Somos prósperos. ¿Por qué deberían necesitar un staretz?

“Esperaban el cielo. Tú mismo lo dijiste. Tu Duma socialista parece haberles proporcionado sólo la Tierra, una realidad familiar, aunque mejorada”.

Pilniak asintió. “Los esclavos siempre hemos esperado más, pero hasta Kerenski habíamos conseguido mucho menos. ¿Qué podría hacer por nosotros el Zar de acero?”

“Eliminar la responsabilidad personal”, dije.

Pilniak se rió. “Nunca nos ha gustado eso. Vosotros, los anglosajones, sois los que os lleváis la parte del león, ¿eh?”

No entendí su punto de vista. Al ver esto, Pilniak agregó amablemente: “En cierto modo, todavía estamos gobernados por nuestra Iglesia. Somos un pueblo más maldecido por la religión y sus manifestaciones y suposiciones que cualquier otro. El Zar de Acero, con su socialismo mesiánico, nos ofrece la religión de nuevo, tal vez. Ustedes, los ingleses, nunca han tenido la misma necesidad de Dios. Hemos conocido la desesperación y la conquista con demasiada frecuencia como para ignorarlo por completo”. Se encogió de hombros. “Viejos hábitos, señor Bastable. La religión es la panacea para la derrota. Tenemos una gran tendencia a racionalizar nuestra desesperación en términos místicos y utópicos”.

Empecé a comprenderlo. “¿Y sus cosacos están dispuestos a matar para lograr ese sueño, en lugar de aceptar la filosofía de compromiso de Kerensky?”

“Para ser justos, también están dispuestos a morir por el sueño”, dijo. “Son niños. Son viejos creyentes, en ese sentido. No hace mucho, todos los rusos eran niños. Si Djughashvili se sale con la suya, volverán a ser niños. El error de Kerenski siempre ha sido que se negó a convertirse en un patriarca, o, como usted ha dicho, en un icono.” Sonrió. “Aunque en su época estuvo cerca de serlo. El socialismo de Petersburgo parece frío para gente como nuestros cosacos, que prefieren adorar personalidades que abrazar ideas.”

Compartí su ironía: “Los haces sonar como estadounidenses”.

“Todos lo tenemos dentro, señor Bastable, especialmente en momentos de estrés”.

Los cruceros se acercaban a los mástiles y se preparaban para anclar. El capitán Leonov nos recordó nuestras obligaciones y regresamos a nuestros puestos en el puente.

Nunca debimos atracar.

Cuando el sol empezó a hundirse en la estepa, llenando el paisaje con el suave crepúsculo ruso, Pilniak señaló con alarma hacia el este.

–¡Naves, señor! –gritó al capitán–. ¡Son unas diez!

Avanzaban rápidamente: buques de guerra de tamaño mediano, negros desde la corona hasta la góndola, sin insignias ni marcas de ningún tipo, y mientras volaban disparaban.

Sólo teníamos nuestros cañones ligeros y no nos quedaban bombas ni torpedos. Antes de atacarnos, estos barcos evidentemente habían esperado hasta que hubiéramos agotado nuestra principal potencia de fuego.

Otro de los cruceros recibió un terrible bombardeo, tan fuerte que fue lanzado de costado en el aire justo antes de que sus cables de amarre se conectaran con el mástil. Intentó salir a flote, pero los proyectiles explosivos impactaron en el casco y la góndola con enorme fuerza. Uno o dos de sus cañones explotaron y fueron respondidos por una descarga aún más feroz. Debieron haber alcanzado los suministros de combustible, porque se produjo un incendio en la popa de estribor de su góndola. También estaba agujereado y se sacudía como una ballena arponeada mientras descendía hacia los edificios del aeródromo, se estrelló contra un mástil, se desplomó y se desplomó inútilmente en el suelo. La tripulación de tierra corrió rápidamente hacia él, preparándose para combatir el fuego y salvar a su dotación si podían.

Apresuradamente el capitán Leonov ordenó a nuestros artilleros que se dirigieran a sus distintas posiciones alrededor de la góndola.

–¿De quién son esas naves? –le grité a Pilniak.

Sacudió la cabeza. “No lo sé, pero evidentemente no son japoneses. Están luchando para los cosacos”.

El capitán Leonov estaba en el equipo de radio, conferenciando con el buque insignia de Krassnov, que, como podíamos ver, estaba recibiendo un fuerte bombardeo. Los zepelines negros parecieron distinguir uno de nuestros buques a la vez. Habló rápidamente en ruso. “Da-da-ya panimayu...” Luego: “Dos mil pies, timonel de altura. A toda velocidad, margen mínimo”. Esto significaba que íbamos a tener que agarrarnos a la cabeza y al estómago mientras el barco comenzaba a dispararse hacia arriba.

Nos agarramos a los pasamanos. Mientras subíamos, también giramos para apuntar nuestros cañones de treinta libras sin retroceso más grandes a los dirigibles negros que teníamos debajo. Fue una hermosa muestra de habilidad aérea y fue recompensada casi de inmediato cuando logramos dos buenos impactos en una de las naves enemigas que iban en cabeza. Aunque me daba vueltas la cabeza, estaba eufórico. ¡Para eso me había unido al servicio!

Dos naves enemigas se separaron de la flota y comenzaron a acercarse a nosotros, pero sin la velocidad, la eficiencia o la habilidad del Vassarion Belinsky. En ese momento, no teníamos mucho más que nuestra superioridad en la aviación, ya que nos superaban en armamento y en número. Seguimos ascendiendo, pero a un ritmo más lento, sin dejar de disparar a los dos barcos negros que navegaban hacia arriba, implacables y letales, como tiburones que se acercaban para matar.

Llegamos a las nubes.

–Avancemos a media velocidad –ordenó el capitán Leonov al timonel. Ahora estaba muy tranquilo y tenía una peculiar sonrisa en el rostro. Era evidente que prefería ese tipo de combate, por peligroso que fuera, al que nos habíamos visto obligados a enfrentar al principio.

“Apaguen los motores”, ordenó el capitán. Ahora estábamos a la deriva, parcialmente ocultos por las nubes, inaudibles para nuestros enemigos.

–¿Vamos a enfrentarnos a ellos, señor? –quiso saber Pilniak.

Leonov frunció los labios. –Creo que tendremos que hacerlo, teniente Pilniak, pero quiero sacar la mayor ventaja posible. Gire las aletas principales dos puntos a babor, timonel.

El barco empezó a acercarse lentamente.

–Otros dos puntos –dijo el capitán. Su mirada era fría y dura mientras observaba la nube.

–Otro punto. Casi habíamos dado un giro completo.

–¡Motores en marcha! –dijo Leonov–. ¡Adelante a toda velocidad!

Nuestros motores diésel cobraron vida con un chirrido mientras nos sumergíamos de nuevo en el cielo abierto. Era un limbo gris, con nubes debajo de nosotros y un cielo cada vez más oscuro encima. Bien podríamos encontrarnos luchando de noche, usando nuestros reflectores para buscar antagonistas. Sería un juego del escondite, que podría durar hasta el amanecer o incluso más. El capitán Leonov se estaba preparando claramente para esto, intentando ganar tiempo. A estas alturas nuestros barcos hermanos supervivientes habrían intentado la misma táctica. No teníamos muchas opciones, porque estábamos prácticamente indefensos en cualquier tipo de enfrentamiento directo.

“Apaguen los motores”. Volvimos a la deriva, esperando avistar las naves negras. El viento golpeaba nuestros cables exteriores y los hacía cantar. Las estrellas habían empezado a aparecer en lo alto.

Pilniak se estremeció. “Es como si el mundo hubiera dejado de existir”, murmuró.

Entonces los vimos, abajo y aproximadamente a media milla por delante.

Ellos también nos habían visto y se acercaban rápidamente.

“¡Motores a tope!”

Nuevamente nuestros motores diésel gritaron.

“Tres puntos a estribor, timonel.”

Nos giramos de manera que quedamos de frente a los barcos negros.

“¡Disparen todas las armas!”

Les ofrecimos una andanada que fue, en mi opinión, una obra maestra de artillería, enviando una ráfaga de proyectiles en un vector hacia ambos barcos, que navegaban prácticamente uno al lado del otro.

A uno de ellos le dimos un golpe muy fuerte, dañando evidentemente sus motores, porque empezó a girar con el viento, prácticamente sin control. No teníamos proyectiles explosivos y los cascos enemigos podían resistir todo, salvo un impacto total a corta distancia de nuestros cañones, así que nos concentramos en sus motores y sus álabes de control. Era lo mejor que podíamos hacer.

La segunda nave comenzó a ponerse a cubierto entre las nubes bajas y pudimos ver que estaba en contacto telefónico inalámbrico con sus compañeras, pues mientras la nave dañada se retiraba, otras dos comenzaron a ascender. No pudimos ver nada de nuestras naves hermanas y tuvimos que suponer que habían tomado medidas evasivas o que las habían derribado.

La góndola se sacudió violentamente y casi perdí el equilibrio cuando nuestro casco recibió al menos un impacto directo.

–Descenso rápido en altura, timonel –ordenó nuestro capitán.

Caímos a través del cielo como una piedra hasta que estuvimos debajo de la nave enemiga, disminuyendo la velocidad, según me pareció, justo antes de tocar el suelo.

“A toda velocidad hacia popa.”

Corrimos hacia atrás por una estepa desierta. No se veían ni la ciudad ni los cosacos. El capitán Leonov había elegido su propia zona de batalla.

Los barcos negros nos persiguieron de cerca, intentando imitar nuestras tácticas.

Uno de los barcos no logró salir a flote a tiempo y se estrelló contra el suelo con un golpe fuerte. Su góndola y todos los

que iban a bordo debieron de quedar hechos añicos. Comenzó a subir a trompicones de nuevo y pudimos ver que había dejado atrás una gran cantidad de escombros. No era más que un casco a la deriva.

Leonov aprovechó la oportunidad. –La utilizaremos como cubierta. Póngase detrás de ella si puede, timonel. Adelante, a media velocidad. Un punto a babor.

Justo cuando nos acercábamos escorando al dirigible en ruinas, los cañones de su compañero empezaron a disparar. Alcanzaron el casco y los proyectiles estallaron por todas partes, pero nosotros solo sufrimos una conmoción leve. Nos acercamos a él, disparando todos nuestros cañones a la vez, y una vez más logramos dañar las paletas y los motores del buque de guerra más cercano.

Estaba anocheciendo. De repente, se encendieron los reflectores y nos cegaron mientras estábamos en el puente. El capitán Leonov dio la orden de encender nuestros propios sistemas eléctricos. Así seríamos visibles para el enemigo, pero al menos no estaríamos completamente cegados.

–Envíales otra andanada –dijo el capitán Leonov en voz baja.

Nuestros cañones buscaron la fuente de los reflectores y vimos que el último zepelín negro empezaba a retroceder hacia arriba, tal vez intentando atraernos para perseguirlo.

El capitán Leonov sonrió con una sonrisa sombría y experimentada y sacudió la cabeza. “Ascenso a media velocidad, motores lentos en popa”.

Nos alejamos del enemigo y volvimos a las nubes. Las magníficas tácticas de nuestro capitán me impresionaron muchísimo.

Pilniak estaba eufórico, a pesar de sí mismo. “Esto les demuestra lo que es la verdadera lucha aérea”, dijo. Me dio una palmada en el hombro. “¿Qué opina, señor Bastable?”.

Yo no era capaz, por naturaleza, de mostrar las mismas emociones que el ruso, pero me volví, sonriendo, y le estreché la mano. “Nunca he visto nada igual”, dije.

La nave negra había apagado sus reflectores y había desaparecido.

–Creo que tendremos que esperar hasta la mañana –dijo el capitán Leonov–. Gracias, caballeros. Son una tripulación excelente.

La media luna ya era visible, aparentemente enorme en el cielo. Una vez más, el capitán dio la orden de parar todos los motores. Los rusos vitoreaban y se abrazaban, absolutamente encantados por lo que solo podía considerarse una victoria contra unas probabilidades casi imposibles.

Una o dos horas después, mientras descansábamos y debatíamos los movimientos de la mañana, y nuestro operador intentaba obtener instrucciones inalámbricas de Yekaterinoslav y luego, cuando eso falló, de Kharkov, el barco fue sacudido repentinamente por un golpe poderoso.

Al principio pensamos que nos habían alcanzado, pero el barco se movía de forma extraña en el aire y no había descendido ni un ápice. En todo caso, habíamos ganado un poco de altura.

Nos preguntábamos qué había pasado cuando el capitán Leonov salió corriendo de su camarote, mirando hacia arriba. Era como si sólo él supiera lo que había sucedido.

“Nunca lo hubiera creído”, dijo. “Son mejores de lo que imaginaba”.

“¿Qué pasa, señor?”, pregunté.

–Es una vieja táctica, señor Bastable. Nos han estado siguiendo todo el tiempo, usando únicamente su mecanismo de dirección para seguirnos la pista, desplazándose a la deriva a medida que nosotros nos desplazábamos.

–Pero ¿qué pasó, señor?

–Pinzas de agarre, señor Bastable. Están colocadas sobre nuestra parte superior. Su góndola está unida a nuestro casco. Como un enorme y maldito parásito.

“¿Estamos capturados?”

Hizo una mueca. –Creo que se trata más bien de un matrimonio forzado, señor Bastable.

Sacudió la cabeza y se acarició la boca con los dedos. “Culpa mía. Es la única táctica que no preví. Si consiguen atravesar nuestras escotillas de inspección...” Empezó a dar más órdenes en ruso. Sacaron rifles y pistolas de nuestro pequeño arsenal y pusieron una pistola en cada mano. “¡Todos a las escotillas de inspección!”, gritó Pilniak. “¡Prepárense para repeler los abordajes!”.

Nunca había escuchado esa frase antes.

Por encima de nosotros, los motores de la nave enemiga ahora sonaban estridentes mientras avanzábamos.

–Todos los motores a toda marcha –dijo el capitán, y se volvió hacia mí–. Podría destrozarlos a ellos y a nosotros, pero me temo que no tenemos otra opción.

El barco empezó a temblar como si estuviera sufriendo un ataque gigantesco.

Por las escaleras temblorosas corrimos hacia las escotillas de inspección, escuchando atentamente entre la multitud y oyendo ruidos procedentes del interior del casco que sólo podían ser hombres que descendían lentamente hacia nosotros. Si abríamos fuego hacia arriba, hacia los túneles de

inspección, corríamos el riesgo de que se escapara el gas y de quedar incapacitados por los humos. Menos de la mitad de nuestros aparejadores contaban con equipo de respiración, ya que el Vassarion Belinsky nunca había esperado ser capturado por un abordaje.

“Tendremos que disparar cuando aparezcan”, dijo Pilniak. “Será nuestra única oportunidad”.

Sostuve mi revólver a mi lado, cuatro de los cinco aparejadores armados con rifles estaban inmediatamente detrás de mí en el estrecho paso mientras el barco se estremecía y gemía en sus esfuerzos por liberarse de nuestros captores.

Pilniak dijo: “Fue una jugada atrevida de su parte. ¿Quién podría haber imaginado que lo intentarían?”

“Es tan probable que destruyan su propia nave como la nuestra”, dije.

Pilniak me dedicó una de sus salvajes sonrisas rusas. “Exactamente”, dijo.

La tapa de la escotilla había comenzado a abrirse.

Preparamos nuestras armas de fuego.

Capítulo XV

UNA CUESTIÓN DE ACTITUDES

A la tenue luz de la luna que entraba por las ventanillas superiores, era imposible identificar a las primeras figuras que irrumpieron. En ruso, Pilniak les ordenó que arrojaran las armas o abriríamos fuego. Entonces nos dimos cuenta de que agitaban un trozo de sábana en un palo. Una bandera blanca. Querían parlamentar.

Pilniak estaba desconcertado. Ordenó a los invasores que mantuvieran sus posiciones mientras él enviaba a buscar órdenes. Uno de los aparejadores corrió por el pasillo hacia la cubierta de control.

Los hombres que estaban en las escotillas parecían estar divertidos y hacían algunos chistes crípticos que no entendí y que Pilniak, según me pareció, se negaba a escuchar. Sin

embargo, para mí era bastante obvio que ninguno de nosotros quería luchar en esos estrechos confines. Pocos podrían sobrevivir.

Creo que el capitán Leonov se dio cuenta de esto, porque regresó con el aparejador. Pilniak le contó lo que estaba sucediendo. Asintió y luego se dirigió al hombre que sostenía la bandera blanca.

–Sabes que esta es una situación imposible para los dos. ¿Está vuestro líder entre vosotros?

Un hombre pequeño y fornido se adelantó y le hizo al capitán Leonov un saludo militar simulado. “Represento a esta gente”, dijo.

“¿Eres el líder?”

“No tenemos líderes.”

–¿Entonces usted es su portavoz?

“Creo que sí.”

–Soy el capitán Leonov, comandante de esta nave.

“Soy Néstor Makhno, hablando por la causa anarquista.”

Me quedé atónito. Antes de poder contenerme, pronuncié su nombre: “¡Makhno!”. Era el hombre con el que había

estado preso en Japón. No esperaba volver a verlo. No tenía ni idea de que supiera algo sobre dirigibles.

Me reconoció y sonrió. “Buenas noches, señor Bastable. Parece que está usted prisionero una vez más”.

–No eres menos que uno –observé.

Sonrió. Era una sonrisa tranquila y sardónica, casi gentil.

Llevaba una vieja y elaborada casaca cosaca, con muchos adornos verdes y dorados, un sombrero de astracán calado a un lado de la cabeza, una camisa campesina ceñida a la cintura, pantalones anchos y botas altas de montar. Parecía la viva imagen del cosaco romántico de la ficción y yo tenía la impresión de que cultivaba deliberadamente esa apariencia. Incluso llevaba una espada cosaca a un lado y una mano jugaba con la culata de una pistola automática metida en su cinturón tachonado de plata.

–Supongo que estáis al servicio del rebelde Djughashvili –dijo nuestro capitán–. ¿Estáis intentando negociar condiciones de paz?

“Ya lo he dejado”, dijo Makhno. “Parece que no funciona. Si mencionas la paz, todo el mundo intenta fusilarte o encarcelarte. Resulta que yo no sirvo a nadie, salvo a quienes me eligen. Pero hemos acordado brindarle a Djughashvili nuestra ayuda durante esta campaña. No apoyamos su ideología, sólo el espíritu de la revolución y el espíritu del

verdadero cosaco. Somos anarquistas. Nos negamos a reconocer a ningún gobierno ni a ningún déspota”.

–¿No estarías de acuerdo conmigo en que el Zar de Acero era un déspota? –dije.

Makhno respondió a mi comentario con una breve reverencia: “Estoy totalmente de acuerdo. No creemos ni en amos ni en esclavos, señor Bastable”.

“¡Simplemente en el caos!”, dijo Pilniak con una mueca de desprecio.

“La anarquía significa “no al gobierno, no al desorden”, dijo Makhno, calificando las declaraciones de Pilniak de ingenuas. “Y no tiene nada que ver con el estúpido llamado socialismo de Djugashvili. No lo apoyamos, como ya le he dicho. Apoyamos el espíritu de la insurrección”.

El capitán Leonov se quedó perplejo ante esta información: “¿Cómo negociamos entonces? ¿Qué es lo que quieren?”.

Makhno dijo: “Ustedes son nuestros prisioneros. No queremos ningún derramamiento de sangre. Preferiríamos que su barco estuviera intacto”.

El capitán Leonov se puso severo: “No entregaré mi barco”.

–No tienes muchas opciones –dijo Makhno, mirando hacia las puertas exteriores.

Todos seguimos su mirada. Sobre escaleras flexibles de acero que colgaban del barco negro, hombres armados descendían hacia las góndolas de nuestros motores.

–En unos momentos sus motores quedarán fuera de servicio, capitán.

Mientras hablaba, una de nuestras hélices dejó de girar. Uno a uno, los demás motores se detuvieron. Desde afuera, en medio del viento helado, se oyeron vítores.

El capitán se metió las manos en los bolsillos y abrió las piernas. “¿Y ahora qué?”, preguntó estoicamente.

“Admitirás que estás completamente en nuestro poder.”

“Debo admitir que eres un pirata experto.”

–Vamos, capitán. Esto no es piratería. Estamos en guerra y hemos ganado este combate en particular.

–Usted es un bandido y ha tomado posesión de un buque que representa al gobierno de la Unión de Repúblicas Eslavas. Eso es un acto de piratería, de rebelión, de traición. Estamos en guerra, capitán Makhno. Me parece que recordará al enemigo: es Japón.

“Eso es una guerra entre gobiernos autoritarios, no una guerra entre pueblos”, insistió Makhno. “¿Qué clase de socialista es usted, capitán?”

Leonov frunció el ceño. “No soy socialista en absoluto. Soy un ruso leal”.

–Bueno, yo no soy un “ruso leal”. Soy anarquista y, como mi lugar de nacimiento le parece importante, le diré que soy ucraniano. Nos oponemos a todos los gobiernos y, en particular, al Gobierno central de San Petersburgo. En nombre del pueblo, capitán Leonov, le exigimos que entregue su barco.

Leonov se encontraba en una situación desesperada. No quería desperdiciar la vida de su tripulación y, en conciencia, no podía entregar el mando.

“Supongo que usted es demócrata”, dijo Makhno.

“Por supuesto.”

“Entonces, pregúnteles a sus hombres”, dijo simplemente el anarquista: “¿Quieren vivir o morir?”.

–Muy bien –dijo Leonov–. Les preguntaré. –Se volvió hacia nosotros–. ¿Señores? ¿Dirigibles?

“Lucharemos”, dijo Pilniak. “Si ganan, que limpien nuestra sangre de la cubierta”.

Ninguno de nosotros protestó.

Makhno aceptó. De hecho, parecía no haber esperado otra cosa. “Les daré la oportunidad de debatir su posición”, dijo. Empezó a retroceder hacia las escotillas. “No pueden escapar ahora. Ya los estamos llevando a nuestro cuartel general. Si alguno de ustedes desea unirse a nuestra causa, estaremos encantados de aceptarlos como hermanos”.

El capitán Leonov no nos ordenó abrir fuego. Observamos cómo los anarquistas se retiraban, cerrando las escotillas tras ellos. Fue entonces cuando me di cuenta de que nos habían distraído. Aunque habíamos negociado, no habíamos prestado atención a lo que estaba sucediendo fuera del barco. Creo que Leonov también lo entendió. Era evidente, cuando regresamos a la cubierta de control, que no tenía una muy buena opinión de sí mismo en ese momento. Como estratega aéreo no tenía igual. Como negociador no tenía ni de lejos tanto éxito. Parecía que Makhno (como supe que era su costumbre) había logrado el jaque mate sin perder una sola vida en ninguno de los dos bandos.

Sin poder hacer nada, observamos las estrellas y las nubes pasar a nuestro alrededor mientras, con los motores a toda máquina, la aeronave anarquista nos llevaba lentamente hacia su base.

En la cubierta de control, el capitán Leonov estaba enviando un mensaje inalámbrico a Kharkov, intentando recibir instrucciones y dar una idea de nuestra posición. Finalmente, después de varios intentos, el operador se volvió

hacia él. “Nos han cortado las antenas, señor. No podemos enviar ni recibir”.

Leonov asintió. Nos miró a Pilniak y a mí. –Bueno, caballeros, ¿tienen alguna sugerencia?

–Makhno nos tiene completamente en su poder –dije–. A menos que intentemos llegar a su nave a través de nuestras escotillas de inspección, no tenemos forma de detenerlo.

Leonov inclinó la cabeza, como si estuviera pensando. Cuando levantó la vista, ya había recuperado el control. –Creo que todos podemos dormir un poco –dijo–. Lamento no haber previsto este problema en particular, caballeros, y no tener órdenes de solucionarlo. Creo que será mejor que diga aquí y ahora que me relevo de mi puesto.

Fue una frase extraña, casi oriental. Una vez más, me permitió conocer mejor el temperamento ruso que unos meses antes. Sin embargo, respeté la actitud del capitán Leonov. Era un hombre de honor que creía que había fallado en su deber. No nos estaba dando carta blanca para actuar individualmente como creyéramos mejor.

En cierto sentido me impresionó extraordinariamente el intercambio entre Makhno y Leonov.

Ambos parecían, pese a que parecían estar en conflicto, compartir en el fondo el mismo sentido del deber hacia aquellos a quienes dirigían. Una vez que Leonov demostró, a

sus propios ojos, su incompetencia, ya no se sentía con derecho alguno a mandar. Tenía la sensación de que Makhno, y tal vez muchos de los atamanes cosacos, compartían el mismo punto de vista. A diferencia de tantos políticos o líderes militares, no intentaban justificar sus errores ni aferrarse al poder. Para ellos el poder entrañaba una enorme responsabilidad y sólo les había sido conferido temporalmente. Creo que estaba aprendiendo una o dos cosas sobre las cuestiones fundamentales que rodean la política rusa, algo que normalmente no se expresaba en palabras por ningún bando ni por ningún observador. Esas cuestiones eran a la vez más simples y más complejas de lo que yo había supuesto.

Pilniak saludó. “Gracias, señor”, dijo. No tuve más remedio que saludar también. Leonov le devolvió el saludo y luego regresó lentamente a su camarote.

De pronto se me ocurrió una idea: “Dios mío, Pilniak, espero que no tenga intención de suicidarse”.

Pilniak observó al capitán que se alejaba. –Lo dudo, señor Bastable. Eso también sería cobardía. Retomará el mando si se lo pedimos. Cuando haya algo que ordenar. Mientras tanto, nos libera para que podamos tomar las medidas que creamos que nos ayudarán mejor, como individuos, a sobrevivir.

Somos un pueblo primitivo, señor Bastable, en algunos aspectos. Un poco como los pieles rojas, ¿no? ¿En cierto modo? Si nuestros líderes de guerra nos fallan, dimiten inmediatamente, a menos que insistamos en que continúen. Eso es el verdadero socialismo democrático, ¿no?

“No soy político”, le dije. “No entiendo muy bien la diferencia entre un “ismo” y otro. Soy un simple militar, como ya he dicho más de una vez”.

Regresé con Pilniak a nuestra pequeña cabina con dos literas, una encima de la otra. Dormimos a ratos, los dos nos habíamos quitado apenas las chaquetas y los pantalones. Al amanecer estábamos de pie y tomábamos café en el comedor. El capitán Leonov no estaba.

Unos minutos después se unió a nosotros. “Les interesará saber”, dijo, “que parece que hemos llegado al campamento de los bandidos”.

Todos salimos corriendo del comedor y nos dirigimos a las portillas de observación. El barco se estaba acercando al suelo. Se habían soltado cabos de amarre del casco. Mientras observábamos, vimos una multitud de jinetes cosacos corriendo hacia los cabos. Uno a uno, al menos media docena de jinetes los agarraron.

En señal de triunfo, los cosacos arrastraron nuestro barco hasta su cuartel general, mientras el crucero de batalla negro

de Makhno soltaba sus garfios y se alejaba unos metros para volar a nuestro lado. Vimos a unos anarquistas que nos saludaban desde su propia góndola. Casi estuve tentado de devolverles el saludo. La hazaña de Makhno era inconfundible.

Era un hombre muy inteligente y, evidentemente, no un charlatán fogoso. No entendía en absoluto sus ideas políticas, pero seguía teniendo una alta opinión de su inteligencia.

Lentamente, ignominiosamente, los cosacos aulladores derribaron nuestro barco. Evidentemente, no eran los mismos hombres que habían atacado a Yekaterinoslav, pero era igualmente evidente que sabían lo que habíamos hecho durante la carga cosaca. Ahora los veía mejor. En su mayoría eran hombres pequeños, morenos, con espesa barba, vestidos con una mezcla de ropa, gran parte de ella bastante andrajosa.

Todos iban adornados con armas, con bandoleras, con dagas y espadas; todos cabalgaban maravillosamente. Eran claramente granujas, pero de ningún modo eran simples bandidos.

Pronto nuestra quilla empezó a chocar contra el suelo, mientras el barco estaba atado a estacas de madera colocadas a tal efecto en el suelo, en las afueras de un pequeño pueblo de una sola calle, que parecía haber sido

ocupado poco a poco por los rebeldes. Nos quedamos allí mirando a los cosacos mientras sonreían y gesticulaban hacia nosotros. No parecían amenazar nuestras vidas. Estaban encantados con la captura de un barco del Gobierno central y parecían tenernos muy poca mala intención. Se lo comenté a Pilniak.

“Estoy de acuerdo”, dijo. “Es cierto que no nos odian, pero eso es lo último que impedirá que un cosaco te mate si así lo desea”.

Me di cuenta de que corríamos un peligro mucho mayor del que había pensado en un principio. Los cosacos no aceptaban las convenciones habituales en relación con un enemigo capturado y ahora era dudoso que viéramos o no el amanecer del día siguiente.

El capitán Leonov permaneció en su camarote. Mientras observábamos a nuestros captores, la tensión en la góndola comenzó a aumentar. Por encima de nuestras cabezas podíamos oír a los hombres trepando por encima de nuestro casco, riendo e intercambiando bromas con los cosacos que estaban en tierra.

Al final Pilniak nos miró a mí y a los otros oficiales y dijo: “Terminemos con esto, ¿de acuerdo?”.

Todos estuvimos de acuerdo.

Pilniak dio la orden de bajar las pasarelas y, cuando el lateral de la góndola se abrió, marchamos en buen orden escaleras abajo hacia los cosacos.

Esperábamos todo, menos las ovaciones, que aumentaron. Los cosacos son los primeros en reconocer el coraje cuando se manifiesta como lo manifestamos nosotros. Tal vez Pilniak lo sabía.

Sólo el capitán Leonov se negó a abandonar el barco y aceptamos su decisión.

Pilniak y yo íbamos en primera línea. Cuando salimos de la pasarela, se acercó al cosaco más cercano y saludó: “Teniente L. I. Pilniak, de la flota aérea voluntaria”.

El cosaco dijo algo en dialecto que desmintió mi imperfecto ruso. Se echó hacia atrás la gorra militar para devolvernos el saludo. Luego hizo que su caballo caminara hacia atrás para dejarnos espacio y nos hizo señas para que siguiéramos hacia el pueblo.

Todavía un poco nerviosos por lo que los cosacos pudieran decidir, por capricho, o hacer, comenzamos a caminar en fila de a dos hacia el cuartel general de los rebeldes. Pilniak sonreía mientras hablaba y yo le devolví la sonrisa. “¡Ánimo, viejo! ¿A esto es a lo que los británicos llaman “mostrar la bandera”?”

–No estoy muy seguro –dije–. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve la oportunidad de hacerlo.

Los cosacos, algunos a caballo, otros a pie, se nos acercaban. Estaban bastante sucios y muchos de ellos evidentemente estaban borrachos. Nunca había olido tanto vodka. Algunos de ellos parecían haberse empapado en el licor. Nos insultaban y nos gritaban mientras caminábamos entre sus líneas y estábamos casi en los primeros edificios del pueblo cuando la presión se hizo tan grande que ya no podíamos movernos.

Fue entonces cuando uno de nuestros aparejadores, cerca de la retaguardia, debió de atacar a un cosaco y comenzó una pelea entre los dos. Nuestro frente cuidadosamente mantenido amenazaba con resquebrajarse.

Creo que probablemente nos habrían hecho pedazos si, por nuestra derecha, una tachanka, un carro tirado por caballos con ametralladoras no hubiera abierto de repente las filas. Un hombre conducía el pequeño carro mientras otro disparaba un revólver al aire y gritaba a los cosacos que desistieran.

El hombre con el revólver era Nestor Makhno.

“¡Atrás, muchachos!”, gritó a sus hombres. “No tenemos rencor contra aquellos que sirven al Estado equivocadamente, sólo contra el Estado mismo”.

Me sonrió. “Buenos días, capitán Bastable. Así que decidió unirse a nosotros, ¿eh?”

No respondí a esto. “Nos dirigimos a vuestro campamento”, dije. “Aceptamos que somos vuestros prisioneros”.

“¿Dónde está el comandante?”

“En su camarote.”

–Sin duda, de mal humor. –Makhno gritó algo en dialecto a los cosacos y una vez más las filas retrocedieron, lo que nos permitió continuar por la calle hasta que el carro de Makhno se detuvo frente a una gran escuela en la que ondeaba la bandera rebelde: una calavera con dos tibias cruzadas sobre un fondo negro. Invitó a Pilniak y a mí a unirnos a él y dijo al resto de nuestros muchachos que podían conseguir comida y descansar en una iglesia cercana.

No queríamos separarnos de la tripulación y de nuestros compañeros oficiales, pero no teníamos otra opción.

Makhno saltó del carro y, cojeando ligeramente, nos acompañó hasta la escuela. Allí, en el aula principal, nos esperaban varios jefes cosacos. Iban vestidos de forma mucho más extravagante que sus hombres, con camisas y caftanes profusamente bordados, y llevaban una gran cantidad de plata y oro en el cuerpo y adornaban sus armas.

Sin embargo, lo más extraño de todo era el hombre que estaba sentado en la parte superior del aula, donde normalmente estaría el profesor. Estaba inclinado hacia delante sobre el pupitre, con el rostro completamente cubierto por un casco forjado para representar un rostro humano feroz y bigotudo. Sólo los ojos estaban vivos y me parecieron locos y malévolos. El hombre no era alto, pero sí corpulento, llevaba una sencilla camisa gris de mujik y pantalones holgados grises metidos en botas negras. No tenía armas ni insignias en su traje y uno de sus brazos parecía más delgado que el otro. Sabía que debíamos estar enfrentándonos al Zar de Acero en persona; el líder rebelde Djugashvili.

La voz sonó apagada y metálica desde el interior de la máscara. –El renegado inglés, Bastable. Hemos oído hablar de usted. –El tono era áspero, agresivo. El hombre me pareció loco y borracho.

–¿Es entonces un buen deporte matar cosacos honestos?

“Soy un oficial del Servicio Aéreo Voluntario”, le dije.

La máscara de metal se levantó para mirarme directamente. –¿Qué eres entonces? ¿Una especie de mercenario?

Me negué a explicar mi posición.

Se reclinó en su silla, abrumado por su propia sensación de poder. –Te uniste para luchar contra los japoneses, ¿no es así?

“Más o menos”, dije.

– Bueno, te alegrará saber que los japoneses están prácticamente derrotados.

“Me alegro. Me alegraría que la guerra llegara a su fin. Esta y todas las guerras”.

–¡Un pacifista! –Djugashvili se echó a reír desde el interior de la máscara. Era un sonido espantoso—. Para ser un pacifista, amigo mío, tienes mucha sangre en las manos. Dos mil de mis muchachos murieron en Yekaterinoslav. Pero tomamos la ciudad y destruimos la flota aérea que enviastéis contra nosotros. ¿Qué dices a eso?

“Si la guerra con Japón está a punto de terminar”, dije, “su triunfo durará poco. Debe saberlo”.

–No sé nada de eso. –Hizo una señal a uno de sus hombres, que se dirigió a una puerta lateral, la abrió y llamó. Unos momentos después vi aparecer a Harry Birchington. El Borre del Campamento Rishiri volvió a aparecer, tan grande como la vida misma.

“Hola, Bastable, viejo”, dijo. “Sabía que debía haber algunos socialistas decentes en Rusia. Y he encontrado al mejor”.

“¿Estás trabajando con esta gente?”

“Por supuesto. Estoy muy contento de poder poner mis talentos a su disposición”.

El familiar zumbido autocomplaciente ya empezaba a resultar chirriante, al cabo de unos segundos.

“El señor Birchington mantiene en funcionamiento nuestras aeronaves”, afirmó el Zar de Acero. “Y ha sido de gran ayuda en otras áreas”.

–Es muy amable de su parte decirlo, señor –Birchington esbozó una peculiar sonrisa torcida, mitad orgullo, mitad vergüenza.

–Buenos días, señor Bastable. –Reconocí de inmediato la voz cálida e irónica. Miré hacia la puerta y vi a la señora Una Persson parada allí. Llevaba bandoleras cruzadas con balas sobre su abrigo militar negro, un revólver Smith and Wesson en la cadera y un sombrero de piel tirado hacia un lado de la cara. Estaba tan hermosa como siempre, con su rostro ovalado y sus ojos grises y claros.

Me incliné. –Señora Persson.

Hacía tiempo que no la veía, desde que juntos habitábamos el mundo del Atila Negro.

Sus ojos tenían esa mirada de reconocimiento especial que un viajero entre dimensiones reserva para otro.

“Supongo que has venido a unirte a nuestro ejército”, dijo significativamente.

Confié plenamente en ella y entendí su indirecta de inmediato. Para gran sorpresa de Pilniak, asentí. “Fue mi intención desde el principio”, dije.

Djugashvili no parecía sorprendido. “Tenemos muchos simpatizantes en el extranjero. Gente que sabe cuánto hemos sufrido bajo el gobierno de Kerenski. Pero ¿qué pasa con su compañero?”

Pilniak se irguió y juntó los talones con un chasquido. “Quiero unirme a mis compañeros de prisión”, dijo.

El Zar de Acero se encogió de hombros. El metal brilló y pareció reflejarse en sus ojos. –Muy bien –le hizo una señal a uno de sus hombres–. Deshazte de él con...

De pronto, Makhno intervino: “¿Deshacer? ¿Qué estás proponiendo, camarada?”

Djugashvili hizo un gesto con la mano. –Tenemos demasiadas bocas que alimentar, camarada. Si dejamos que sobrevivan...

“Son prisioneros de guerra, capturados de forma justa. Envíenlos de vuelta a Járkov. Lo único que quería era su nave. ¡Déjenlos ir!”

Pilniak miró a uno y a otro. Nunca había esperado ser objeto de una discusión moral entre dos bandidos.

–Soy responsable de todas las decisiones –dijo Djugashvili–. Elegiré si...

–Los he capturado. –Makhno estaba frío y furioso. Su voz se volvió más baja, pero a medida que bajaba el tono, adquirió mayor autoridad–. ¡Y no consentiré que los maten!

“No es un asesinato. Estamos barriendo la basura de la Historia”.

“Estás planeando matar a hombres honestos.”

“Atacan al socialismo”.

“Debemos vivir con el ejemplo y dar ejemplo a los demás”, afirmó Makhno. “Es la única manera”.

–¡Eres un tonto! –Djugashvili se levantó y apoyó su mano sana sobre el escritorio–. ¿Por qué alimentarlos? ¿Por qué

enviarlos de vuelta para que puedan luchar contra nosotros otra vez?

“Algunos lucharán contra nosotros, pero otros comprenderán la naturaleza de nuestra causa y se lo contarán a sus camaradas”.

Makhno se cruzó de brazos. –Siempre es así. Si somos brutales, les damos una excusa más para la brutalidad. Por Dios, Djugashvili, estos son argumentos bastante simples. ¿Qué quieres? ¿Un baño de sangre? ¿Cómo puedes afirmar que representas la ilustración y la libertad? Ya has sido responsable de la matanza de judíos, la destrucción de aldeas campesinas, la tortura de agricultores inocentes. Acepté traerte mis naves porque me prometiste que estas cosas eran accidentales, que se habían detenido. No se han detenido. Me estás demostrando, desde aquí, que nunca se detendrán.

“¡Eres un fraude, un hipócrita antiautoritario!”

La voz dentro del yelmo se hizo cada vez más fuerte a medida que la de Makhno se hacía más tranquila.

–Haré que te fusilen, Makhno. Tus ideas anarquistas son una mera fantasía. La gente es cruel, codiciosa, despiadada. Hay que educarla para que sea santa. ¡Y hay que castigarla si no lo logra! –Respiraba con dificultad–. ¡Es lo que entienden todos los rusos! Es lo que entienden los cosacos.

–No tienes ningún derecho como cosaco –dijo Makhno con una leve mueca de desprecio–. Retiro mi ayuda. Informaré a la gente a la que represento y les preguntaré si desean retirarse también. Empezó a alejarse.

El Zar de Acero se mostró conciliador: “Tonterías, Makhno. Compartimos la misma causa. Enviaré a los prisioneros a Járkov si lo deseas. ¿Qué opina, señora Persson?”

Una Persson dijo: “Creo que esto demostraría al Gobierno central que los cosacos tienen piedad, que no son bandidos y que sus quejas están justificadas. Sería una buena acción”.

Ella parecía tener considerable influencia sobre él, pues él asintió y estuvo de acuerdo con ella.

Makhno no parecía del todo satisfecho, pero evidentemente pensaba en la seguridad de Pilniak y los demás. Respiró profundamente e inclinó la cabeza. “Me haré cargo de los prisioneros”, dijo.

Mientras se marchaba con Makhno, Pilniak me gritó por encima del hombro: “Te deseo suerte con tus nuevos amos, Bastable”.

Sólo sabía que mi lealtad era hacia la señora Persson y que tenía fe en su juicio.

Cuando Makhno desapareció, Djugashvili se echó a reír: “Qué asunto más tonto y pueril. ¿Valía la pena discutir por la vida de unos cuantos cabrones?”.

La señora Persson y yo intercambiamos miradas. Mientras tanto, Harry Birchington repitió la risa del Zar de Acero. Ninguno de los dos parecía poseer lo que yo llamaría un sentido natural del humor.

“¿Es cierto que los japoneses están prácticamente derrotados?”, le pregunté a la señora Persson.

–Por supuesto –dijo–. Es cuestión de días. Ya han empezado a negociar los términos del armisticio.

“Entonces, esta gente está condenada”, dije. “No hay forma de que los cosacos puedan resistir todo el poderío de la Armada Aérea Rusa”.

Birchington me había oído. “Ahí es donde te equivocas, viejo”, dijo. “¡Ahí es donde te equivocas de verdad!”

Me pareció oír a la señora Persson suspirar.

Capítulo XVI

ARMAS SECRETAS

Más tarde, cuando los jefes cosacos habían regresado con sus hombres, el Zar de Acero se estiró y sugirió que cenáramos todos en las habitaciones de arriba. No había tenido la oportunidad de hablar en privado con la señora Persson y, de hecho, Birchington me había acorralado y me había contado que lo habían detenido durante el ataque a Rishiri y lo habían “arrojado” (como él lo expresó) en Járkov porque había “cometido el error” de decirle a la gente que era ingeniero y que necesitaban ingenieros en las obras ferroviarias de Járkov. Había abandonado la ciudad poco después y había estado en un tren, que había sido capturado por los rebeldes. Los rebeldes lo habían llevado a Djugashvili y el revolucionario le había tomado simpatía.

–Tiene una imaginación increíble, viejo. A diferencia de los imbéciles de Londres y Shangai, que no me dieron ninguna

oportunidad. Todo lo que necesitaba era un poco de fe y algo de apoyo financiero. No te creerías las invenciones que tengo en la cabeza, viejo. ¡Grandes ideas! ¡Ideas importantes! ¡Ideas, viejo, que harán temblar al mundo!

Me encontré asintiendo, casi dormido.

“El Zar del Acero, viejo, me está dando una enorme oportunidad de construir para él cosas que le ayudarán a ganar la revolución. Y entonces tendremos un socialismo real. Todo bien gestionado, como una máquina bien engrasada. Todos serán unos perros fieles y felices. Ya verás. Y lo único que hará falta es Birchington. Yo soy el factor clave, viejo. Seré recordado en la Historia. Así lo dice el Jefe.”

“¿El Jefe?”

Señaló a Djughashvili.

Seguimos al Zar de Acero escaleras arriba. Llevaba a la señora Persson del brazo y caminaba con bastante pesadez, como si estuviera borracho. Se volvió hacia mí. “No me había dado cuenta de que eran amigos. Espero que puedas ayudar a Birchington en su trabajo”.

–Seguro que lo hará –dijo la señora Persson–. ¿No es así, señor Bastable?

–Por supuesto. –Intenté sonar lo más entusiasmado posible, pero la perspectiva de pasar cinco minutos más en

compañía de Birchington era, en ese momento, algo que no podía ni imaginar.

La habitación de arriba estaba bastante vacía, pero había una mesa larga con comida ucraniana saludable, incluido un tazón de borscht rojo en cada lugar. Djugashvili se sentó en la parte superior de la mesa, con la señora Persson a su derecha y Birchington a su izquierda. Yo me senté al lado de la señora Persson. Unos momentos después, Nestor Makhno entró en la habitación. Era obvio que era un invitado reacio. Había otro hombre con él al que reconocí. Empecé a preguntarme si la señora Persson no había organizado todo esto.

El otro hombre era Dempsey, a quien yo creía muerto de camino a una prisión japonesa. Estaba pálido y delgado y parecía enfermo. Posiblemente las drogas habían empezado a envenenar su organismo. Cuando me vio, sonrió torcidamente y se acercó, tambaleándose un poco, aunque no estaba evidentemente borracho. “Hola, Bastable. Me alegro mucho de verte. A la batalla final, ¿eh?”.

“¿Qué?”

–Armagedón, Bastable. ¿No te lo han dicho?

El Zar de Acero se echó a reír con esa extraña risa suya. “Tonterías. Exagera usted, capitán Dempsey. El profesor

Marek nos asegura que ahora todo es mucho más seguro. Después de todo, usted participó en el experimento.”

Dempsey se sentó y se quedó mirando su borscht. No hizo el menor intento de comérselo. Néstor Makhno se sentó frente a mí. Parecía desconcertado por mí, tal vez sorprendido por la presteza con la que me había unido al “otro bando”.

–Es una reunión de prisioneros, ¿eh? –dijo–. ¿Sabía usted, camarada Djugashvili, que cuatro de las personas que están en esta mesa han sido prisioneros de los japoneses?

–Eso deduzco. –El Zar de Acero abrió una pequeña placa en su casco para dejar al descubierto una boca llena de marcas de viruela.

Ahora estaba dispuesto a creer el rumor de que era la vanidad lo que le hacía llevar la máscara feroz. Empezó a alimentarse con movimientos pequeños y cuidadosos.

Miró a Makhno. “¿Entregaste a los prisioneros a Jarkov?”

–No personalmente. Pero están en camino.

“En vagones de tren acolchados y forrados de seda, sin duda.”

–Los enviaron en un tren de ganado que requisamos.
–Makhno sabía que el Zar de Acero lo estaba provocando. Se acarició el pulcro bigote y mantuvo la vista fija en su plato.

–A pesar de ser un estratega tan astuto, eres un cobarde como guerrero –continuó Djugashvili–. Me parece, camarada, que incluso existe la posibilidad de que estés debilitando nuestros esfuerzos.

–Estamos luchando contra el Gobierno central –dijo Makhno con obstinación–. No luchamos “por” usted, camarada. Lo dejé bien claro cuando trajimos nuestras naves.

“Trajiste tus barcos porque sabes que no eres lo suficientemente fuerte para luchar solo. Tus ridículas nociones de “honor” son inapropiadas en este momento”.

“Nuestras ideas nunca son inapropiadas”, afirmó Makhno. “Nos negamos a justificar el asesinato. Si tenemos que matar, lo hacemos en defensa propia. Y seguimos llamando a las cosas por lo que son. No las disfrazamos con elegantes palabras pseudocientíficas”.

“A la gente le gustan esas palabras. Les dan seguridad”, dijo la señora Persson con sarcasmo, como si se dirigiera a una amiga íntima.

Me pregunté si ella conocía a Makhno. Incluso era posible que fuera un colega. Había algo fuera de lo común en el

anarquista. Aunque la lógica de su política me resultaba incomprensible, me impresionó su reconocimiento de principios fundamentales, que tantos idealistas parecen olvidar en cuanto sus ideales se racionalizan en el lenguaje de los credos políticos. Llevaba dentro de sí una especie de autocontrol que no negaba la pasión y que, pensé, era casi totalmente consciente, en contraste con Djugashvili, que se apoyaba en la disciplina y en máscaras para su autoridad.

Djugashvili siguió atacando a Makhno.

“Su individualismo es un crimen arrogante contra la sociedad”, afirmó. “Pero lo que es peor, nunca triunfa”.

¿De qué sirve la revolución si fracasa?

Makhno se levantó de la mesa. “Me está resultando imposible disfrutar de mi comida”, dijo. Hizo una reverencia al resto y se disculpó. “Volveré a mi nave”.

Había una luz de triunfo en los ojos del Zar de Acero, como si hubiera planeado deliberadamente la partida de Makhno, provocándolo hasta que no tuvo más opción que irse.

Makhno miró inquisitivamente a Dempsey, quien sacudió ligeramente la cabeza y tomó su vodka.

El anarquista salió de la sala. Djugashvili parecía sonreír detrás de su máscara.

Dempsey frunció levemente el ceño mientras Makhno salía. Birchington empezó a parlotear sobre el “socialismo racional” o algo por el estilo y, por una vez, rompió la sensación de tensión que, no obstante, seguía flotando en el aire.

Unos momentos después se oyeron varios disparos de pistola desde fuera. Se oyeron pasos en la escalera y luego apareció Makhno. Tenía el brazo izquierdo herido. En la mano derecha llevaba el revólver. Lo agitó en dirección a Djugashvili, pero no lo hizo de forma amenazante.

–Asesinato, ¿eh? Encontrarás al menos a dos de tus hombres fusilados. Conozco tus métodos, Djugashvili. –Hizo una pausa y volvió a enfundar su pistola vacía–. Las naves negras abandonan sus amarres esta noche.

Luego se fue.

Djugashvili se había levantado a medias de su asiento; la luz de las lámparas de aceite hacía que pareciera que su máscara de metal cambiaba constantemente de expresión. Sus ojos fríos estaban llenos de una pasión desagradable. –No lo necesitamos. Estaba atacando nuestra causa desde dentro. Ahora tenemos a la ciencia de nuestro lado. Mañana tengo la intención de mostrarles a nuestros hombres el primer invento de Birchington.

Birchington pareció sorprendido. –Bueno, jefe, creo que tal vez descubra que no es del todo...

“Estará listo por la mañana”, dijo el Jefe.

Dempsey se había interesado por este aspecto de la conversación, aunque apenas se había movido cuando Makhno reapareció y realizó su declaración. Una Persson se limitó a mirar pensativamente a los rostros de los presentes.

Djugashvili se dirigió a la puerta y gritó desde las escaleras: “Traed al profesor”.

Tanto la señora Persson como Dempsey parecían saber lo que estaba pasando, pero yo estaba completamente perdido.

Djugashvili esperó junto a la puerta hasta que llegó un hombrecillo de pelo canoso y gafas redondas. Parecía estar tan enfermo como Dempsey. Parecía que algo no iba bien en su piel y le lloraban terriblemente los ojos, por lo que se los secaba constantemente con un pañuelo rojo.

–Profesor Marek, ya conoce al capitán Dempsey. Ya conoció al señor Birchington. ¿Una Persson? ¿El capitán Bastable?

El profesor parpadeó en nuestra dirección y agitó su pañuelo a modo de saludo.

–Sus bombas están listas, ¿eh? Y el invento de Birchington está preparado. –Djugashvili regresaba pavoneándose a su lugar–. Siéntese, profesor. Tome un poco de vodka. Es muy bueno; polaco.

El profesor Marek se frotó la mejilla con el pañuelo. Me pareció que se le desprendía una parte de la piel.

–¿Qué clase de bombas son éstas? –le pregunté al profesor, más por cortesía que por otra cosa.

–Las mismas que arrojé sobre Hiroshima –dijo Dempsey con repentina vehemencia–. ¿No es así, profesor Marek?

–¿Las bombas que supuestamente iniciaron la guerra? –dije sorprendido.

–Una bomba. –Dempsey levantó un dedo. La señora Persson le puso una mano delicada en el brazo–. Una bomba. ¿No es así, señora Persson?

“No deberías...”

–Eso fue experimental –dijo el profesor Marek–. No podríamos haberlo previsto...

De pronto, me embargó ese mismo escalofrío, esa misma resonancia aterradora que ya había experimentado, en menor grado, en compañía de Dempsey. Sentí que me

miraba en un espejo deformante, que reflejaba mi propia culpa.

En voz baja le pregunté al profesor: “¿Qué clase de bomba fue la que usted hizo arrojar sobre Hiroshima?”

Marek se sorbió la nariz y se secó los ojos. Habló casi con naturalidad: “Una bomba de fisión nuclear, por supuesto”, dijo.

Capítulo XVII

UN HOMBRE MECÁNICO

Durante varias horas, mientras permanecía sentado en silencio, estupefacto, nos vimos obligados a escuchar las fanfarronadas y diatribas de Djughashvili. Nos hizo beber con él. Vertió vaso tras vaso de vodka en esa pequeña abertura que dejaba al descubierto sus labios y habló de conquista. Planeaba conquistar Rusia, todo el mundo eslavo; tanto Oriente como Occidente acabarían sucumbiendo “a la justicia de la revolución mundial”. Esa revolución parecía ser poco más que los intentos de Djughashvili de controlar la mayor parte posible del globo. Como tantos fanáticos, trazó una imagen del mundo muy diferente de la que la mayoría de nosotros veíamos, a la vez simplificada y transformada en algo que reflejaba sus propias necesidades, sus propios miedos. Probablemente estábamos aburridos y

aterrorizados juntos, todos nosotros excepto Birchington, que estaba pendiente de cada palabra del Zar de Acero, y el profesor Marek, que apenas entendía nada.

Tanto el capitán Dempsey como la señora Persson parecían estar esperando algo, como si supieran todo esto, como si hubieran anticipado la velada.

Me quedé mirando a Dempsey, que apenas levantaba la vista de la mesa, pero seguía bebiendo vodka tras vodka.

–¿Cuántas bombas hay preparadas, profesor? –escuché que preguntaba Djugashvili. Presté más atención.

–Cuatro –dijo Marek–. Todas con la misma fuerza. Ahora les tengo la medida.

“¿Y eres capaz de producir más?”

–Por supuesto. Con la ayuda del señor Birchington. Los laboratorios de Yekaterinoslav tenían todo lo que necesitábamos, tal como le dije que tendrían.

“Tuvimos suerte de encontrar el material”.

Una Persson dijo: “Pensé que Yekaterinoslav había sido recuperado”.

Djugashvili lo desestimó. “Así fue, pero obtuvimos lo que queríamos. Todo el ataque tenía como objetivo suministrar

al profesor Marek ciertos materiales que necesitaba. En Yekaterinoslav trabajaban en una línea similar a la del profesor”.

Me sentí mal y cansado. Quería saltar de mi silla y rogarles que dejaran de hablar tan fácilmente de esas bombas infernales. Yo, entre todas las personas, sabía qué tipo de efecto podían tener. Podían destruir ciudades enteras como si ni siquiera hubieran existido. Pero, debido a una mirada de la señora Persson, me quedé callado.

Dempsey dijo borracho: “Será mejor que te apresures y las uses, Djughashvili, o el Gobierno central vendrá a reclamar sus materiales. Hay una enorme fuerza en camino, como sabes”.

–Seguro que las utilizaré pronto. Después de todo, sólo se necesita una nave. Por eso pude prescindir de Makhno tan fácilmente. Tenemos un dirigible. Su zepelín, capitán Bastable.

“¿El Vassarion Belinsky?”

–Sí, ese es su nombre.

“El capitán Leonov todavía está a bordo.”

“Estaba a bordo. Como se negó a irse, nos vimos obligados a deshacernos de él. Lo liquidaron”.

“¿Lo mataste?”

Djugashvili se encogió de hombros. “Si quieres expresarlo así.”

Una vez más me resultó casi imposible no manifestar mis sentimientos, pero sabía que para la señora Persson era importante que pareciera estar de acuerdo con el Zar de Acero, así que me mordí la lengua.

“Usted estará al mando del Belinsky”, me dijo Djugashvili. “Ha sido ascendido a comandante. ¡Felicidades!”.

No le hice caso. Antes de que pudiera hablar, Dempsey se puso de pie y se apoyó pesadamente en la mesa. –Exijo ese privilegio –dijo–. Soy el piloto con más experiencia. Después de todo, ¡yo lancé la primera bomba! –Habló con urgencia–. Bastable puede ayudarme.

–¿Has desarrollado gusto por el asesinato en masa? –pregunté en voz baja.

–Oh, sí. –Parecía completamente loco en ese momento y sus ojos brillaban alegremente con la luz de un demonio–. Oh, sí, Bastable. Qué gusto. Qué gusto.

Djugashvili dijo: “Debemos demostrar nuestro poder al Gobierno central. La primera bomba caerá sobre el campamento de Makhno”.

“Qué idea tan espléndida”, dijo la señora Persson.

Mucho más tarde, Djugashvili decidió irse a dormir, después de habernos ordenado que estuviéramos en el cuartel general a la mañana siguiente. Lo vimos salir de la habitación con paso pesado, lleno de ego desenfrenado y poder despiadado.

Dempsey se había desplomado sobre la mesa. Birchington y el profesor Marek seguían enfrascados en una conversación sobre algún punto técnico. La señora Persson me pidió que la ayudara a llevar a Dempsey de vuelta a la casa que íbamos a compartir. Estaba muy borracho y murmuraba para sí mismo. Cuando lo cogí por los hombros, me sorprendió lo ligero que estaba. Se rió de alguna broma amarga que había hecho. Estaba muy cerca de la locura. Se lo dije a la señora Persson después de que hubiéramos acostado a Dempsey y nos sentáramos juntos a tomar café en el pequeño salón. Era una casa agradable. Me pregunté qué campesinos adinerados habían sido asesinados o desalojados para proporcionarnos tanto lujo comparativo.

–El pobre Dempsey está prácticamente loco –convino ella–. Ha perdido el juicio y ha logrado seguir adelante con una mezcla de culpa y cinismo. Es una combinación bastante habitual. Creo que siente que debe pagar algún tipo de precio por lo que hizo. ¿Qué opinas?

–¿Lo crees? –Estaba muy cansado–. ¡Yo también estoy más allá de mi capacidad de raciocinio! Estoy empezando a sospechar que tú has urdido todo este asunto,

especialmente el encuentro con Dempsey. ¿Cómo es posible? Él lleva la misma carga que yo. ¿En qué circunstancias podría haber lanzado una bomba de fisión nuclear sobre Hiroshima?

“En circunstancias similares a las tuyas. Es socialista. Se involucró idealistamente con los nacionalistas chinos que intentaban expulsar a los extranjeros de su país. En esa época, el profesor Marek también trabajaba para los socialistas chinos. Eran los únicos lo suficientemente desesperados como para creer que él podía desarrollar una bomba de ese tipo. Otros países están trabajando en la idea, por supuesto, incluso en la refinación de uranio.

Eso es lo que estaba pasando en Yekaterinoslav. Al igual que tú, no tenían idea del poder de la bomba rudimentaria que habían fabricado. Su única intención era arrojarla sobre los astilleros de dirigibles...

¡Esto es demasiado! Me llevé las manos a la cabeza. ¡Es una locura! ¡No es posible!

“La lanzaron y destruyeron toda la ciudad. La nave de Dempsey era suya, con matrícula de Londres. Era todo lo que necesitaban los japoneses. Si no hubiera habido un retraso en la detonación, por supuesto, nada del dirigible habría sobrevivido. Tal como estaban las cosas, encontraron los restos. Dempsey había sido rescatado antes. La mayoría de la tripulación estaba muerta. Pero los japoneses tomaron un

par de prisioneros. Era su excusa. De todos modos, todos se estaban preparando para la guerra. Los japoneses decidieron que el gobierno británico había cometido un acto de guerra...”

“Y por eso atacaron primero. Eso lo explica todo, incluida su ferocidad”.

“Exactamente.”

–¡Millones de personas asesinadas! –gruñí–. Tanto Dempsey como yo tenemos esa culpa en la conciencia. ¡No me extraña que el pobre hombre esté como está!

“Ustedes dos fueron catalizadores, nada más que eso. ¿Aún no se dan cuenta de lo que están viendo? Ningún individuo puede atribuirse tanta culpa personal. Todos somos culpables de apoyar las circunstancias, los autoengaños y las ideas erróneas que conducen a la guerra. Cada mentira que nos decimos a nosotros mismos hace que algo como la destrucción de Hiroshima sea aún más probable. Más de un hombre ha destruido Hiroshima en más de una dimensión, una y otra vez. Las circunstancias suelen ser diferentes, pero la gente muere de la misma manera, y algunos hombres (o mujeres) sienten que cargan con todo el peso de la responsabilidad. Todos somos víctimas, señor Bastable, así como, en otros sentidos, todos somos agresores. En el fondo, somos víctimas de las mentiras reconfortantes que nos decimos a nosotros mismos, de

nuestra voluntad de tener líderes o religiones, de nuestro deseo de trasladar la responsabilidad a otros, ya sean políticos, dioses o criaturas de otros planetas.”

–Suenas como Makhno –dije.

“Tengo mucho en común con Néstor Makhno.”

“¿Eres anarquista?”

“No creo en la necesidad de gobiernos ni religiones, si es eso a lo que te refieres”.

De algún modo, las revelaciones de la señora Persson me habían aliviado. Tenía claridad, cuando hasta entonces había estado confuso. Ya no me sentía víctima del destino, aunque en cierto sentido, por supuesto, recuperaré mi condición de víctima, tanto como el capitán Dempsey, si no más.

–Deberíamos dormir un poco –dijo la señora Persson–. Tenemos que hacerlo, para presenciar la exhibición de Birchington mañana.

“¿Por qué sigues con todo esto?”, le pregunté.

Se puso un dedo sobre los labios. “Confía en mí”, dijo.

–Lo haré –dije sonriendo–. Pero no quiero más sangre inocente en mis manos.

Terminó su café. “Capitán Bastable, si todo va bien, mañana habremos completado nuestra tarea aquí, entonces usted y yo nos iremos.”

“¿Irnos? ¿Adónde?”

“A una base. Estás invitado a unirte a la Liga de Aventureros Temporales.”

–Señora Persson, estoy intentando volver a casa. De regreso a mi tiempo, a mi mundo.

“Capitán Bastable, debe aceptar el hecho de que nunca volverá a conocer esa forma particular de brana temporal. Una vez que haya experimentado lo que ha experimentado, su propio tiempo simplemente no le permitirá permanecer allí. Pero tenga la seguridad de que la Liga le ofrece algún tipo de sustituto. Tendrá un control algo mayor de su propio destino que hasta ahora.”

“Eso también significaría mucho para mí”, dije.

“Mientras tanto”, me dijo, “siga por favor siguiendo mis instrucciones. Éste es un asunto muy complicado, capitán Bastable. Hay que cerrar un círculo. Hay que hacer un trabajo”.

Por la mañana nos reunimos en el patio trasero de la escuela, frente a ella. Los cosacos iban y venían por todas partes. El ruido de los caballos y los soldados, de los cañones

y de los vehículos blindados llenaba el campamento. A lo lejos pasaba un tren blindado cargado de hombres y armamento. Todo el mundo sabía que habían capturado a Yekaterinoslav, que los japoneses pedían la paz y que las tropas del Gobierno central se dirigían al cuartel general de los cosacos.

Djugashvili tranquilizó a sus atamanes: “Ese ataque será fácilmente resistible y dentro de muy poco Moscú estará a nuestra merced”.

Un atamán, espléndido en negro y plata, se tiró de su enorme barba gris y refunfuñó: “Las aeronaves nos destruirán. Son cobardes. No podemos llegar hasta ellas. El coraje cosaco es inútil contra ellas”.

–Utilizaremos nuestra propia ciencia, una ciencia mucho mejor, para hacer frente a la amenaza de las aeronaves –le aseguró Djugashvili. La máscara de acero brilló cuando levantó la mirada hacia el sol–. Ya lo verás. Dentro de una semana estaremos recorriendo las calles de Petersburgo. Si es que Petersburgo todavía existe.

El atamán se puso nervioso. “Por Dios, staretz, espero que no utilices la magia del diablo. Soy un buen cristiano...”.

“Luchamos por Dios y por el socialismo”, dijo Djugashvili, cambiando de tema. “Y por la libertad de las huestes cosacas. Dios ha puesto en nuestras manos un instrumento que

garantizará esa libertad para siempre y que nos permitirá, como socialistas, realizar su obra”.

Una vez más tuve que procurar que mi incredulidad no se reflejara en mis rasgos. Tuve que evitar la mirada sardónica de la señora Persson.

“Por Dios, la patria y el socialismo”, dijo, “destruiremos a todos los que se opongan a nosotros”.

El cosaco se tranquilizó y volvió a buscar su poni. Se alejó a caballo para reunirse con sus hombres.

La señora Persson me murmuró en inglés: “Es propio de cualquier buen déspota decir a quienes lo necesitan todo lo que ellos desean oír. Sólo cuando no los necesita dice lo que realmente piensa. Y a veces, incluso en esos casos, no se molesta. El secreto para convertirse en un gran tirano reside en una temprana capacidad para ser todo para todos los hombres”.

–Suenas como si lo hubieras diseñado tú misma –dijo.

Ella no respondió a esto.

Djugashvili la había oído y la miró fijamente. “¿Dónde está Dempsey?”, preguntó. “¿Está en condiciones de tomar el mando del barco?”.

“Por supuesto.”

Había visto a Dempsey esa mañana. Estaba casi seguro de que se alimentaba de drogas. Sin embargo, estaba absolutamente decidido a capitanear el Vassarion Belinsky. Nos había pedido que fuéramos antes que él y dijo que se uniría a nosotros en breve.

Djugashvili nos dio la espalda y se frotó la máscara de acero como si fuera una cara de verdad. Me pregunté si habría dormido con ella puesta. “Más le vale controlarse”, dijo amenazadoramente. “Ah, señor Birchington”.

Birchington había aparecido, caminando delante de varios cosacos que llevaban algo sobre sus hombros, envuelto en una mezcla de lona y arpillera, y era aproximadamente el doble de largo que un hombre alto.

Birchington parecía incómodo. –Buenos días, jefe. Espero...

–Yo también, señor Birchington. ¿Está listo?

–Oh, no hay grandes problemas...

–Bien. Esto nos levantará mucho la moral. ¿Has oído las noticias? Ya se han avistado exploradores enemigos en el aire hacia el sur y el oeste.

“Pero...”

Créame, señor Birchington. Sé lo que impresiona a los cosacos.

Birchington ordenó a los hombres que bajaran el objeto al suelo y lo colocaron en posición vertical. Parecía un cadáver enorme, envuelto en ropas insalubres.

–Que lo vean el capitán Bastable y la señora Persson. Se nota que sienten curiosidad. –La jovialidad de Djugashvili era siniestra.

Birchington empezó a tirar de la lona y de la arpillera. El objeto estaba hecho de metal, lo cual era evidente. Cuando le quitó las telas, vimos que se trataba de una figura gigantesca de un hombre con traje de cosaco, fundida en acero.

–¡Hay un Zar de acero que infundirá terror en los corazones de nuestros enemigos! –gritó Djugashvili–. ¿Qué opinas?

Ni la señora Persson ni yo hablamos.

El rostro era idéntico al de la máscara del propio Djugashvili. Birchington había fabricado un modelo del atamán cosaco de más del doble del tamaño natural. Toda la escena me parecía cada vez más extraña.

“¿Qué opinas?”

“Es espléndido”, dijo la señora Persson.

Asentí con entusiasmo. Era lo mejor que podía decir.

–Se lo mostraremos a nuestras tropas en un momento –dijo Djugashvili–. Él las conducirá a la batalla. Y mientras nuestros cosacos luchan contra el Gobierno central, usted volará con el barco hasta el campamento de Makhno y lanzará la primera bomba.

Birchington parecía inusualmente silencioso y no tan engreído como de costumbre. Ordenó a los hombres que recogieran la estatua de metal y la llevaran hacia el campamento principal de los cosacos.

Djugashvili estaba entusiasmado. “Venid conmigo”, nos dijo.

Dempsey llegó. Se había afeitado y vestía un uniforme de dirigible. La ropa le parecía demasiado grande. Estaba demacrado, pero caminaba con paso firme y parecía haber perdido la actitud de desesperación que yo había empezado a identificar con él. Incluso me guiñó el ojo. “Buenos días, Bastable. ¿Listo para subir a lo alto?”

“Estamos todos listos”, dijo la señora Persson.

El profesor Marek se unió al grupo mientras caminábamos detrás del jefe. Marek meneaba la cabeza. “Demasiado pronto”, murmuró. “Demasiado pronto”.

Ninguno de nosotros tenía idea de lo que quería decir. Parecía medio loco y todavía muy enfermo. No le hicimos caso.

Llegamos a las afueras de la ciudad. La hueste cosaca se estaba reuniendo, fila tras fila de jinetes, extendiéndose casi hasta donde alcanzaba la vista. También se habían formado vehículos blindados y cañones de campaña. Habían erigido una plataforma frente a ellos y, al lado, un estrado. Djugashvili subió al estrado y saludó a sus tropas.

Birchington supervisó a los hombres mientras empujaban la pesada figura de metal hacia sus pies.

–¡Cosacos libres! –gritó Djugashvili–. Vuestra sangre ha sido derramada por la santa causa de la libertad y el socialismo. El Gobierno central ha enviado su poder contra nosotros y todo el poder de su ciencia ha sido aplicado contra nosotros. Sin embargo, no estamos derrotados. Ahora tenemos nuestra propia ciencia, nuestros propios milagros. ¡Mirad! –Hizo un gesto grandilocuente con el brazo en dirección al hombre de metal–. Aquí tenemos a un zar hecho verdaderamente de acero. Un líder inexpugnable digno de los cosacos libres –murmuró a Birchington–. Ponedlo en movimiento.

Birchington se acercó a la cintura de la figura y presionó una palanca. De repente, la criatura de acero cobró vida. Con movimientos torpes y espasmódicos, se llevó la mano al cinturón y comenzó a sacar el enorme sable, que evidentemente había sido diseñado para que coincidiera con el tamaño del hombre mecánico. Con un chirrido, el sable salió de su vaina.

Los cosacos quedaron impresionados. Era evidente que Djughashvili los conocía bien. Cuando el hombre mecánico levantó el sable por encima de su cabeza, los cosacos comenzaron a vitorear. Desenvainaron sus propias espadas y las agitaron; hicieron que sus caballos se encabritaran. El ruido de su aprobación fue ensordecedor.

Lentamente, el monstruo mecánico giró la cabeza, como si estuviera escuchando. Incluyó la mirada para mirar a Birchington. Levantó la cabeza. Evidentemente, Birchington había planeado previamente todos esos movimientos. Avanzó unos pasos, hacia la enorme concentración de jinetes. Se detuvo, con el sable todavía en alto. Nuevamente vitorearon.

La señora Persson acercó sus labios a mi oído. “Les encantan los iconos. Prefieren estatuas que personas reales. Eso ha sido su perdición a lo largo de los siglos”.

Dempsey se había echado a reír y sólo se quedó callado cuando la señora Persson le hizo una señal para que parara. A mí, por mi parte, toda aquella escena me pareció una pesadilla.

El mecánico Zar de acero comenzó a agitar su sable sobre su cabeza, como si imitara a los cosacos. Avanzó de nuevo.

Luego, una rodilla se dobló. Creo que Birchington había querido que esta serie de movimientos mostrara la súplica

de la criatura mecánica a su amo, Djugashvili. Pero el movimiento se detuvo. La rodilla se sacudió un par de veces. Se oyó un chirrido y un choque de metal. Comenzó a girar, pero la pierna se arrastró. Se balanceó.

Djugashvili mantuvo su postura pero estaba enojado. “Arregla las cosas, Birchington, o estás acabado”.

Birchington corrió hacia su hombre mecánico, alcanzando la palanca en la cintura.

La cosa pareció percibirlo y completó su giro. Rápidamente, el brazo-espada comenzó a descender.

Birchington gritó: “¡Oh, no! ¡Esto no debería pasar!”. Entonces el sable lo cortó desde la coronilla hasta el esternón. La sangre fluyó por todas partes.

De repente los cosacos guardaron silencio.

El cuerpo de Birchington cayó sobre la tierra negra. Con un chirrido de engranajes y ruedas, el hombre mecánico comenzó a tambalearse y se estrelló contra el cadáver de su creador.

Oí al profesor Marek detrás de mí: “Dije que era demasiado pronto. No se dio suficiente tiempo...”

Podía oír el viento suspirando sobre la estepa.

Y entonces se oyó el sonido seco y terrible de la risa de Djugashvili.

–Bien, bien, señor Birchington. Qué bonito. –Se dirigió a la desconcertada hueste cosaca–. ¡El traidor Birchington es el primero en morir bajo la espada vengativa del Zar de acero! Este espía del Gobierno central estaba tratando de sabotear nuestro esfuerzo bélico. ¡Estamos vengados, hermanos! ¡Libertad!

–Pobre Birchington –dijo la señora Persson–. ¡Qué lección tan terrible!

–¡Qué final! –dijo Dempsey y se alejó.

Djugashvili nos habló: “Profesor Marek, reviva al hombre mecánico, si puede. Llévelo de vuelta a los laboratorios”. “Demasiado pronto”, dijo Marek. Hizo una señal a los soldados para que levantaran a la criatura sobre sus hombros una vez más.

–Capitán Dempsey. ¿Están las bombas a bordo?

“Están a bordo”, dijo Dempsey.

–Entonces, vaya a por su primer objetivo. Dése prisa, capitán Dempsey. No quiero ser testigo de más deslealtades.

Miré al cielo y señalé: “Sería mejor que te preocuparas de los problemas inmediatos”, dije.

Había naves de transporte de tropas en camino. Mientras observábamos, los primeros aviones de infantería que planeaban comenzaron a abandonar el vehículo y a dirigirse hacia nosotros, disparando a medida que avanzaban.

Capítulo XVIII

UNA ESPECIE DE REVOLUCIÓN

El profesor Marek se apresuró a subir a bordo justo cuando estábamos a punto de subir a la cubierta superior. En la familiar cubierta de control del Vassarion Belinsky me quedé entre el capitán Dempsey y la señora Persson, mirando por las ventanillas de observación mientras el dirigible se elevaba rápidamente en el aire. Teníamos una tripulación destartalada de cosacos medio entrenados, algunos de los cuales eran desertores de la flota aérea voluntaria. Como Dempsey me había dicho: “Son lo suficientemente buenos para este trabajo, Bastable, no temas”.

A través de las portillas pudimos presenciar los primeros combates entre los cosacos y las tropas del gobierno central. Los expertos fusileros de la estepa disparaban a los infantes

que planeaban mientras abandonaban los dirigibles. Caían como mariposas desmayadas.

–Será mejor que los dejemos que sigan con su trabajo –dijo Dempsey despreocupadamente–. Está bien, timonel de altura, súbanos a cinco mil pies: ascenso moderado. Timón norte–noroeste, por favor. A media velocidad, señor Bastable.

De repente se había convertido en un hábil comandante de aeronave, todo lo que había sido antes de ayudar a cometer un atroz asesinato en masa, en nombre de un principio idealista. Pero ¿por qué había accedido a bombardear el campamento de Makhno? ¿El cinismo, como un cáncer, lo había corroído por completo?

Las manos de Dempsey apenas temblaban mientras permanecía de pie en el puente, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando cómo el suelo se alejaba. Nuestro barco todavía ondeaba los colores rusos, por lo que no fuimos atacados. De hecho, Dempsey hizo que el operador de radio enviara un mensaje en el que se ofrecía a unirse a la batalla. Nos dijeron que regresáramos a Odessa para conseguir armamento nuevo y que informáramos sobre nuestra situación.

Lo último que vi fueron los primeros torpedos aéreos que se dirigían hacia los jinetes cosacos. Me alejé de las portillas de observación.

–Dempsey –dije–, ¿de verdad vas a lanzar otra de esas bombas infernales? ¿Vas a matar a Makhno y a toda su gente?

Dempsey me miró con sus tristes ojos burlones. –Por supuesto...

“Pero...”

“Por supuesto que lo hará”, dijo una voz detrás de mí.

Era Djugashvili, flanqueado por un par de cosacos bien armados. No se fiaba de ninguno de nosotros.

El Zar de Acero se rió dentro de su máscara. “Quiero ver el fin de Makhno con mis propios ojos”.

–Pero tus hombres –dije– no tienen líder. Parece que toda la flota de voluntarios se está poniendo en su contra.

“Tienen al gigante de Birchington. Está ahí abajo, en algún lugar, dándoles fuerza, dándoles esperanza”.

“¡Es un icono inútil!”

“No necesitan nada más. Además, capitán Bastable, esos tipos ya han cumplido con su tarea. Son un anacronismo: sus actitudes obstaculizan el curso del socialismo científico”.

Sentí que la sangre se me iba de las facciones. “Estás sacrificando a esos hombres. Confiaban en ti absolutamente.

Les diste la retórica y los objetivos para que lucharan. No se rendirán. Todos podrían morir. ¿Para qué?”.

“Por la historia”, dijo. Parecía impaciente conmigo, como si le estuviera haciendo preguntas ingenuas y pueriles. “Por el futuro”.

La señora Persson nos interrumpió: “La idea del futuro –dijo– irá sustituyendo poco a poco a la idea de Dios. Sin embargo, ambas concepciones serán prácticamente idénticas en el sentido de que son contradictorias y, por tanto, confusas para sus fieles. Al permanecer confusos y, por tanto, debilitados, sus sacerdotes o comisarios políticos manipularán con más facilidad a los fieles. Como los sacerdotes suelen estar tan confusos como aquellos a quienes pretenden dirigir, se enfadarán si se cuestionan sus razones de cualquier modo. Matarán a quienes les hagan preguntas. Mientras tanto...”

Ella hablaba rápidamente en inglés. Djugashvili se acercó al puente y se paró al lado de Dempsey, levantando su brazo marchito para silenciarla. “Serás nuestro primer almirante, capitán Dempsey. Serás un héroe del socialismo científico. No temas. Hay cientos, miles de personas descontentas solo en Moscú y San Petersburgo. Se alzarán para unirse a nosotros después de que demostremos lo que puede lograr el materialismo histórico.”

Dempsey se inclinó hacia delante y comprobó varios instrumentos. –Tres cuartos de velocidad, señor Bastable.

“Tres cuartos de velocidad”. Transmití la orden a los ingenieros.

–Conducirás nuestras aeronaves hasta San Petersburgo –continuó Djugashvili–. Eres un hombre valiente y excelente, capitán Dempsey. Serás recompensado con todos los honores...

Todos sabíamos que ese era su método para conseguir lo que necesitaba de la gente. Todos sabíamos que, tan pronto como Dempsey hubiera cumplido su función asignada, él también podría ser “liquidado” en nombre del Futuro.

–Gracias, señor –dijo Dempsey, y miró al profesor Marek, que estaba sentado anotando cálculos en un bloc de papel.

Djugashvili le dio una palmada en la espalda a Dempsey. “Sé cómo demostrar mi gratitud, capitán”.

–Sí, señor –dijo Dempsey, dando otra instrucción al timonel.

Hoy el cielo estaba gris y espeso. Un poco de lluvia empezó a salpicar las portillas de observación. La oíamos tamborilear en nuestro casco. Una luz gris llenaba el puente, acentuando la palidez de Dempsey y enfatizando la piel enferma y

descamada del profesor Marek. El barco ya me parecía un barco de los muertos.

Dempsey detectó un cambio en el motor de estribor delantero. Ladeó la cabeza. Como cualquier buen capitán de dirigible, estaba escuchando todo el tiempo. El funcionamiento de un dirigible depende tanto de los oídos como de los ojos. –Algo anda mal, señor Bastable. ¿Podría ir a revisar la góndola?

“Muy bien.”

Salí de la cabina de control y, para mi sorpresa, descubrí que la señora Persson me había seguido.

–¿Cuánto falta para llegar al campamento de Makhno? –le pregunté mientras caminábamos por la escalera. Ahora había nubes por todas partes.

–Media hora aproximadamente. Tenemos que desactivar esas bombas, capitán Bastable.

“¿Qué?”

“Es el objetivo de todo esto. Les quitamos las ojivas, las dejamos caer y resultan inútiles. Por eso hemos estado acompañando a Djugashvili hasta ahora. Sin embargo, no esperábamos que se uniera a nosotros a bordo del dirigible”.

Me quedé iluminado. “Sé muy poco sobre bombas”, dije, “especialmente sobre este tipo”.

–Sé mucho sobre ellas. Ven. Iremos a la bodega de bombas por aquí. No está vigilada. –Abrió una escotilla y me dejó entrar en la penumbra. Bajamos por una escalera de acero. Podía oír el crujido familiar de los estantes de bombas y por fin vi cuatro cajas toscamente hechas de un tamaño más o menos estándar, con letras en eslavo antiguo y decoradas con diseños peculiares del tipo que había visto en las armas cosacas. ¿Eran esas las bombas que podían amenazar con la destrucción del mundo entero?

La señora Persson dijo: “Los dispositivos detonantes están en la parte delantera. Tenemos que desenroscarlos”. Con las piernas a horcajadas sobre las aletas de las bombas, cogió una llave inglesa grande. “Utiliza esto”, dijo.

De vez en cuando, a medida que los flaps⁹ cedían, podía ver un poco de luz. Tenía la sensación de que podíamos caer a través de los flaps con la misma facilidad que las bombas, y comencé a andar con mucho cuidado mientras me esforzaba por quitar la punta de la primera bomba.

9 Los flaps son unas superficies que se encuentran en las alas, en la parte mas cercana al fuselaje y que permiten, al ser desplegadas, aumentar la sustentación del avión. Así se consigue reducir la velocidad del avión para realizar las maniobras de despegue y aterrizaje. Se supone que en un dirigible realizarían las mismas funciones

No llevábamos trabajando más de cinco minutos cuando oímos voces en la galería que había encima de nosotros. “No hay necesidad de eso”. Era Dempsey, que sonaba como la Ira de Dios. “No hay necesidad de eso, en absoluto. Dejen mis bombas en paz”.

–¡Dempsey! –Una Persson se puso nerviosa–. ¿De verdad estás loco? Esto es lo que acordamos que haríamos...

–Era su plan, señora Persson, no el mío.

“¡Seguro que no vas a ayudar a Djugashvili!”

Dempsey nos apuntaba con un gran revólver. “Apártense”, dijo.

–¡Dempsey! –Nunca había visto a la señora Persson tan visiblemente asustada–. No puedes. Makhno...

“Esas bombas deben detonarse”, dijo Dempsey. “No servirá otra cosa”.

“Pero pretendemos demostrar que no pueden funcionar...”

“¡No probará nada!”

La señora Persson siguió insistiendo con la cabeza de la bomba. Dempsey ordenó a sus hombres que se dirigieran hacia nosotros.

La señora Persson parecía casi llorar mientras luchaba. Debo admitir que me di por vencido. En silencio, le entregué mi llave inglesa al primer cosaco que se me acercó. Él puso un paquete en mis manos, como si fuera algo a cambio. No sabía qué era.

Los depósitos de bombas ahora estaban llenos de cosacos, que nos rodeaban por completo.

–Estás interfiriendo en mi plan –dijo Dempsey con frialdad–. Y soy yo, no tú, quien tiene el derecho de decidir qué hacer con esto.

–No tiene ningún derecho. No tiene más derecho que nadie. Asume demasiada culpa, capitán Dempsey. –La señora Persson forcejeó mientras los cosacos la sujetaban, obligándola a soltar la llave inglesa.

“Y tú asumes demasiada responsabilidad”, dijo. “Tengo derecho”.

–¿Y qué me dice de usted, capitán Bastable? –dijo–. ¿No tiene usted el mismo derecho?

–No aquí –dije. Miré a Dempsey. No sabía qué planeaba hacer, pero ahora respetaba completamente su criterio–. Y estoy de acuerdo con el capitán Dempsey, señora Persson. Él tiene el derecho, junto con el profesor Marek.

Dempsey hizo una leve reverencia. Mis palabras parecieron animarlo. Levantó una ceja. –¿Señora Persson?

Ella se encogió de hombros. –Muy bien, capitán Dempsey. Pero si matas a Makhno...

–Esa será mi responsabilidad, creo.

–Y la mía, si no he intentado impedírtelo.

Los interrumpí: “¿Es este el momento para discusiones morales?”, pregunté.

–Esos paquetes contienen aparatos de planeo –dijo Dempsey, frotándose los ojos hundidos. Su voz se tornó repentinamente cansada–. Los usaréis para escapar.

–¿Dónde está el Zar de Acero? –preguntó la señora Persson–. Él tiene el verdadero poder en esta nave...

–Ya no –dijo Dempsey.

“¿Dónde está?”

–A salvo. –Dempsey se dio la vuelta–. Me despediré de ambos. Es poco probable que nos volvamos a encontrar.

“Adiós, Dempsey”, le dije. Y añadí: “Y buena suerte”.

Se reía mientras subía por la escalera de acero hacia su puesto de control. “Gracias, Bastable. Muchas gracias”.

Nos colocaron el aparato de planeo y nos empujaron con fuerza a través de los alerones antibombas. Segundos después, las alas se abrieron y descendimos lentamente hacia la estepa estéril. No había señales de vida humana por debajo de nosotros. Miramos hacia atrás.

La aeronave se alejaba a buena velocidad de nosotros, en dirección noreste.

Aterrizamos sobre césped áspero con bastantes baches. Me lastimé un poco el tobillo, pero no tuve ninguna lesión grave.

Mientras ayudaba a la señora Persson a quitarse el aparato, de repente me inundó una luz brillante, como si el sol hubiera surgido inesperadamente de detrás de las nubes. La señora Persson se arrojó al suelo y yo hice lo mismo, sin entender muy bien por qué.

Unos momentos después, el suelo empezó a temblar y un estruendo enorme y resonante empezó a resonar en todo el mundo.

Ambos lo reconocimos por lo que era, por supuesto. Dempsey había hecho explotar las bombas en el aire sobre la estepa. Vimos una enorme columna de humo, justo cuando la ceniza comenzaba a caer como lluvia sobre el paisaje.

La señora Persson dijo: “Qué tonto. Sabía que lo intentaría. Pensé que lo había convencido. Pero, después de todo, me superó en la predicción. Su culpa era demasiado grande. Pero fue completamente innecesario”.

“Entiendo por qué quería hacerlo de esta manera”, dije.

Ella estaba impaciente. “¿Lo entiendes? Yo también. Pero ¿qué tiene que ver eso con esto? Esta es otra pérdida”.

Todavía no sé qué quería decir. Estaba llorando.

Intenté consolarla, pero Una Persson no es una mujer fácil de consolar. Se recuperó y empezó a caminar con paso firme por la estepa, de espaldas a la nube de la bomba. El viento soplaba contra nuestras caras. Dijo: “La bomba, su inventor, el déspota dispuesto a utilizarla y los sirvientes del déspota ya no están. Pero mientras ese síndrome siga existiendo, ese círculo particular seguirá existiendo. Tenía la esperanza de romperlo. De crear un círculo diferente”.

“¿Podrá romperse algún día ese círculo?”, le pregunté.

“Es lo que estoy tratando de averiguar”, dijo.

Un día y medio después nos descubrieron algunos jinetes de Néstor Makhno. Estábamos cansados y deprimidos, y la noticia de que Makhno había obtenido concesiones del Gobierno central en cuanto a territorio para llevar a cabo su “experimento anarquista” sólo nos alegró un poco.

Aquella tarde, durante una fiesta al aire libre, bajo los mástiles de los cruceros negros de Makhno, me emborraché y le pregunté a la señora Persson: “¿De verdad murió Dempsey en vano?”.

–Supongo que no. Pero ¿de qué sirve un mártir, capitán Bastable? Mientras la gente crea en el poder mágico de los líderes, en lugar de en la falibilidad humana de los individuos, nunca serán libres.

“Pero Dempsey sólo quería enmendar el daño. Dijo que era su derecho, y lo era.”

Néstor Makhno se inclinó hacia delante. Creo que estaba aún más abrumado que yo. “Todos somos culpables. Todos somos inocentes. Sólo cuando aceptamos la responsabilidad de nuestras propias acciones somos libres, y sólo entonces el mundo estará a salvo para todos nosotros. Dempsey tenía un sentido del honor anticuado. Se destruyó a sí mismo por eso. Salvó muchas vidas, es cierto, pero el plan de la señora Persson podría haber salvado más. Mientras compitamos de esa manera, mientras compitamos entre nosotros, mientras nos culpemos unos a otros por nuestras desgracias, siempre existirá la posibilidad de conflictos como el que ahora ha terminado”.

Las palabras de Makhno significaron algo para mí, pero también lo significaron las acciones de Dempsey. Por fin me había librado de esa terrible falta de fe en mí mismo, de ese

terrible desconcierto y, como me dijo más tarde la señora Persson, estaba listo para convertirme en un viajero consciente entre los mundos y el tiempo, para unirme a ese extraño grupo de personas conocido como la Liga de Aventureros Temporales. Sentí que lo que había comenzado en el Templo de Teku Benga había terminado. Comenzaba una nueva etapa en mi vida, tal vez una etapa más positiva.

El tiempo lo dirá, como suele decir Moorcock. En todas mis aventuras sólo he aprendido una cosa: que los déspotas son todos más o menos iguales, pero hay muchos tipos distintos de víctimas.

Espero que este manuscrito llegue a tus manos y puedas publicarlo. Tengo la sensación de que será el último que recibirás de mí. El tiempo de revisar mi pasado ha terminado.

Ahora miro hacia adelante, si esa es la palabra apropiada, hacia la vida en el presente eterno.

Capitán Oswald Bastable,

Tripulante de dirigible.

En algún lugar del Devónico inferior

EPÍLOGO DEL EDITOR

Y eso, según lo que puedo contar, es la historia final de Oswald Bastable. Como muchos lectores ya sabrán, Djughashvili, el Zar de Acero, suena muy parecido a “el Hombre de Acero”, ese conocido ex seminarista, el georgiano que eligió para sí el nombre de Josef “Stalin”. Pero no es raro que, en todos los mundos del multiverso, surjan personalidades del mismo tipo en papeles más o menos similares. Lo que suele ser más interesante es cuando, a través de circunstancias alteradas, aparecen en papeles muy diferentes. Aunque espero más visitas de la señora Persson, deduzco que no habrá más noticias especiales de Bastable ahora que se ha unido a la famosa Liga. Sin embargo, me alegra saber que por fin se ha encontrado a sí mismo, ha encontrado algún tipo de dirección y se ha reconciliado tanto con su “crimen” como con la pérdida de su hogar.

Michael Moorcock

Yorkshire, junio de 1980



FREEDOM ENTREVISTA A MICHAEL MOORCOCK

Esta entrevista de 1988 con el conocido autor de ciencia ficción y fantasía realizada por Paul Morrison aborda sus puntos de vista sobre la censura, el anarquismo y la dirección de la ciencia ficción tal como la veía en ese momento.

Freedom: ¿Cómo ve el desarrollo de su obra desde su primera etapa, pasando por “Espada y brujería” y la ciencia

ficción, hasta las novelas del Coronel Pyatt, su no ficción y su obra actual?

Michael Moorcock: Tu primera pregunta... es un poco complicada, en realidad. En cierto modo, aunque mi técnica ha evolucionado, mis intereses siguen siendo prácticamente los mismos. La primera novela que escribí fue, de hecho, la búsqueda de una novela titulada "The Hungry Dreamers" ambientada en el Soho y, afortunadamente, perdida. Creo que un poco de ella apareció en un fanzine a principios de los años 60 y yo escribía todo tipo de ficción desde muy temprana edad, al mismo tiempo que leía todo tipo de ficción.

Nunca estuve particularmente obsesionado con un tipo de ficción. Leí novelas sociales, obras de teatro, clásicos, cuentos para chicos de Frank Richards, PG Wodehouse, una gran cantidad de thrillers populares y similares, y BF Benson, por ejemplo, los libros de David Blaize y los de Mapp & Lucia, etc. Leí mucha comedia y, aunque Edgar Rice Burroughs, la "Espada y brujería" y la fantasía me entusiasmaban mucho, no representaban más que un porcentaje relativamente pequeño de lo que leía.

Todavía no he leído muchas de las llamadas historias clásicas de ciencia ficción. La mayoría de ellas me resultan ilegibles, de hecho. La mayoría de la ciencia ficción me resulta ininteligible, la mayoría de las novelas de espada y brujería me resultan ilegibles, al igual que la mayoría de las

historias de detectives me resultan incomprensibles. Como ya he dicho en otras ocasiones, me inclino a disfrutar de autores individuales que trabajan en un género en particular, no en un género en sí.

He utilizado la fantasía y la ciencia ficción para experimentar un poco, para practicar, si se quiere, antes de hacer algo ligeramente ambicioso como los libros de Jerry Cornelius; las novelas del “Coronel Pyatt” son una especie de extensión de los libros de Cornelius. Los textos de no ficción que he escrito han sido en gran medida a petición de editores o editoriales. No me considero un muy buen escritor de no ficción.

Mi obra actual, *Mother London*, es esencialmente una novela social, aunque emplea técnicas que desarrollé en los libros de Cornelius y hay ecos evidentes de esos libros en *Mother London*. Si me preguntas cómo veo el desarrollo de mi obra, solo puedo decir que no creo que se desarrolle de manera lineal, sino que, a medida que he ido adquiriendo más destreza técnica, he podido abordar ciertas ideas que tenía desde hace mucho tiempo.

F: ¿Qué le gustaría decir sobre su tiempo como editor de la revista *New Worlds*, particularmente con respecto a la dirección y las innovaciones que usted ayudó a introducir?

MM: Es difícil hablar de *New Worlds* porque fue una especie de pesadilla. Durante años la revista estuvo constantemente asediada. Pasé la mayor parte de mi tiempo tratando de mantenerla viva, física y financieramente.

Obviamente, yo creía en ello y creo que lo que estábamos haciendo era interesante. Fue un período de considerable innovación que comenzó con gente como Ballard y yo a finales de los años cincuenta, aunque en realidad no encontró expresión hasta principios de los sesenta. No creo que haya habido un período como ese desde entonces. Lo que he visto de nuevos trabajos, muchos de los cuales me gustan, me parece que no tienen esa misma voluntad de lanzarse de lleno o de lanzarse a la acción y ver qué pasa, o como sea que se le llamase en aquellos días; había una sensación mucho más optimista de que si intentábamos algo, valía la pena llegar hasta el final.

Hoy en día, cosas como el ciberpunk, ese movimiento en particular, está consolidando varias otras formas populares y produciendo una especie de amalgama de historias de detectives duros y de ciencia ficción del futuro cercano, algo que Philip K. Dick hizo tan bien. Creo que alentamos a la gente a ir tan lejos como fuera posible, estábamos dispuestos a apoyarlos en ese sentido. No estoy seguro de que haya muchos que estén dispuestos a hacer eso en estos días.

F: ¿Cómo ve la dirección general de la ciencia ficción hoy en día? ¿Ha cambiado para mejor o para peor en su opinión?

MM: No sé si ha cambiado para mejor o para peor. Me gusta lo poco que leo, pero no leo mucho, así que realmente no soy la mejor persona para preguntar cómo es hoy. Me gustan algunos de los llamados escritores ciberpunk; de nuevo, no veo que su trabajo sea enormemente innovador; de nuevo, sólo en términos de género. Creo que lo que estábamos tratando de hacer en *New Worlds* era romper con el género, tratar de crear nuevas convenciones; creo que gran parte de los años 70 y 80 han sido un período de consolidación, nostalgia, mirada al pasado, lo que se ve prácticamente en todas las formas de material creativo en este momento.

No creo que mucha ciencia ficción haya sido muy buena nunca y no creo que haya mucho bueno hoy en día, pero lo que es bueno, es tan bueno como siempre.

F: Durante su etapa como editor, se enfrentó a varios intentos de supresión y censura. ¿Cómo vio esto entonces? ¿Cómo ve la situación actual en lo que respecta a la censura en Gran Bretaña?

MM: Estoy totalmente en contra de la censura, lo que para algunas personas parece estar en desacuerdo con mi total oposición a la pornografía. Creo que muchos tipos de pornografía se utilizan como propaganda para mantener el *statu quo* tal como existe ahora entre hombres y mujeres; creo que los hombres son esencialmente una élite de poder que controla y define las vidas de las mujeres y, como creyente en los derechos de las mujeres y en el triunfo final del movimiento feminista, sólo puedo seguir trabajando contra eso y lo que hago es tratar de encontrar medios para luchar contra la pornografía sin censura para que la gente, en particular los hombres, sean conscientes de lo que la pornografía, tal como entendemos comúnmente la palabra, hace para mantener esa situación tan injusta. Eso no me impide luchar contra la *Ley de publicaciones obscenas*, lo que hago políticamente. Estoy en contra de ella. He escrito en contra de ella. He trabajado en contra de ella. No me impide defender la Ley de Libertad de Información, que me encantaría ver aprobada.

Durante la mayor parte de mi vida he estado involucrado en intentos de mejorar la situación de los escritores y parte de esa mejora, en mi opinión, es intentar abolir la censura, en particular la censura literaria, la censura política, cualquier tipo de censura en realidad. Creo que estamos atravesando un período en el mundo en general que se podría llamar reaccionario. Creo que corremos el riesgo de que aumente la censura y actualmente estoy tratando de

luchar contra eso junto con muchas otras personas que, por una razón u otra, aparentemente han sido identificadas como pro-censura. Personas que simplemente no están a favor de la censura, pero que están tan profundamente en contra de la censura como yo, personas como Philip Dworkin y Catherine McKinnon. Se han dicho muchas tonterías sobre eso y no los aburriré más con ellas.

F: Sé que tienes un gran interés en el anarquismo y el movimiento feminista, ¿te gustaría contarme un poco sobre tus puntos de vista?

MM: Comencé mi vida política como anarquista; supongo que en aquella época era una creencia mucho más ingenua. Luego pasé por un período en el que intenté expresarme políticamente a través de partidos políticos más convencionales y finalmente me di cuenta de que todos eran tan corruptos que bien podría ser una anarquista idealista y humanista y mantener mi propia posición política por ese medio. Eso también encaja mejor con mi apoyo al movimiento feminista.

Creo que el movimiento de mujeres es el movimiento político más importante de este siglo XX, posiblemente del milenio. Creo que el tipo de textos políticos que se encuentran en el movimiento de mujeres tiene una influencia muy importante en nuestras vidas, en particular

en la forma en que se utiliza, se mantiene y, por supuesto, se abusa del poder, de modo que para mí el movimiento feminista es absolutamente central para la mejora de la sociedad.

F: También me gustaría preguntarte sobre lo que estás haciendo ahora. Sé que has publicado un libro hace muy poco.

MM: Hace poco he publicado un libro (normalmente es así, a veces más de uno), que se titula *Mother London* y que creo que será, en muchos sentidos, el libro más personal que he escrito nunca. Trata sobre todo de lo que siento, es mucho más una novela asocial que cualquier otra que haya escrito recientemente, con la excepción, creo, de los libros de Pyatt. Está ambientada en el mundo real, en un Londres real. Es un libro bastante complejo, no lineal. He tenido que idear una forma bastante más complicada que la que utilicé en los libros de Cornelius, pero sigue siendo bastante similar.

La razón para hacer eso es que uno está ansioso por evitar los clichés, la interpretación convencional del tema, del trabajo que uno está haciendo, y por eso busca una forma que con suerte evite eso o ayude a la gente a evitarlo. No sé si lo hará o no...

En verano tengo pensado escribir una novela sobre Elric que empecé el año pasado. Supongo que serán una especie de vacaciones de verano para mí. También espero escribir un libro sobre la vida en Marruecos, pero todavía no he encontrado un editor que esté dispuesto a encargarme el libro, así que podré permitirme vivir en Marruecos... ¡durante el tiempo que sea necesario!

Tengo una colección de cuentos en los que estoy trabajando en este momento, que también incluirá no ficción, principalmente no ficción política.

No estoy haciendo música en este momento. Aunque existe la posibilidad de que algo de la música que Pete Pably y yo hicimos para 'Gloriana' y 'The Entropy Tango' aparezca en los próximos meses, ya que hay un productor independiente que nos ha pedido que la editemos. Pete está revisando nuestras cintas tratando de encontrar material que sea mínimamente utilizable y está descubriendo que mucho de lo que hay no lo es. Creo que eso es todo en lo que respecta a los próximos trabajos.

MICHAEL MOORCOCK

A Nomad of the Time Streams

THE WARLORD OF THE AIR · THE LAND LEVIATHAN · THE STEEL TSAR

